

APÉNDICE A

DESCRIPCIÓN DE LA ZONA ARQUEOLÓGICA DE XOCHIMILCO

Aunque es poco conocida y raramente visitada por turistas, sí existe una zona arqueológica en Xochimilco. He aquí una descripción de dicha zona preparada en 1964 por el director del Museo Arqueológico de Xochimilco, José Farías Galindo. Aunque las opiniones y conclusiones de Farías Galindo no coinciden necesariamente con las nuestras, nos parece que merecen la atención cuidadosa de cualquier investigador interesado en Xochimilco. La mayoría de las exploraciones arqueológicas hechas en Xochimilco (por ejemplo, aquella resumida en Sanders, Parsons y Santley, The Basin of México, Ecological Processes in the Evolution of a Civilization), han sido limitados a estudios de la distribución de fragmentos de cerámica encontrados en la superficie. Haría falta un programa masivo de excavación profunda en Xochimilco, especialmente en la zona arqueológica, para ayudarnos a poner en claro el papel que desempeñó este centro de población en la historia precolombina. -SHS

(Extracto de José Farías Galindo, Xochimilco histórico y arqueológico, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, Sobretiro del Boletín de Septiembre de 1964, Tomo XCVIII, México, 1964, pp. 177-194.)

Hace unos catorce años que se viene hablando en forma constante de la Zona Arqueológica de Xochimilco, sita en el pueblo de Santa Cruz Acalpixcan, en las faldas de Cuauhilama que significa la "Vieja del Bosque".

Los doce petroglifos, que son parte de la Ciudad Sagrada de los xochimilca, comienzan a establecerse hacia 1265, o sea recién coronado su primer señor --rey--Acatonal-li. Inexplicablemente los restos arqueológicos, petroglifos y cerámica o molitos hasta nuestros días, han sido menospreciados por quienes deben conservarlos y vigilar que no comercien con ellos.

Haciendo un poco de historia sobre los primeros descubrimientos diré que: en agosto de 1894 el licenciado y anticuario don Nicolás Islas Bustamante visitó Cuauhilama y sorprendido de la belleza de las figuras a la vista, tomó fotografías a las cinco que halló. Posteriormente, creyendo que era menester que México las conociera, publicó las fotos en algunos periódicos de ese tiempo.

Pasaron los años y no fue sino hasta el verano de 1924 cuando movido por la curiosidad de esas fotografías, vino a Cuauhilama el investigador alemán Herman Beyer, el cual hizo la descripción de cada una, publicando trece páginas en el tomo II de la Colección México Antiguo, 1924. Naturalmente, Beyer repitió en sus textos lo que dicen Sahagún y Seler.

Así la situación de la Zona Arqueológica de Xochimilco se mantuvo hasta 1948, en que comencé a frecuentar los petroglifos conocidos y a buscar otros, que indudablemente los había y los hay escondidos entre los escombros y yerbas. El trabajo no ha sido infructuoso, a la fecha existen doce piezas; tres importantes "momoxtli" o pirámides con sus respectivas terrazas; una pirámide, donde están las cruces del pueblo; un Observatorio,



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas

Tesis Digitales

Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©

PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

un Adoratorio y un Calmecac, así como varios muros de habitaciones sacerdotales y cuatro Piedras Mapa, una muy importante: la de Nahualapa...

En 1950 nos causó extrañeza que un explorador, Ariel González Díaz, dijera públicamente que había "descubierto" una Zona Arqueológica cerca de Xochimilco, originando con ello fuerte polémica entre los profesores Victor Manuel Martínez y José Avilés Solares, éste muy versado en cuestiones astronómicas del México Antiguo.

Sin perder el tiempo, de mi parte, y bajo un estricto estudio de las figuras conocidas más las recién halladas, empecé a publicar notas y reportajes en periódicos y revistas del país, hasta la fecha lo sigo haciendo. Pero como ha sido menester dar aclaraciones, en ello ha participado recientemente el ilustre arqueólogo mexicano don César Lizardi Ramos.

La ubicación exacta de la zona arqueológica es: de Xochimilco hay que seguir la carretera a San Gregorio Atlapulco, y a 4 kilómetros del primer lugar está la parada de Santa Cruz Acalpixpan --en caso de ir en coche hay que tomar la calle de la derecha, dos cuadras antes de dicha parada. Una vez estando allí se llega hasta el panteón local, continuando por la vereda que conduce a la escuela primaria "Tlamachiapan"...

A 150 metros y a la derecha, se encuentra al principio de la Gran Calzada prehispánica que circunda la Zona. Si se desea conocerla en parte, basta con caminar sobre ella unos doscientos metros cuesta arriba, dándose así cuenta de su importancia que debió haber tenido.

De lo contrario, se dan unos cuantos pasos hacia la izquierda y pegado a la falda del cerro frontal se halla una vereda que propende a ascender. Esta nos llevará a los petroglifos. A unos 150 metros se encuentra la Cihuacoatl, que está esculpida en enorme roca, ahora dinamitada. Se conserva parte de la figura: brazo izquierdo, pierna y pie del mismo lado así como algo del tocado, del que se notan dos serpientes.

A 50 metros continuando la vereda, a la derecha, se puede apreciar el Sacerdote Sahumador, o Huetzalin, conductor de los xochimilca desde Tula a Cuauhilama. Hay que observarlo detenidamente para darse cuenta de que está hincado sobre una pirámide, y en las manos porta un brasero, del que se desprende el humo del incienso. Es un petroglifo muy bien conservado.

Dos rocas adelante se halla el Cipactli, o símbolo del Principio de la Vida, la Luz, la Noche, las Tinieblas, el Mes. Es un cuadrete de 45 cms.² que encierra el numeral uno y una cabeza de Caimán o animal "espinoso" como lo llaman Sahagún y Beyer.

En la mole frontal está el Xonecuilli, o Cálculo de Quetzalcóatl, que simboliza a su vez la vía Láctea. Tiene arriba una forma de cuerno de la abundancia, que lo constituyen 14 constelaciones o bolutas planas así como hacia abajo una calavera con el clásico cuchillo de obsidiana en la boca, le siguen unas orlas o cuerpo que dando vuelta termina en estrías redondas. En la vuelta existía un "bastón" que ha desaparecido.

Siguiendo hacia el frente, a 50 metros, y saliéndose un poco de la vereda, se encuentra el Guerrero o Caballero Tigre. Es un petroglifo que está muy deteriorado por el hongo. Sin embargo, se alcanza a ver parte del "chimal-li" que porta y la pierna izquierda. Es urgente buscar la conservación de este petroglifo, ya que bien puede ser una pieza de importancia.

Retornando a la vereda y al continuarla, inmediatamente al frente se notan: la Iztpapalotl o Mariposa del Fuego Nuevo, cuyo aspecto es maravilloso e indudablemente es una de las tres mejores piezas arqueoló-

gicas que existen en Cuauhilama. [Véase la lámina 7. --SHS] Tiene las alas abiertas, una vírgula en la trompa como si estuviera platicando con la planta --el Huacalxóchitl o planta sagrada de los xochimilcas--, pero más bien trata de librar el néctar de una de las tres flores.

El conjunto representa al Verano y Fuego Nuevo, considerándose por esto que Xochimilco fue la primera sede de los festejos del fin y principio del año indígena, tal como lo afirma el estudioso Avilés Solares al decirnos: "Me atrevo a pensar que por estas figuras y el Nahuí Ollin, el año xochimilca comenzaba por el equinoccio de otoño, y su último ciclo fue por 1507"...

Junto a la Mariposa, siguiendo la vereda está el Ocelatl o Tierra mexicana que representa la Guerra y Fuerza de los xochimilca. [Véase la lámina 8. --SHS] Tiene la cabeza hacia el lomo y el hocico abierto, desprendiéndose de ese una serie de pequeñas vírgulas, que denotan la furia del animal, completando esto las manos y patas cuyas garras se ven de inmediato. Desgraciadamente la figura tiene mucho hongo y peligra su conservación.

Ascendiendo la multicitada vereda, a 150 metros, vemos de frente el Nahuí Ollin, o los Cuatro Movimientos del Sol en relación con la Luna. La precisión que tiene el petroglifo lo ha colocado entre los primeros "Monumentos Astronómicos del México Antiguo", como los llama el licenciado Raúl Noriega Ondovilla. Por ello hemos asegurado que el Nahuí Ollin de Santa Cruz es el centro del conocido Calendario Azteca o Piedra del Sol...

Podemos considerar asimismo que el Nahuí Ollin fue el primer calendario astronómico que existió en el legendario Valle de Anáhuac y Base del Calendario Azteca, que se hizo a mediados de 1400, mientras que el Nahuí Ollin data de 1287, según Avilés Solares.

Para darse una idea precisa de la vital importancia del Nahuí Ollin en los pueblos del Anáhuac, hay que leer detenidamente los datos astronómicos que reportan Avilés Solares y Noriega Ondovilla. Desde luego cabe agregar que está considerado como una Piedra Solilunar, con sus cuatro movimientos en relación con los planetas más cercanos a la Tierra: Marte, Venus y Saturno...

Por otra parte sus primeros cuadretes indican "...236 años y 25 días, que suman 2920 lunaciones si se aumentan 29 días, que son el promedio de una lunación o revolución sinódica...", Noriega. Es muy interesante también observar el "ojo solar" que sube como flecha, así como los remates orlados y cuadretes equidistantes, que suman una fuerte cantidad de años solares...

Desde luego que en cuanto a piedras solares no es la única, pues se han hallado otras en las zonas huasteca, chiapaneca o maya, pero la belleza y contenido del Nahuí Ollin lo hacen único, sin que esto denote un provincialismo mal entendido.

Cuando uno ha traspuesto la mole del Nahuí Ollin y se continúa la vereda hacia el frente, por la parte alta, se hallarán unos muros de posibles habitaciones sacerdotales. Son dos grandes salas perfectamente delimitadas. Y caminando sobre la última, o la del fondo, hay que continuar a la derecha y a unos 50 metros está la primera Piedra Mapa, que nos señala la forma de la Calzada ya mencionada así como unos "ojos de agua".

Es preciso regresar nuevamente a las habitaciones y seguir por la pequeña explanada hasta encontrarse con el Observatorio, que está formado de tres estructuras circulares hechas de piedra, las que de inmediato se aprecian. Debe haber sido un promontorio bastante alto ya que los restos existentes así lo indican. Y como una cosa más provincialista,

este Observatorio fue el primero, también, del Anáhuac, las fechas de erección --1290-98-- nos dan la razón...

Bajando de frente, a 50 metros, se hallan restos de dos cuartos que aún tienen estuco en paredes y piso, lo mismo que unos banquillos o peanas que servían como Adoratorio. Realmente son pequeños y con puertas muy estrechas, lo que indica que era un recinto de meditación privada, o sacerdotal.

Para ir al Calmecac hay que subir y caminar hacia el sur del Adoratorio unos 500 metros. Se detiene uno al observar y encontrarse con una larga y amplia "joya", que era precisamente el campo de entrenamiento militar, pues el Calmecac para eso servía. Hacia el "cierre" oriente de la joya, lado sur, se aprecia una ancha plataforma, a la que se descende de la Calzada por unos angostos escalones. Como seña está en el estrecho patio un enorme Aile...

La extensión de la joya es de unos 700 metros por 200 de claro. Actualmente su campo se halla sembrado de maíz. Piensan algunos que era un gran lago donde se recreaban los reyes de Xochimilco. Posiblemente haya algo de razón, pero seguimos insistiendo en que más bien fue el Calmecac...

Regresando de éste, a 150 metros del Adoratorio y en la falda de la serranía, está la segunda Piedra Mapa, o de Nahualapa. Se considera por varios hombres de ciencia que han vistádola, que es la Primera Piedra Mapa de América, ya que no se puede comparar con la ya conocida de Yucatán o con otras de menor importancia. Veamos por qué se le juzga así:

Es una mole de 2.40 metros de ancho por 2 de grueso. Sus orillas están un poco destruidas por los conquistadores. Contiene 56 "ojos de agua", habiendo uno de 5 cms. de diámetro por 3 de profundidad, que posiblemente sea el Lago de Xochimilco; 8 edificios en realce debidamente orientados, con sus escalinatas de acceso teniendo uno hasta 22 peldaños; un Estado semi-circular con sus escaleras, que bajan al "filo del agua".

Multitud de "puntitos" o veredas de los antiguos caminos que concurrían a la Ciudad Sagrada de los xochimilcas; dos animales acuáticos: una Serpiente y un Pescado, ambos opuestos; así en el lado oriente una serie de "constelaciones"...

Serpiente y Pescado simbolizan a la raza y fauna de Xochimilco. La primera tiene en el cuello la Cocoxóchitl o firma de los xochimilca, saliéndole una vírgula punteada que nos da idea de estar platicando con el pez. Entre cabeza y cabeza hay una "cruz", posiblemente sea la famosa del sur...Al lado se aprecia un "ovaló" formado de 13 puntos. ¿Es acaso el círculo solar?

La señora Leonard, en su estudio de "Una Maqueta Prehispánica en Santa Cruz Acalpixpan", México Antiguo, tomo VIII, 1955, nos dice que más bien se trata de "...un pájaro y una águila llevando aquél un 'objeto' ovalado, dividido longitudinalmente por una línea, que posiblemente sea un 'corazón', o una flor"...Esto es lo más posible.

Y que los "ojos de agua" son "pocitos" para el auto-sacrificio de los que acudían a la zona ceremonial de Santa Cruz Acalpixcan. Esto está fuera realmente del objetivo de la Piedra Mapa, que como queda demostrado solamente se trata de un Croquis de lo que se hizo en Cuauhilama: petroglifos, palacios, habitaciones sacerdotales y residenciales: observatorio, adoratorio y Calmecac.

Es así como he querido dar algunos detalles importantes de la Piedra Mapa de Nahualapa, que al llevarse a cabo las exploraciones y reconstrucción de la Zona Arqueológica será poderoso auxiliar en la locali-

zación de todas las edificaciones que existieron allí. Su conservación es buena, pero debe protegerse mejor.

Siguiendo al oriente, a 200 metros, se halla otra Piedra Mapa que contiene la figura de un Chimal-li; algunos círculos pequeños y ojos de agua. Está junto a otra de su estilo, en la salida de una barranquilla que cae a la joya de Santa Cruz.

Y regresando hacia donde comienza la vereda de entrada a la Zona, antes de llegar a la Calzada, unos 200 metros, en un tramo de una cerca de piedra, muy visibles, se encuentran las Flores: una Cocoxóchitl, o Dalia, que el la firma de los xochimilca, la cual se ve en perfectas condiciones.

A su lado la Yoloxóchitl, o Magnolia, que simboliza los Cuatro Rincones del Mundo y en su centro la Tierra. Esta piedra hace poco se localizó sirviendo de cerca interior de la misma sementera en donde aún se hallan. La una es en roca gris y la otra en rosa. Ambas necesitan urgentemente protección, ya que están expuestas a las manos ociosas o saqueadoras...

Ya en la parada de Santa Cruz se puede ver hacia el poniente El Huacal, o el famoso Huetlatcueye --Gran Osa Mayor--, del que nos dice Torquemada: "Era un templo que daba al filo del agua. Situado en el cerro de la Santa Cruz. Tenía varios murales relativos a la agricultura. Unas fortificaciones a sus lados, y dos grandes escalinatas, provistas de anchas alfardas".

Y de esa parada hay que caminar unos 500 metros al oriente, sobre la carretera a San Gregorio, hasta encontrarse con el pequeño cerro de Tetitlán, en donde al subir por el mismo oriente está una gran piedra semi-caliza, con unos bajorrelieves que representan a la Primavera y la figura de Xochipil-li, dios de las Flores, de la Danza y de la Belleza...

Desgraciadamente la piedra está bocabajo y poco se puede ver de sus detalles, aunque se notan los follajes y parte del Xochipil-li. Es preciso voltearla y ponerla en mejor lugar, ya que allí se va perdiendo y su utilidad casi es nula. Esperamos que pronto se haga dicho trabajo.

Por último, y dentro de lo que hemos considerado Zona Arqueológica de Santa Cruz Acalpixcan, encontramos dos Piedras Mapas más: una junto al desfogue de la planta de aguas de Nativitas, que por descuido está junto a viejos cañones de la revolución y sin darle la importancia de pieza arqueológica. La otra, es la de Quetzalapa, frente a los lavaderos públicos, que en mayo 8 de 1952 se le dio bastante publicidad en los diarios, pensando que era la clave para descubrir los veneros que antaño alimentaban el lago.

Otros petroglifos poco estudiados son los de Nativitas Zacapan, San Gregorio Atlapulco, Tulyahualco y Tláhuac. Urge, por lo tanto, que las autoridades correspondientes tomen cartas en estos asuntos y además de los estudios respectivos, protejan cuanto antes esos tesoros arqueológicos, que por años han estado en el abandono y al amparo de los buenos vecinos. Las transparencias que les pasaremos nos darán una mejor idea de ello.

Debo aclarar que además de lo descrito, obran en poder de particulares algunas colecciones de monolitos y suficientes figuras de cerámica para formar un Museo Regional. La mayoría de esos poseedores están dispuestos a ceder sus piezas en caso de hacerse el mencionado Museo. Así se podría evitar el constante saqueo que se viene cometiendo en Xochimilco, por propios y extraños, pues ahora con el dragado de los canales el comercio es más descarado.

Que la lectura anterior sirva para tener un concepto más amplio del Xochimilco Histórico y Arqueológico y que, los paseos ahora sean hacia el conocimiento exacto de este brillante pasado, prehispánico y colonial, de los xochimilca.

APÉNDICE B

DESCRIPCIÓN DEL SISTEMA LACUSTRE DEL VALLE DEL ANÁHUAC EN EL TIEMPO DE LA CONQUISTA ESPAÑOLA

(Extracto de William T. Sanders, Jeffrey R. Parsons y Roberts S. Santley, The Basin of México, Ecological Processes in the Evolution of a Civilization, Academic Press, New York, 1979, pp. 84-85.)

At the time of the Spanish Conquest the Basin floor was covered by an extensive system of large lakes. To the north were Lakes Xaltocan and Zumpango; in the center, Lake Texcoco; and to the south, Lakes Xochimilco and Chalco. The lakes were shallow, ranging in depth from 1 to 3 meters, and part of the year consisted of a number of inter-connected ponds of varying size. Lake Texcoco, the largest of the five, was located at the lowest elevation (lowest point ca. 2235 m), was the ultimate destination of all drainage, and hence was extremely saline. Lakes Xochimilco and Chalco were about 3 meters higher than Lake Texcoco, and Lake Xochimilco drained into it. Because of this outlet, which functioned year around, and because of the presence of numerous springs along the southern shore, the water in Lakes Chalco and Xochimilco was fresh and covered by a floating vegetation. Lakes Xaltocan and Zumpango were also situated at a somewhat higher level but drained into Lake Texcoco seasonally. Consequently, they were more saline than lakes Xochimilco and Chalco, except at the mouths of major perennial streams or near local springs.

In precolumbian times the lakes provided a wide variety of food resources. From the lake itself five kinds of fish, frogs, polliwogs, freshwater crustaceans and molluscs, turtles, and various aquatic insects and their larvae were obtained. From the lakeshore gathered plant resources included reeds, wild rice, and a blue-green algae called Tecuilatl. During the fall and winter months the lake system was also one of the terminal points of the Central Flyway: a migratory route for waterfowl coming down from the prairie marshes of western Canada.

APÉNDICE C

EL RELATO DE TORQUEMADA DE LA ALIANZA DE LOS MEXICAS Y LOS COLHUAS EN UNA GUERRA CONTRA LOS XOCHIMILCAS

(Extracto de Fray Juan de Torquemada, Monarquía indiana, 6 vols., UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1975-1979, pp. 129-30, que comprende el capítulo IX del libro II.)

Capítulo IX. Cómo los mexicanos, estando cuativos y sujetos en el pueblo de Culhuacan, salieron a ayudar al rey de esta dicha provincia contra los xuchimilcas, a quien hacían guerra; y se cuentan extraños casos que sucedieron.

Aunque hemos dicho que los mexicanos fueron llevados presos y cuativos al pueblo de Culhuacan, donde estuvieron mucho tiempo, dicen las historias que les dieron lugar y sitio donde hiciesen su habitación y morada, apartados de los culhuas. Lo uno (a mi parecer), por tenerlos recogidos y puestos a los ojos; y los otro, porque como enemigos temían, si estuviesen mezclados con los de la ciudad, no hiciesen alguna traición o tratasen de algún levantamiento; y el lugar donde los pusieron se llamaba Tizaapan, en el cual puesto pasaban su mala ventura y servían a los culhuas en todo aquello que se les mandaba, y a poco tiempo de estar allí los dichos mexicanos, se desavinieron los culhuas con los de Xuchimilco, que como vecinos traían entre sí ordinarias cosquillas; los cuales se desafiaron, los unos a los otros; y desafiados determinaron el día de su batalla, la cual se dio partiendo el camino que hay de un pueblo al otro, en un lugar llamado Ocolco, haciendo cada cual todo cuanto podía para vencer al otro; pero fue de manera la fuerza con que se aventajaron los xochimilcas, que se conocía por su parte la victoria. Apesarado el capitán de los culhuas de su ruina, buscaba medios cómo no quedar afrentado y su campo vencido, y pareciéndole que aunque la gente era mucha estaba ya algo acobardo; entre varios pensamientos que se le ofrecieron para el remedio de este daño fue uno, acordarse de la nación mexicana que estaba en Tizapan y puso en su corazón que si venía en su ayuda sería posible ganar la honra, que ya veía perdida; por la cual envió con gran presteza por ellos. Los mexicanos que entendieron que por esta vía podían ganar gracia con quien los tenía cautivos, se holgaron y vinieron sin dilación al socorro.

Verdad sea que aunque el intento del culhua fue traer más gente en su favor y ayuda con cuya fuerza venciase a sus enemigos, fue también con intento de que si en la batalla morían los culhuas, muriesen también los mexicanos; porque se recelaba que si quedaban vivos habían de señorearse de la tierra; y puestos en la ocasión pidieron que les diesen armas con que pelear, porque ellos no las traían ni las tenían. El capitán que no halló con ellas (o no quiso dárselas) les mandó que saliesen al campo como pudiesen y que en defenderse sin ellas mostrarían su esfuerzo y valentía. A esta ocasión, dicen, se les apareció su dios Huitzilpuchtli y esforzándolos les dijo: no tengáis pena, mexicanos, haced unas rodela de canas majadas y salid con ellas a la batalla que yo os ayudaré. Ellos

esforzándose con estas palabras lo hicieron así y tomando juntamente unas varas largas a manera de lanzas, algo gruesas, iban saltando acequias y zanjas de agua, afirmándose sobre ellas. Los culhuas iban unos en canoas bien guarnidas y otros por la tierra firme caminando; y fue tan buena y favorable la venida de estos mexicanos, que aunque la batalla estaba casi conocida por los xochimilcas, a muy breves horas volvió la ventura y fuerte a reconocerse por el campo culhuano y viendo los xochimilcas la nueva fuerza con que los contrarios les acometían, comenzaron a desmayar y a descaecer. Lo cual conocido por los culhuas se animaron y prevaleció su gente en tanto grado y extremo, que los xochimilcas les volvieron las espaldas y comenzaron a huir. Los culhuas fueron siguiendo el alcance y no sólo los metieron en su pueblo, pero les hicieron dejar sus casas y huir al monte, donde pudieron salvarse dejando muchísimos muertos y otros muchos cautivos; y victoriosos se volvieron a sus casas, cada cual con los esclavos que cautivó en la guerra.

Los mexicanos antes de entrar en la batalla, se hicieron de concierto que cada uno llevase una navaja y que al que prendiesen o cautivasen no le matasen, sino que le dejasen señalado la cual señal, determinaron entre ellos, que fuese cortarle la oreja derecha, y así fue que todos los que iban venciendo y dejando atrás, les iban cortando las orejas, como tenían concertado y echándolas en unos canastillos de palma que para esto llevaban. Era costumbre que todos los soldados, después de haber hecho el alcance y salido con victoria, daban cuenta de sus hazañas y proezas a los capitanes y caudillos y en su presencia contaban la presa y presentaban los cautivos que habían prendido. Llegaron los culhuas a esta presentación y cada cual, con el que habían cautivado de los contrarios y enemigos. Y habiendo pasado todos, y recibido las gracias de sus valerosos hechos, fueron llamados los mexicanos y como los vieses venir sin cautivos pensaron que de gente cobarde y pusilánime no se habían atrevido a prender ninguno y por baldonarlos y hacer escarnio de ellos, comenzaron con risa a preguntarles por la presa. Los mexicanos que (como antes hemos dicho) se habían concertado de cortarles las orejas y guardarlas, sacó cada cuál de su tanate o cestillo una sarta de orejas, según las muchas o pocas que había cortado y haciendo presentación de ellas dijeron: estos presos que están aquí presentes, casi todos son cautivos nuestros y sino mirad sus orejas que se las cortamos; y así como tuvimos poder para cortárselas, lo tuvimos también para maniatarlos, pero por no ocuparnos en esto y seguir más libremente, el alcance los dejamos para que vosotros los maniatéis y prendáis; y pues primero vinieron a nuestras manos que a las vuestras, más es gloria nuestra, esta presa, que vuestra. No supieron responder a esta razón los culhuas, mas espantados de la astucia mexicana comenzaron a temerlos más, y a guardarse de ellos, y dijeron: ésta es gente taimada y belicosa, posible será que nos den algún desabrimiento, siendo tan vecinos nuestros como son, mejor será que se vayan, aunque por entonces no les dieron esta licencia.

APÉNDICE D

EL RELATO DE DIEGO DURÁN SOBRE LA CONQUISTA DE LOS XOCHIMILCAS POR LOS MEXICAS

(Extracto de Fray Diego Durán, Historia de las Indias de Nueva España e islas de la Tierra Firme, 2 tomos, Edit. Porrúa, México, 1967, II:105-115, que comprende los capítulos XII y XIII.)

Capítulo XII - De la discordia grande que se recreció entre los de xuchimilco y los mexicanos, en que, después de haber peleado los unos con los otros, los xuchimilcas fueron vencidos con muchos daños y muertes que los mexicanos hicieron en ellos.

No pareciendo bien a los xuchimilcas la demasía que los mexicanos habían tenido en destruir a los de Cuyuacan y temiendo alguna novedad, empezaron a se recelar de ellos cada día más. No porque los mexicanos les diesen alguna ocasión, en señas ni en palabras ni en obras, antes mostrándoles la misma afición y afabilidad, conversación y buen rostro que hasta allí. Iban y venían a los mercados, tratos y contratos, como antes. Pero algunos, que siempre terciaban de mal entre los que ya tienen corazones inquietos, levantáronse algunos, mal intencionados contra los mexicanos y dijeron a los señores:

"Señores y naturales de Xuchimilco: temerosos estamos (de) que los mexicanos, tan victoriosos con las victorias pasadas, han de pretender asegurarnos, y, sin sentir, se nos han de entrar y tomar nuestras tierras y parecer somos que nos vamos, sin guerra ni contienda, a poner en sus manos y les ofrezcamos nuestra ciudad y bienes, porque, así como así, lo han de venir a poseer."

Los señores de allí, que eran dos, el uno de la cabecera de Xuchimilco, llamado Yacaxapo tecuhtli y el otro de la Milpa (Alta), que se llamaba Pachimalcatl tecuhtli. Y juntamente, juntándose a ellos muchos principales, dijeron: --"¿Qué desatino es el que decís? ¡No se ha de hacer tal cosa, ni se ha de imaginar, de que nos vamos a poner en manos de los mexicanos! ¡Buenos quedarnos, los señores, y con buena honra, que de señores vengamos a ser vasallos y serviciales de los mexicanos, y de que vaya yo a barrer y regar las casas de los mexicanos y a que me manden con el pie, y que les vamos nosotros a dar aguamanos, no sería honra nuestra! Nosotros hemos de probar ventura y ver para cuánto somos, ya que algo hubiere de ser."

Y allí se confederaron todos los xuchimilcas en este parecer y dijeron a los señores que aquello querían y deseaban y que quedase aquel parecer, para que se siguiese y pusiese por obra.

Dada esta determinación y acuerdo por cosa hecha, venían las indias mexicanas a sus ordinarios mercados, como solían, sin recelo de cosa, ignorantes de lo que se había contra ellos pensado. Y los xuchimilcas, comprando, por asegurarlas, de aquellas cosas que traían a vender, de pescado y aves de la laguna, quisieron los xuchimilcas hacer una junta y banquete entre sí, donde se acabase de concluir la determinación y conjuración que contra los mexicanos hacían.

Y guisando entre los manjares que habían de comer de aquellas cosas

que las mexicanas traían a vender, aconteció una cosa prodigiosa y espantosa, de que los xuchimilcas quedaron espantados y atónitos. Y fue, que estando todos sentados en sus lugares para comer, todos los manjares que sacaban de las indias mexicanas que habían comprado, se les volvían, puestos delante de ellos, pies y manos de hombres, brazos, cabezas, corazones de hombres y asaduras, tripas.

Ellos, viendo una cosa tan espantosa y nunca oída ni vista, llamaron a los agoreros, y preguntáronles qué podría ser aquello. Los agoreros les pronosticaron ser muy mal agüero, pues significaba la destrucción de su ciudad y muerte de muchas gentes. Los señores, alborotados, empezaron a decir: --"¡Ah, señores, que somos perdidos y sin remedio...! Por tanto, xuchimilcas, aparejaos para morir porque la nobleza de Xuchimilco ha de perecer, como la de Azcapotzalco y la de Cuyuacan."

En este medio tiempo los mexicanos, seguros y sin sospecha ninguna, entendiendo que la amistad que entre sí tenían estaba con la misma fuerza que antes, ofrecióseles necesidad de una poca de piedra y madera de pino albar para el edificio del templo del ídolo Huitzilpochtli. Y seguros de que recibirían mala respuesta, enviaron a sus mensajeros a los señores de Xuchimilco, para que les diesen piedra y madera.

Los mensajeros tomaron el presente de todo lo que pudieron, y fueron a Xuchimilco. Y llegados, propusieron su embajada en esta manera: --"Muy altos señores: el rey Itzcoatl, con todos los cuatro señores de México, os besan vuestros pies y manos y os envían a saludar, y os ofrecen este presente, y piden el socorro de vuestra señoría y grandeza y generosidad, y es que uieren edificar un aposento al dios Huitzilpochtli. Que reciban de vosotros este beneficio: que permitáis tomar alguna piedra pesada y alguna madera de pinos albares para ella."

Respondió Cuauhquechol --que era señor de allí-- y otro juntamente que se llamaba Tepanquizqui: --"¿Qué decís, mexicanos? ¿Qué pedís? ¿Estáis, por ventura, beodos o fuera de juicio, que venís con esas cosas y demandas? ¿Somos aquí, por ventura, vuestros vasallos, o esclavos, o vuestros mozos, que os hemos de proveer aquí de piedra y madera y de cuanto habéis menester? ¿Son, por ventura, los que acá os enviaron nuestros amos y señores, que nos manden como a tales? Por tanto, íos luego a vuestros señores y dadles esta respuesta: Que no queremos, ni es nuestra voluntad darles lo que piden."

Luego partieron los mensajeros de México y dieron la respuesta áspera y mal mirada de los xuchimilcas al rey Itzcoatl y a todos los demás señores, de que quedaron muy admirados y espantados, y en esta parte les pesó mucho, por ver que de ello no podía suceder ningún bien. Y así mismo, mandó el rey Itzcoatl que ninguno fuese osado de traspasar de los límites de Xuchimilco, mujer ni hombre, porque no sucediese alguna cosa, supuesta la desgracia con que les habían respondido. Tampoco queremos que vengan acá. Y así lo mandaron avisar.

Los xuchimilcas, viendo que ya no venían como solían, ni había aquella comunicación, ni trato ordinario, entraron en consejo, y tomando parecer, dijeron los señores a los demás principales: --"Ya véis cómo los mexicanos nos han quitado el habla y no vienen como solían, ni nos quieren ver ni tratar, por haberles negado lo que nos pedían. Mirad si os parece qué será mejor para tener paz, que les demos lo que piden, pues en ello no se aventura cosa ninguna, más de tornar a su amistad."

A la cual plática respondió un señor de los de Xuchimilco, que se decía Yacaxapo tecutli: "¿Qué decís, xuchimilcas? ¿No se ha de hacer tal porque si ahora concediésemos con ellos, seríamos tenidos por infames, y

los macehuales y gente común quejarse ían de nosotros y con razón, diciendo que no los defendíamos y amparábamos de quien les quisiera sujetar. Y así, gáñenlo por buena guerra y no habrá quien se queje de nosotros." Todos los principales, fáciles de persuadir, dijeron que así estaba muy bien acordado.

Estando las cosas de esta manera, puesto entredicho de la una parte y de la otra, no habiendo entre estas dos ciudades comunicación ni trato, aconteció que unos mexicanos mercaderes venían del Marquesado con cargas de algodón resgatado para vender en su ciudad, y pasando por el monte que baja a Xuchimilco, salieron a ellos algunos soldados de Xuchimilco, y preguntándoles de dónde eran, respondieron que de México. Ellos, sin más hablar, arremetieron a ellos y maltratándolos muy mal, quitándoles las mantas y todo cuanto llevaban, sin dejarles cosa ninguna, así desnudos y robados y muy mal heridos, los enviaron a la ciudad de México.

Los caminantes se fueron derecho a la casa real y puestos ante el rey, así heridos y maltratados, llorando con gran angustia, dieron su querella en presencia de todos los grandes, diciendo: --"Señor poderoso, éstos que presentes estamos, habíamos salido a los tratos y granjerías que solemos, salieron a nosotros los xuchimilcas y nos robaron y maltrataron de la suerte que ves, diciéndonos que a nosotros andaban a buscar paradar cabo de nosotros."

Oído por el rey Itzcoatl, recibiendo de ello y mostrando, así en el semblante, como en las palabras, enojo, dijo: --"Hermanos mexicanos, vosotros habéis padecido; sufrid y callad, que vosotros seréis vengados de vuestro maltratamiento, y restituidos en vuestras haciendas. Y si presentes nos halláramos, pusiéramos la vida por vuestra defensa, pero estando, como estábamos, ausentes, tened paciencia y callad, que a su tiempo seréis satisfechos."

Y luego mandó llamar a todos los señores, y estando juntos todos en su presencia, les dijo: --"Ya véis, mexicanos, la ocasión que los xuchimilcas han dado para quebrantar la paz, sin haberles nosotros ofendido. Por tanto, vayan cinco caballeros de vosotros y cinco soldados, con armas encubiertas, y sentaros heis junto a la más principal sementera que en sus términos halláredes, y empezad a coger algunas mazorcas o cañas de ella, y si alguno os saliere a defender la sementera, o a haceros algún daño, sin matarlos, me los maltratad muy maltratados, y antes que salga gente armada, echad la milpa o sementera por el suelo."

Luego señalaron allí cinco de aquellos señores y cinco soldados viejos, y todos diez juntos se fueron a la primera sementera que estaba en los términos de Xuchimilco, y empezaron a coger de las mazorcas y a quebrar algunas cañas de maíz, según la industria que llevaban. Y estando haciendo el daño, salieron a ellos algunos xuchimilcas, defendiéndoles la sementera, y queriéndoles prender, conociendo ser mexicanos, pero ellos, revolviendo sobre ellos, les dieron muchos macanazos y golpes, maltratándolos malamente, y luego, antes que se diese el aviso, entraron por aquellas sementeras y pusiéronlas todas por el suelo, sin poder ser de provecho, de suerte que, cuando los xuchimilcas acudieron, ya los mexicanos iban huyendo a su ciudad y recogiendo en ella. Los cuales llegaron ante su señor Itzcoatl, refiriéndole todo lo que había pasado y la destrucción que se había hecho de las sementeras.

El rey tomó parecer con los grandes de los que había de hacer. Tlacaelel, príncipe de los ejércitos, y los cuatro del supremo consejo dijeron: --"Señor, nuestro parecer es que no quiebre el descomedimiento por nosotros. Enviémosles a requerir con la paz y pregúnteseles si están

determinados de nos hacer guerra, o si quieren nuestra amistad, y, para este efecto, vayan dos de nuestros hermanos de los más principales, mancebos."

El rey, pareciéndole bien, llamó a unos de sus grandes y díjoles que mandase al principal llamado Tucultecatli y al otro llamado Axiccoyo, hombres valerosos y de mucha estima, que fuesen con la embajada a los señores de Xuchimilco, diciéndoles mirasen su determinación cuál fuese, porque ellos deseaban la paz y concordia, y que, si no la quisiesen, trujesen la determinación y conclusión de todo.

Estos dos señores respondieron les parecía de ir, y así se aparejaron para hacer su embajada. Idos, y llegados a un lugar que cae en términos de Xuchimilco, que se llama Ticoapan, salieron a ellos muchos señores de la parte de Xuchimilco, todos a punto de guerra, con sus armas y divisas, espadas y rodela, de lo cual iban los dos señores de México desapercibidos, sin llevar cosa para su defensa.

Los xuchimilcas les preguntaron qué era lo que querían y a dónde iban. Ellos respondieron ser de México y que iban a Xuchimilco con una embajada a los señores. Ellos les respondieron que no era su voluntad que entrasen con embajada ninguna; que si algo querían, que allí lo podrían decir. Ellos tornaron a porfiar de querer entrar ante el señor de Xuchimilco. De lo cual ellos enojados, los detuvieron, amenazándolos con la muerte, y que se fuesen, que dijese a su señor que su determinación era de destruirlos y que ya no había qué replicar, y que ésta era la última respuesta y resolución de toda la tierra xuchimilca, así de los mozos, como de los viejos, mozos y niños y mujeres, y que no había más que preguntar.

Ellos, no osando porfiar, dijeron fuese en hora buena, que ellos se holgaban de la resolución de su propósito y que ellos se volvían. Los cuales, vueltos a México y venidos ante su señor, le contaron todo lo que les había acontecido con los señores que en el camino toparon y cómo andaban todos armados y a punto de guerra, y que su determinación era de matarlos y destruirlos, y que no dejándolos entrar en la ciudad, los habían hecho volver de ella.

El rey Itzcoatl les dijo: --"Es posible que, siendo vosotros mensajeros y yendo sin armas, no os dejasen entrar?" Ellos respondieron que no, que en ninguna manera. Vuelto a Tlacaelel, le mandó avisase a los de su consejo que hablasen a los señores principales hubiese apereamiento en la gente para la guerra, pues ellos estando seguros y sin voluntad de hacer mal, se habían determinado de los destruir y matar.

Los del consejo se juntaron y mandaron llamar a todos los principales y capitanes de los ejércitos, con todos los demás soldados viejos, y determinada la guerra entre ellos, empezaron a juntar y a prevenir a la gente y a hacer pertrechos de guerra, porque por ser la gente xuchimilca gran número y, demás de eso, valerosa, érales necesario el reparo.

Apercibidos ya todos, y las cosas necesarias, Tlacaelel hizo reseña de su gente, en un lugar llamado Teyacac. Y, escogiendo la gente que mejor le pareció de los más valerosos soldados y más dispuestos, y a éstos hizo una plática: --"Señores y valerosos soldados: toda la nación xuchimilca está contra nosotros, que, en su comparación y número, somos casi nada. No os espante la multitud: esfuerzo es y ánimo el que hace al caso. Habéis de saber que nuestros enemigos están muy cerca de aquí, en un lugar que se dice Ocolco, y allí ha de ser la batalla. Por tanto, mexicanos, celebrad vuestro nombre, como soléis."

Ellos, con toda alegría y esfuerzo, respondieron estar aparejados

a morir o vencer, y luego empezaron a marchar muy en orden, ordenadas sus hileras, siguiendo cada hilera su capitán.

Llegados a vista de los enemigos, haciendo alto los xuchimilcas, alzaron gran alarido y vocería, diciendo: --"¡Venid, venid, mexicanos, que vuestro fin es llegado...!" Los cuales, era tanto el número de ellos que cubrían los llanos, y era tanta la riqueza que en las armas y divisas y en las rodela tenían el oro, joyas, piedras y plumas, que relumbrando con el sol, hacían gran resplandor con los rayos que de ellas salían, con tanta diferencia de armas, verdes, azules, coloradas, amarillas, negras... finalmente, de todas las colores, que era contento verlos.

Los mexicanos, acercándose a ellos, les dijeron: --"Oh, desventurados xuchimilcas, pobres de vosotros y de vuestras mujeres e hijos... ¿Quién os engañó a venir a este lugar, donde perderéis muy en breve el brío y gallardía y esa vana fantasía que traéis y habéis de ser nuestros tributarios y terrazgueros?" Diciendo estas palabras, empezaron a disparar muchas varas arrojadizas y flechas, y fue con tanta furia y prisa, que cubrían el sol, y fue tanta la vocería que juntamente levantaron, que hundían los valles. De que a poco de rato, los de Xuchimilco empezaron a desamparar el llano y a volver atrás, aunque poco a poco, dándoles gran ánimo y esfuerzo sus capitanes que les hacían tener el pie quedo.

Pero, viniendo a las espadas y rodela, los mexicanos, diestros y animosos en aquel menester, rompiendo por los escuadrones de Xuchimilco, los empezaron a llevar poco a poco, hasta un lugar que llaman Xochitepec. Ganado este cerrillo, subióse a él Tlacaelel y empezó a decir a grandes voces rodeando la espada y la rodela: "Ea, mis valerosos mexicanos, que la victoria es nuestra; no os fatiguéis mucho; poco a poco mueran, mueran; sean destruidos los que, sin debérselo, nos han querido destruir."

Y bajando del cerrillo a todo correr, poniéndose delante de su gente que ya andaba cansada, empezó a hacer maravillas, derribando a cuantos delante topaba. Con lo cual, los mexicanos animados y los xuchimilcas atemorizados, se empezaron a recoger a una cerca o albarrada que para defensa de su ciudad tenían hecha, y poniéndose tras la cerca y por algunas troneras que en ella tenían, hacían gran daño a los mexicanos. Pero ellos arremetieron a la cerca y con las mismas espadas, palos y coas le empezaron a hacer grandes portillos y a echarla por el suelo.

Visto por los señores de Xuchimilco que de fuerza la ciudad había de ser saqueada, si en ello no se proveyese, pues ya la cerca estaba toda por el suelo y la defensa era poca, a causa de que los que la defendían la habían desamparado la mayor parte de ellos, y los mexicanos hacían gran destrozo y matanza, salieron los señores, como he dicho, y sin armas, y las manos cruzadas, haciendo grandes ademanes y cerimonias, se postraron en presencia de todo el ejército diciendo:

"Mexicanos y señores nuestros, veisnos aquí los que alguna culpa tenemos de vuestro enojo y trabajo y pesadumbre; ejecutad en nosotros vuestra ira y furor, y no permitáis que los viejos y los niños perezcan, ni la ciudad sea saqueada ni destruida. Ya habéis vengado vuestro corazón: abajad vuestros brazos y espadas, echad por el suelo vuestras rodela y descansad. Mirad lo que queréis, que aquí seréis servidos. De hoy más son vuestros los montes y collados, las aguas y fuentes, tierras y llanos, de donde sale toda la riqueza de esta ciudad, piedra pesada y liviana, madera y leña, todo está a vuestro servicio. Aplacad vuestros corazones, pues mientras más de nosotros hiciéredes, menos, menos vasallos tendréis que os sirvan. Descansad, mexicanos, y no haya más contienda, que vosotros habéis vencido en buena guerra."

Los mexicanos, para más amedrentarlos, respondieron que no querían sus promesas, ni habían menester su piedra ni madera; que, muertos ellos y borrado su nombre de la tierra, ellos harían su voluntad, y que todo quedaba por suyo y que ellos poblarían aquella ciudad. Y levantando el alarido, otra vez tornaron a levantar las armas para los herir, diciendo: --"¡Mueran los traidores; que no quede hombre a vida...!"

Los xuchimilcas tornaron a humillarse y a rogar cesase la contienda y pelea, considerando la hambre de los soldados y deseo de saquear la ciudad que tenían, diciendo: --¿Qué es lo que pretendéis, señores nuestros, valerosos mexicanos? Si buscáis tierras para el sustento de vuestras personas, aquí os las daremos aguamanos y todo lo que hubiéredes menester, y os edificaremos vuestras casas, y a donde fuéredes, y caminaréis y caminos que anduviéredes, os iremos sirviendo y os llevaremos vuestras cargas, y si fuéredes a las guerras, os procuraremos de vituallas para ellas y de todo lo necesario de armas y bastimentos y os ayudaremos con gente. En fin, os seremos sujetos hasta la muerte."

Tlacaelel mandando que todos bajasen las armas, viendo a los enemigos rendidos, mandó que cesase la contienda, y todos, sin entrar en la ciudad, diesen vuelta a la ciudad de México.

Los soldados, con pesadumbre y enojo, no mostrando buen rostro a lo que les era mandado, empezaron a dar vuelta a la ciudad de México, quejándose no haberles dado licencia para el saco, como en las demás ciudades se les había dado, conociendo ser Xuchimilco de las ricas ciudades de la tierra y donde ellos podían henchir las manos muy a su placer. En fin, Tlacaelel les prometió darles satisfecho de lo que allí perdían. Pero, vuelto a los de Xuchimilco, les mandó que luego, sin más tardar, mandasen a todos los de la ciudad hiciesen una calzada de tres brazas en ancho desde su pueblo hasta la ciudad de México, de piedra y tierra, cegasen el agua que el término de esta calzada tomase e hiciesen sus puentes a trechos, para que el agua tuviese por donde salir de una parte a otra.

Los xuchimilcas bajaron la cabeza y luego dieron mandato por toda la nación xuchimilca, que es grande población y trecho de tierra el que ocupó, pues corre más de veinte leguas, hasta un pueblo que se dice Tuchimilco y, por otro nombre, Ocopetlayucan. Oída la voz, acudió toda esta nación a hacer la calzada, que hoy en día se anda de la ciudad de México a Xuchimilco.

Capítulo XIII - De cómo, después de hecha la calzada por los xuchimilcas y tepanecas, mandó el rey Itzcoatl de México ir a repartir las tierras de Xuchimilco.

Luego que los de Xuchimilco fueron vencidos y ellos sujetos a la corona real de México, como arriba dijimos, fueles mandado hiciesen aquella ancha calzada que va de la ciudad de México a la ciudad de Xuchimilco. Para lo cual, rogaron a los de Cuyucan les ayudasen a la hacer, al menos por lo que tocaba a sus pertenencias. Los cuales, sin más réplica, les concedieron la ayuda y así lo hicieron todo lo que tocaba a su pertinencia.

El modo de hacerla fue sobre mucha cantidad de estacas, piedra y tierra, sacada de la misma laguna, como céspedes. Hecha esta ancha calzada, no tardando en ella muchos días, por la innumerable gente que en ella andaba, mandó llamar Itzcoatl ante sí a Tlacaelel y dijóle:

"Tlacaelel, ya la calzada que mandaste hacer a los xuchimilcas está hecha y la han hecho de buena voluntad; lo que agora resta es que los

señores mexicanos vayan a gozar de lo que con el sudor de su rostro y el trabajo de sus manos ganaron, y con el esfuerzo de su corazón. Y es mi voluntad que tú vayas en persona, con dos de mi consejo, y después de dejar contentos a todos los principales y hermanos míos, y tuyos, y que después de haberles dado a cuatrocientas varas a cada uno --pues no hubo saco, ni robo de que los soldados se suelen hacer pago de su trabajo-- mando que a todos los más señalados se les den tierras para en pago de su trabajo, y para ti escoge a tu voluntad, que caro nos cuesta la sangre de nuestro cuerpo y las vidas de muchos."

Tlacaelel, con todos los que se hallaron presentes, dieron muchas gracias al rey, besándole las manos. Y dieron luego aviso de los que el rey mandaba, para que todos acudiesen a darle las gracias, como era justo. Y estando congregados todos, partieron para la ciudad de Xuchimilco, gran número de gente de señores y principales, soldados y gente común, al repartimiento de las tierras, holgándose de ver la calzada que en tan breve tiempo habían hecho.

Llegados a la ciudad de Xuchimilco, todos los señores de México, salieron todos los principales a los recibir con mucha honra, mostrándoles gran amor y aposentándolos en las casas de señorío. Les dijeron fuesen muy bien venidos a aquella ciudad y que descansasen y se holgasen, que tiempo había para entender a lo que venían. Y dándoles muy bien lo que habían menester, así de comida, muy bastante y opulenta, como de mantas ricas, joyas y piedras de valor, proveyéndoles de rosas y de atambor, empezaron a hacerles areitos en los cuales, por darles autoridad, entraron todos a bailar y cantar a su usanza.

Celebrado el hospedaje y dada la buena venida, hicieron luego dejación de sus tierras para que se cumpliese lo que ellos mismos habían dicho, dando sentencia contra sí en el repartimiento de ellas. Los mexicanos muy contentos, fueron con los señores del pueblo a los lugares donde podían entregarse a su voluntad, y diciéndoles: "Señores, véis aquí tierras; tomad según el mandato de nuestro rey y señor Itzcoatl, que vuestro es y vosotros lo ganasteis."

Luego fueron señaladas tierras a la corona real, como ya lo tenían de costumbre, y luego a Tlacaelel, y tras él, a todos los señores y principales, a los cuales dieron a dos suertes a cada uno, y luego a todos los soldados, que eran de más nombradía, a suerte.

Los de Xuchimilco, habiendo dejado sus tierras y viéndose así desposeer de ellas, no pudiéndose contener de lágrimas, empezaron a gemir su desventura y a decir a los mexicanos: --"Señores, y estaréis satisfechos de habernos desposeído de nuestras tierras y patrimonios; ya, por nuestra desventura, somos vuestros vasallos y hemos tomado la carga y esclavonía de ser vuestros tributarios. Rogamos a nuestro señor y rey Itzcoatl y a vosotros, que os hayáis con nosotros benignamente y nos sobrellevéis nuestras flaquezas y miseria y os compadezcáis del pobre viejo y de la pobre vieja, del huérfano y de la viuda, debajo de cuya protección se somete, confiando en vuestra benignidad y clemencia."

Los mexicanos, movidos a compasión, los consolaron y animaron con palabras muy benignas, prometiéndoles su favor todas las veces que lo hubiesen menester, y con esto, los de Xuchimilco lo habían hecho y la honra con que los habían tratado y con la liberalidad con que les habían dado las tierras, de lo cual el rey holgó extrañamente y mandó fuese avisado el señor de Xuchimilco cómo le hacía uno de los muy privados suyos y que pudiese estar y comer en su presencia y dar parecer en todo lo que se hubiese de hacer. Lo cual tuvo a mucho y fue uno de los grandes favores

que a señor ninguno se había dado hasta entonces.

Fue la tribu de Xochimilco de los terceros que poseyeron esta tierra y salieron de aquellas siete cuevas donde vivieron mucho tiempo, y fue gran cosa en tiempo antiguo. Tuvo muchas guerras con los de Colhuacan sus comarcanos sobre tierras y términos y señoríos; porque Colhuacan, como fue la primera en elegir reyes y señores, antes que los mexicanos viniesen, tuvo grandes competencias con los de Xuchimilco, porque cada ciudad de estas dos no quería reconocer superioridad la una a la otra.

.....

APÉNDICE E

LOS RELATOS DE ALVA IXTLILXÓCHITL, DÍAZ DEL CASTILLO, CORTÉS Y VETANCOURT SOBRE LA BATALLA DE XOCHIMILCO

(Extracto de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, Obras históricas, 2 vols, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1975 y 1977, II:252-53.)

. . . Dando la vuelta desde Coháhuac, vinieron a dar sobre la ciudad de Xochimilco, que era la más fuerte y de más gentío de la laguna dulce, y aunque los moradores de ella estaban bien apercebidos, con muchas albarra-
das, y viendo el daño que recibían de las escopetas, desamparándola, dentro de media hora ganaron la mayor parte de la ciudad, peleando con los enemigos por agua y por tierra hasta la noche; y otro día siguiente teniendo los mismos combates, mataron, mataron a dos españoles, y Cortés se vido en gran aprieto, porque cansado su caballo se dejó caer, y como lo vieron a pie lo cercaron los enemigos, y con una lanza se defendió valerosamente de ellos hasta que llegó Chichimecatecuhtli caudillo de los tlaxcaltecas a socorrerle, y uno de los criados de Cortés, con cuya ayuda y con el socorro que llegó después, los enemigos desampararon todo el campo y los nuestros se fueron recogiendo por la parte interior de la ciudad; y aquella noche hicieron cegar con piedra y adobes todas las acequias por donde estaban las puentes alzadas, para que los de a caballo pudiesen entrar y salir sin estorbio ninguno, quedando aquella noche todos aquellos pasos muy bien aderezados; y en toda ella estuvieron los nuestros con mucho aviso y recaudo de velar y guardar, porque aquel día vinieron los mexicanos con un grueso ejército por agua y por tierra a defender a los de Xochimilco, y vieron a los nuestros dentro de esta ciudad, los cuales dándoles orden Cortés de todo lo que debían hacer, se defendieron valerosamente hasta ganar una fuerza que estaba en la parte que llaman Tepechpan, y como se dividieron, cada escuadrón siguió a los enemigos por su cabo, y después de haberlos desbarratado, matando muchos de ellos, se vinieron a recoger al pie del cerro referido, en donde tuvieron muy gran contienda y mataron más de quinientos de los enemigos; y otro día siguiente desbarrataron otro escuadrón de los enemigos, que era el segundo socorro que venía de México, matando a muchos de ellos; y volviendo a la ciudad de Xochimilco hallaron a los nuestros que habían quedado dentro de ella necesitados, porque los enemigos habían apretado mucho, y habían trabajado harto en defenderse, y echar de la ciudad a los enemigos matando a muchos de ellos; y no habían descansado, cuando llegó otro mayor escuadrón que los dos primeros de mexicanos, que venían a socorrer y defender esta ciudad, y acometiendo los nuestros con ellos, en breve tiempo los desbarrataron, guareciéndose dentro del agua en sus canoas; y volviéndose a la ciudad, la quemaron toda los nuestros, excepto en donde ellos estaban aposentados. Estuvieron otros tres días en la ciudad ocupados en asolarla, al cabo de los cuales se partieron para Cuyo-
huacan, y como los de Xochimilco y sus valedores los vieron ir, les dieron por las espaldas con mucha grita, y Cortés con los de a caballo revolvió sobre ellos, y los fue siguiendo hasta meterlos en el agua; . . .

(Extracto de Bernal Díaz del Castillo, Historia de la Conquista de Nueva España, Edit. Porrúa, México, 1976, pp. 318-22.)

. . . , y otro día muy de mañana comenzamos a caminar, y obra de las ocho llegamos a Xochimilco. Saber ahora yo decir la multitud de guerreros que nos estaban esperando, unos por tierra y otros en un paso de una puente que tenían quebrada, y los muchos mamparos y albarradas que tenían hecho en ellas, y las lanzas traían hechas como dalles de las espadas que hubieron cuando la gran matanza de los nuestros en lo de las puentes de México, y otros muchos indios capitanes, que todos traían espadas de las nuestras puestas todas en otras largas lanzas muy relucientes; pues flecheros y varas de a dos gajos y piedras con hondas, y espadas de a dos manos como mantantes hechas de navajas; digo que estaba toda la tierra firme llena de ellos, y al pasar de aquella puente estuvieron peleando con nosotros cerca de media hora que no les podíamos entrar, que ni bastaban ballestas ni escopetas, ni grandes arremetidas que hacíamos, y los peor de todo era que ya venían otros muchos escuadrones de ellos por las espaldas, dándose guerra. Y desde que aquello vimos rompimos por el agua y puente medio nadando, y otros a vuelapié, y allí hubo algunos de nuestros soldados que no quisieran beber por fuerza tanta agua que, al pasar de aquella puente, bebieron tanta que se hincharon las barrigas de ella.

Y volvamos a nuestra batalla: que al pasar de la puente hirieron a muchos de los nuestros, y luego les llevábamos a buenas cuchilladas por unas calles adonde había tierra firme adelante, y los de a caballo, juntamente con Cortés, salen por otras partes a tierra firme adonde toparon sobre más de diez mil indios, todos mexicanos, que venían de refresco para ayudar a los de aquel pueblo, y pelean de tal manera con los nuestros, que les aguardaban con las lanzas a los de a caballo, e hirieron a cuatro de ellos. Y Cortés, que se halló en aquella gran prisa, y el caballo en que iba que era muy bueno, castaño oscuro, que le llamaban El Romo, o de muy gordo o de cansado, como estaba holgado, desmayó el caballo, y los contrarios mexicanos, como eran muchos, echaron mano a Cortés y le derribaron del caballo; otros dijeron que por fuerza lo derrocaron; sea por lo uno o por otro, en aquel instante llegaron muchos más guerreros mexicanos para si pudieran apañarle vivo, y como aquellos vieron unos tlaxcaltecas y un soldado muy esforzado que se decía Cristóbal de Olea, natural de Castilla la Vieja, de tierra de Medina del Campo, de presto llegaron y a buenas cuchilladas y estocadas hicieron lugar, y tornó Cortés a cabalgar, aunque bien herido en la cabeza, y quedó Olea muy mal herido de tres cuchilladas; y en aquel tiempo acudimos allí todos los más soldados que más cerca de él nos hallamos, porque en aquella sazón, como en aquella ciudad había en cada calle muchos escuadrones de guerreros y por fuerza habíamos de seguir las banderas, no podíamos estar todos juntos, sino pelear unos a unas partes y otros a otras, como nos fue mandado por Cortés, más bien entendíamos que adonde andaba Cortés y los de a caballo que había mucho que hacer por las muchas gritas y voces y alaridos y silbos que oímos; y en fin de más razones, puesto que había adonde andábamos muchos guerreros, fuimos con gran riesgo de nuestras personas adonde estaba Cortés, que ya se le habían juntado hasta quince a caballo, y estaban peleando con los enemigos junto a unas acequias adonde se mamparaban y había albarradas, y como llegamos les pusimos en huida, y aunque no del todo volvían las espaldas; y porque el soldado Olea que ayudó a nuestro Cortés estaba muy mal herido de tres cuchilladas y se desangraba, y en las calles de aquella ciudad estaban llenas de guerreros, y dijimos a Cortés que se

volviese a unos mamparos y se curase Cortés y Olea y el caballo; y así volvimos, y no muy sin zozobra de vara y piedra y flecha que nos tiraban de muchas partes, donde tenían mamparos y albarradas, y creyendo los mexicanos que volvíamos retrayéndonos nos seguían con gran furia.

Y en este instante viene Andrés de Tapia y Cristóbal de Olid y todos los más de a caballo que fueron con ellos a otras partes, Olid corriendo sangre de la cara y el caballo, y todos los demás cada cual con su herida, y dijeron que habían peleado con tanto mexicano en el campo raso que no se podían valer, y porque cuando pasamos la puente que dicho tengo parece ser Cortés los repartió, que la mitad de caballo fuesen por una parte y la otra mitad por otra, y así fueron siguiendo tras unos escuadrones y la otra mitad tras los otros. Pues ya que estábamos curando los heridos con quemarles con aceite, suenan tantas voces y trompetillas y caracoles y atabales por unas calles en tierra firme, y por ellas vienen tantos mexicanos a un patio donde estábamos curando (los heridos), y tirándonos tanta vara y piedra, e hiriendo de repente a muchos de nuestros soldados; mas no les fue muy bien de aquella cabalgada, que presto arremetimos con ellos y a buenas cuchilladas y estocadas quedaron hartos de ellos tendidos; pues los de a caballo no tardaron en salirles al encuentro, que mataron muchos; puesto que entonces hirieron dos caballos, de aquella vez los echamos de aquel sitio y patio.

Y después que Cortés vio que no había más contrarios nos fuimos a reposar a otro gran patio adonde estaban los grandes adoratorios de aquella ciudad, y muchos de nuestros soldados subieron en el "cu" más alto, adonde tenían sus ídolos, y desde allí vieron la gran ciudad de México, y toda la laguna, porque bien se señoreaba todo, y vieron venir sobre dos mil canoas que venían de México, y en ellas llenas de guerreros, y venían derechos adonde estábamos, porque, según otro día supimos, que el señor de México, que se decía Guatemuz, las enviaba para que aquella noche o de día diesen en nosotros, y juntamente envió por tierra sobre otros diez mil guerreros, para que unos por una parte y otros por otra tener manera para que no saliésemos de aquella ciudad con la vida ninguno de nosotros; también había aperebido otros diez mil hombres para enviarles de refresco cuando nos estuviesen dando guerra, y esto se supo otro día de cinco capitanes mexicanos que en las batallas prendimos; y mejor lo ordenó Nuestro Señor, porque así como vino aquella gran flota de canoas, luego se entendió que venían contra nosotros, y acordamos que hubiese muy buena vela en todo nuestro real repartido a los puertos y acequias por donde habían de venir a desembarcar, y los de caballo muy a punto toda la noche ensillados y enfrentados, aguardando en la calzada y tierra firme, y todos los capitanes y Cortés con ellos, haciendo vela y ronda toda la noche, y a mí y a otros dos soldados nos pusieron en guarda en otras acequias.

Pues estando velando yo y mis compañeros, sentimos el remar de muchas canoas que venían a remo callado a desembarcar (a) aquel puesto donde estábamos, y a buenas pedradas y con las lanzas los resistimos, que no osaron desembarcar; y uno de nuestros compañeros enviamos que fuese a dar aviso a Cortés. Y estando en esto volvieron otra vez otras muchas canoas cargadas de guerreros y nos comenzaron a tirar mucha vara y piedra y flecha y los tornamos a resistir; y entonces descalabraron dos de nuestros soldados, y como era de noche y muy oscuro, se fueron a juntar las canoas con sus capitanías de la flota de canoas, y todas juntas fueron a desembarcar a otro portezuelo o acequias hondas, y como no son acostumbrados a pelear de noche, se juntaron todos con los escuadrones que Guatemuz envia-

ba por tierra, que eran ya más de quince mil indios.

También quiero decir, y esto no por jactanciarme de ello, que como nuestro compañero fue a dar aviso a Cortés cómo habían llegado allí en el puerto donde velábamos muchas canoas de guerreros, según dicho tengo, luego vino a hablar con nosotros el mismo Cortés acompañado de diez de a caballo, y desde que llegó cerca sin hablarnos dimos voces yo y un Gonzalo Sánchez, que era de Algarbe, portugués, y dijimos: "¿Quién viene ahí? ¿No podéis hablar? ¿Quién anda o viene ahí?"; y le tiramos tres o cuatro pedradas. Y desde que me conoció Cortés en la voz de mí y a mi compañero, dijo Cortés al tesorero Julián de Alderete y a fray Pedro Melgarejo y al maestro de campo, que era Cristóbal de Olid, que le acompañaban a rondar: "No ha menester poner aquí más recaudo, que dos hombres están aquí puestos entre los que velan que son de los que pasaron conmigo de los primeros, y bien podemos fiar de ellos esta vela y aunque sea otra casa de mayor afrenta." Y después que nos hablaron que mirásemos en el peligro en que estábamos, y así se fueron a requerir otros puestos; y cuando no me cato, oímos cómo traían a dos soldados azotando por la vela y eran de los de Narváez.

Pues otra cosa quiero traer a la memoria, y es que ya nuestros escopeteros no tenían pólvora, ni los ballesteros saetas, que el día antes se dieron tal prisa que lo habían gastado, y aquella misma noche mandó Cortés a todos los ballesteros que alistasen todas las saetas que tuviesen y las emplumasen y pusiesen sus casquillos, porque siempre traíamos en las entradas muchas cargas de almacén de saetas y sobre cinco cargas de casquillos hechos de cobre, y todo aparejo, para dondequiera que llegásemos tener saetas; y toda la noche estuvieron emplumando y poniendo casquillos todos los ballesteros, y Pedro Barba, que era su capitán, no se quitaba de encima de la obra, y Cortés, que de cuando en cuando acudía.

Dejemos esto, y digamos ya que fue de día claro cual nos vinieron a cercar todos los escuadrones mexicanos en el patio donde estábamos; y como nunca nos hallaban descuidados, los de a caballo por una parte, como era tierra firme, y nosotros por otra, y nuestros amigos los tlaxcaltecas que nos ayudaban, rompimos por ellos, y se mataron o hirieron tres de sus capitanes, que luego otro día se murieron y nuestros amigos hicieron buena presa, y se prendieron cinco principales, de los cuales supimos lo que por mí memorado. En aquella batalla quedaron de nuestro soldados muchos heridos. Pues no se acabó en esta refriega, que yendo los de a caballo siguiendo el alcance, se encuentran con los diez mil guerreros que el Guatemuz enviaba en ayuda y socorro de refresco de los que de antes había enviado, y los capitanes mexicanos que con ellos venían traían espadas de las nuestras, haciendo muchas muestras con ellas de esforzados, y decían que con nuestras armas nos habían de matar. Y cuando los nuestros de a caballo se hallaron cerca de ellos, como eran pocos, como vieron muchos escuadrones tuvieron; y a esta causa se ponen en parte para no encontrarse con ellos hasta que Cortés y todos nosotros fuésemos en su ayuda, y como lo supimos, en aquel instante cabalgan todos los de a caballo que cabalgan en el real, aunque estaban heridos ellos y sus caballos, y salimos todos los soldados y ballesteros y con nuestros amigos los tlaxcaltecas, y arremetimos de manera que rompimos y tuvimos lugar de juntarnos con ellos pie con pie, y a buenas estocadas y cuchilladas se fueron con la mala ventura y nos dejaron de aquella vez el campo.

Dejemos esto y tornaremos a decir que allí se prendieron otros principales, y se supo de ellos que tenía Guatemuz ordenado de enviar

otra gran flota de canoas y muchos más guerreros por tierra, y dijo a sus guerreros que cuando estuviésemos cansados y muchos heridos y muertos de los reencuentros pasados, que estaríamos descuidados con pensar que no enviaría más escuadrones contra nosotros, y que con los muchos que entonces enviaría nos podía destaratar. Y desde que aquello se supo, si muy apercebidos estábamos de antes, mucho más lo estuvimos entonces, y fue acordado que para otro día saliésemos de aquella ciudad más batallas; y aquel día se nos fue en curar heridos y en adobar armas y en hacer saetas.

Y estando de aquella manera pareció ser que, como en aquella ciudad eran ricos y tenían unas casas muy grandes llenas de mantas y ropa y camisas de indios, de algodón, y había en ellas oro y otras muchas cosas y plumaje, alcanzaron a saber los tlaxcaltecas y ciertos soldados en qué parte o paraje estaban las casas, y se las fueron a mostrar unos prisioneros de Xochimilco, y estaban en la laguna dulce, y podían pasar a ellas por una calzada, puesto que había dos o tres puentes chicas en la calzada que pasaban a ella de unas acequias hondas a otras. Y como nuestros soldados fueron a las casas y las hallaron llenas de ropa y no había guarda en ellas, cárganse ellos y muchos tlaxcaltecas de ropa y otras cosas de oro y se vienen con ello al real; y como lo vieron otros soldados, van a las mismas casas, y estando dentro sacando ropa de unas cajas muy grandes que tenían de madero vino en aquel instante una gran flota de canoas de guerreros de México y dan sobre ellos y hieren muchos soldados, y apañan cuatro soldados y vivos los llevaron a México, y los demás se escaparon; y llamábanse los que llevaron Juan de Lara y el otro Alonso Hernández y los demás no me acuerdo sus nombres. Pues como le llevaron a Guatemuz estos cuatro soldados, alcanzó a saber cómo éramos muy pocos los que veníamos con Cortés, y que muchos estaban heridos, y todo lo que quiso saber de todo nuestro viaje tanto supo; y desde que fue bien informado manda cortar pies y brazos y las cabezas a los tristes nuestros compañeros, y las enviaron por muchos pueblos de nuestros amigos de los que nos habían venido de paz y les envía a decir que antes que volvamos a Tezcuco piensa no quedará ninguno de nosotros con vida, y con los corazones y sangre ofreció a sus ídolos.

Dejemos esto y digamos cómo luego tornó a enviar muchas flotas de canoas llenas de guerreros, y otras capitánías por tierra, y les mandó que procurasen no saliésemos de Xochimilco con las vidas; y porque ya estoy harto de escribir de los muchos reencuentros y batallas que en estos cuatro días tuvimos con mexicanos, y no puedo dejar otra vez de hablar en ellas, y diré que después que amaneció vinieron esta vez tantos culúas, que son mexicanos, por los esteros y otros por las calzadas y tierra firme, que tuvimos harto que romper en ellos, y luego nos salimos de aquella ciudad a una gran plaza que estaba algo apartada del pueblo, donde solían hacer sus mercados, y allí puestos con todo nuestro fardaje para caminar, Cortés nos comenzó a hacer un parlamento cerca del peligro en que estábamos, porque sabíamos cierto que en los caminos y pasos malos estaban aguardando todo el poder de México, y otros muchos guerreros puestos en esteros y acequias; y nos dijo que sería bien, y así nos lo mandaba de hecho, que fuésemos desembarazados y que dejásemos el fardaje y hato porque no nos estorbaba para el tiempo del pelear. Y desde que aquello le oímos, todos a una le respondimos que, mediante Dios, que hombres éramos para defender nuestra hacienda y personas y la suya y que sería gran poquedad si tal hiciésemos. Y desde que vio nuestra voluntad y respuesta dijo que a la mano de Dios lo encomendaba; y luego, viendo la

fuerza y pujanza del enemigo, se puso en concierto cómo habíamos de ir, el fardaje y los heridos en medio, y los de caballo repartidos la mitad de ellos adelante, y la otra mitad en la retaguardia, y los ballesteros también con todos nuestros amigos; allí poníamos más recaudo, porque siempre los mexicanos tenían por costumbres que daban en el fardaje; de los escopeteros no nos aprovechamos, porque no tenían pólvora ninguna, y de esta manera comenzamos a caminar.

Y desde que los escuadrones mexicanos que había enviado Guatemuz aquel día vieron que nos íbamos retrayendo de Xochimilco, creyeron que de miedo, o no les osábamos esperar, como ello fue verdad, salen muy de repente tantos de ellos y se vienen derechos a nosotros, que hirieron ocho soldados, y dos murieron de allí a ocho días, y quisieran romper y desbaratar por el fardaje; mas como íbamos con el concierto que he dicho no tuvieron lugar más en todo el camino, hasta que llegamos a un gran pueblo que se dice Coyoacán, que está obra de dos leguas de Xochimilco, nunca nos faltó rebatos de guerreros que nos salían en partes que no nos podíamos aprovechar de ellos, y ellos sí de nosotros, de mucha vara y piedra y flecha, y como tenían cerca los esteros y zanjas, poníanse en salvo; pues llegados a Coyoacán a obra de las diez del día, hallámosla despoblada.

(Extracto de Hernán Cortés, Cartas de Relación, Edit. Porrúa, México, 1979, pp. 125-27.)

. . . Y en amaneciendo tomamos nuestro camino y llegamos a vista de una gentil ciudad que se dice Suchimilco, que está edificada en la laguna dulce, y como los naturales de ella estaban avisados de nuestra venida, tenían hechas muchas albarradas y acequias y alzadas las puentes de todas las entradas de la ciudad, la cual está de Temixtitán tres o cuatro leguas, y estaba dentro mucha y muy lucida gente y muy determinados de se defender o morir. Llegados, y recogida toda la gente y puesta en mucha orden y concierto, yo me apeé de mi caballo y seguí con ciertos peones hacia una albarrada que tenían hecha, y detrás estaba infinita gente de guerra; y como comenzamos a combatir el albarrada y los ballesteros y escompeteros les hacían daño, desamparáronla, y los españoles se echaron al agua y pasaron adelante por donde hallaron tierra firme. Y en media hora que peleamos con ellos les ganamos la principal parte de la ciudad; y retraídos los contrarios por las calles del agua y en sus canoas, pelearon hasta la noche. Y unos movían paces, y otros por eso no dejaban de pelear; y moviéronlas tantas veces sin ponerlo por obra que caímos en la cuenta, porque ellos lo hacían para dos efectos: el uno, para alzar sus haciendas en tanto que nos detenían con la paz; el otro, por dilatar tiempo en tanto que les venía socorro de México y Temixtitán.

Este día nos mataron dos españoles porque se desmandaron de los otros a robar, y viéronse con tanta necesidad que nunca pudieron ser socorridos y en la tarde pensaron los enemigos cómo nos podrían atajar de manera que no pudiésemos salir de su ciudad con las vidas. Y juntos mucha copia de ellos, determinaron de venir por la parte que nosotros habíamos entrado; y como lo vimos venir tan súbito espantámonos de ver su ardid y presteza, y seis de caballo y yo, que estábamos más a punto que los otros, arremetimos por medio de ellos. Y ellos, de temor de los caballos, pusiéronse en huida; y así salimos de la ciudad tras ellos, matando muchos, aunque nos vimos en hartó aprieto, porque, como eran tan

valientes hombres, muchos de ellos osaban esperar a los de caballo con sus espadas y rodela. Y como andábamos revueltos con ellos y había muy gran prisa, el caballo en que yo iba se dejó caer de cansado; y como algunos de los contrarios me vieron a pie, revolvieron sobre mí, y yo con la lanza comencéme a defender de ellos; y un indio de los de Tascaltecal, como me vió en necesidad, llegóse a me ayudar, y él y un mozo mío que luego llegó levantamos al caballo. Ya en esto llegaron los españoles, y los enemigos desampararon todo el campo; y yo, con los otros de caballo que entonces habían llegado, como estábamos muy cansados, nos volvimos a la ciudad. Aunque ya era casi noche y razón de reposar, mandé que todas las puentes alzadas por do iba el agua se cegasen con piedra y adobes que había allí, porque los de caballo pudiesen entrar y salir sin estorbo ninguno en la ciudad; y no me partí de allí hasta que todos aquellos pasos malos quedaron muy bien aderezados, y con mucho aviso y recaudo de velas pasamos aquella noche.

Otro día, como todos los naturales de la provincia de México y Temixtitan sabían ya que estábamos en Suchimilco, acordaron de venir con gran poder por el agua y por la tierra a nos cercar, porque creían que no podíamos ya escapar de sus manos, y yo me subí a una torre de sus ídolos para ver cómo venía y por donde nos podían acometer, para proveer en ello lo que nos conviniese. Y ya que en todo había dado orden, llega por el agua una muy grande flota de canoas, que creo que pasaban de dos mil, y en ellas venían más de doce mil hombres de guerra, y por la tierra llegaba tanta multitud de gente, que todos los campos cubrían. Y los capitanes de ellos, que venían delante, traían sus espadas de las nuestras en las manos, y apellidando sus provincias, decían "México, México; Temistitan, Temixtitan"; y decíannos muchas injurias, y amenazándonos que nos habían de matar con aquellas espadas que nos habían tomado la otra vez en la ciudad de Temixtitan. Y como ya había proveído adónde había de acudir cada capitán, y porque hacia la tierra firme había mucha copia de enemigos, salí a ellos con veinte de caballo y con quinientos indios de Tascaltecal, y repartímonos en tres partes, y mandéles que desde que hubiesen rompido, que se recogiesen al pie de un cerro que estaba media legua de allí, porque también había allí mucha gente de los enemigos. Y como nos dividimos, cada escuadrón siguió a los enemigos por su cabo; y después de desbaratados y alanceados y muertos muchos, recogímonos al pie del cerro, y yo mandé a ciertos peones criados míos, que me habían servido y eran bien sueltos, que por lo más agro del cerro trabajasen de lo subir. Y que yo con los de caballo rodearía por detrás, que era más llano, y los tomaríamos en medio; y así fué, que como los enemigos vieron que los españoles subían por el cerro, volvieron las espaldas, creyendo que iban a su salvo, y topan con nosotros, que seríamos quince de caballo, y comenzamos a dar en ellos, y los de Tescaltecal asimismo. Por manera que en poco espacio murieron más de quinientos de los enemigos, y todos los otros se salvaron y huyéronse a las sierras. Y los otros seis de caballo acertaron a ir por un camino muy ancho y llano alanceando en los enemigos, y a media legua de Suchimilco dan sobre un escuadrón de gente muy lucida, que venía en su socorro, y desbaratáronlos y alancearon algunos; y ya que nos hubimos juntado todos los de caballo, que serían las diez del día, volvimos a Suchimilco, y a la entrada hallé muchos españoles que deseaban mucho nuestra venida y saber lo que nos había sucedido, y contáronme cómo se habían visto en mucho aprieto y habían trabajado todo lo posible por echar fuera los enemigos, de los cuales habían muerto mucha cantidad. Y diéronme dos espadas de las nuestras, que les habían tomado, y dijéronme cómo los

ballesteros no tenían saetas ni almacén alguno. Y estando en esto, antes que nos apeásemos asomaron por una calzada muy ancha un gran escuadrón de los enemigos con muy grandes alaridos. Y de presto arremetimos a ellos, y como de la una parte y de la otra de la calzada era todo agua, lanzáronse en ella, y así les desbaratamos; y recogida la gente, volvimos a la ciudad bien cansados, y mandéla quemar toda, excepto aquello donde estábamos aposentados. Y así estuvimos en esta ciudad tres días, que en ninguno de ellos dejamos de pelear; y al cabo, dejándola toda quemada y asolada, nos partimos, y cierto era mucho para ver, porque tenía muchas casas y torres de sus ídolos de cal y canto, y por no me alargar, dejo de particularizar otras cosas bien notables de esta ciudad.

El día que me partí me salí fuera a una plaza que está en la tierra firme junto a esta ciudad, que es donde los naturales hacen sus mercados; y estaba dando orden cómo diéz de caballo fuesen en la delantera, y otros diez en medio de la gente de pie, y yo con otros diez en la rezaga. Y los de Suchimilco, como vieron que nos comenzábamos a ir, creyendo que de temor suyo era, llegan por nuestras espaldas con mucha grita, y los diez de caballo y yo volvimos a ellos, y seguimoslos hasta meterlos en el agua; en tal manera, que no curaron más de nosotros; y así volvimos nuestro camino. Y a las diez del día llegamos a la ciudad de Cuyoacán, que está de Suchimilco dos leguas, . . .

(Extracto de Agustín de Vetancourt, Teatro mexicano; descripción breve de los sucesos exemplares de la Nueva España en el Nuevo Mundo Occidental de las Indias, J. Porrúa Turanzas, Madrid, 1960-61, II:148-49.)

. . . , y quando a la maña bajaron a Xochimilco, y hallaron prevenidos de guerra a los del Pueblo, y quitadas las puentes, arrojaronse por la azequia, y retirados, y vencidos tubieron aquel dia buenos despojos, en particular en unas casas grandes donde hallaron algunas joyas, y ropa, aquella noche pusieron guardas, porque supieron que venía socorro de Mexico, y llegando en canoas los recharon, y fueron a otra parte a desembarcar, al otro dia fue la batalla muy reñida, porque por tierra, y por canoas vinieron los Mexicanos con las espadas de los Españoles, que quedaron muertos la noche triste, con lanzas, y flechas, cogieron en medio al ejercito, y Cortez acudiendo a todas partes con el caballo rendido se arrojó a pie, y estuvo en peligro, que le cogieran los enemigos a no acudir Christobal de Olid, y otros Soldados, que le socorrieron, y salió herido en la Cabeza, y Christobal de Olid, y los demás Capitanes viendose heridos trataron de retirarse a un alto de un monte pequeño de donde pudieron de tantos defenderse, y ofenderlos. Fueron retirandose hasta llegar a Cuyoacan que lo hallaron despoblado, donde con harto riesgo hizieron noche dando gracias a Dios de aver escapado del peligro aunque los mas heridos, y con la pena de que se huvieran llevado quatro Soldados vivos, que estando en el pillaje de las casas grandes los cogieron. . . .

APÉNDICE F

BREVE DESCRIPCIÓN DEL ARTE Y DE LA ARQUITECTURA DEL CONVENTO DE SAN BERNARDINO DE SENA EN XOCHIMILCO

Discusión General

Los frailes mendicantes llegaron a la Nueva España en el siglo XVI con planes de construir iglesias importantes iguales a las de Europa misma.¹ Pero encontraron, en general, una tierra apenas conquistada y todavía hostil al dominio español. Por necesidad práctica, según Sanford, los frailes diseñaron las primeras iglesias que construyeron como fuertes o fortalezas: era una arquitectura francamente funcional, con almenas en los altos muros y aun en los parapetos de las iglesias.² Con base en la tradición medieval, las iglesias mexicanas del siglo XVI frecuentemente eran enormes, pero debido al espíritu de humildad y sacrificio de los misioneros, eran generalmente sencillas en su estructura y ornamentación. Más adelante, se construyeron iglesias conventuales mucho más sofisticadas y lujosamente ornamentadas.³

Los frailes mendicantes por lo común empezaban sus programas de construcción dependiendo del trabajo obligatorio de los pueblos indígenas; pero, debido a su trato justo, los religiosos con frecuencia se ganaron la confianza y lealtad de los nativos y éstos, en muchos casos, donaron de su propia voluntad la mano de obra necesaria para los proyectos de construcción. Durante el siglo XVI, los frailes fundaron conventos en cualquier lugar en donde hubiera una concentración de indígenas y, a fines del siglo, había más de cuatrocientos conventos en la Nueva España.⁴ McAndrew opina que sólo una religión estatal e imperial como la española podía haber intentado una empresa que requería tanto espacio, materiales y mano de obra.⁵

Los conventos mexicanos del siglo XVI eran centros comunales erigidos para apoyar la obra de la evangelización de los indígenas.⁶ Aunque no todos tenían la misma forma, en su mayor parte sí compartían los mismos elementos estructurales. Desde el punto de vista arquitectónico, los conventos consistían en tres elementos básicos: el templo o iglesia, el monasterio o convento (claustros y otros edificios pertenecientes) y el gran patio o atrio que se extendía al frente.⁷

El atrio estaba cercado por enormes muros de mampostería. McAndrew señala que la combinación de gran escala y forma elemental con frecuencia hizo de los muros una de las estructuras arquitectónicas más notables del paisaje.⁸ La puerta principal del muro usualmente consistía de tres arcos de medio punto colocados sobre columnas o pilares. Con frecuencia había puertas adicionales a ambos lados del atrio, usualmente de uno o dos arcos. Es obvio que los atrios fueron considerados elementos importantes de los conventos; de otro modo no habrían invertido tanto tiempo, materiales y trabajo en nivelarlos o terraplenarlos o en construir las largas extensiones de los muros.⁹

Los atrios cumplían funciones religiosas, sociales, políticas y administrativas. Debido al gran número de indígenas, los cuales no cabían dentro de las iglesias conventuales, los frailes decían misa afuera, en el atrio, en "capillas abiertas". Estas eran santuarios consagrados donde los religiosos podían administrar la comunión y los indígenas reunidos en el atrio podían oír y ver bien la celebración de la misa. No había una fórmula fija para la ubicación o la construcción de la capilla abierta; podía ser parte de la fachada de la iglesia, integrada de alguna otra manera al edificio principal o separada como una entidad arquitectónica, usualmente en el lado norte de la iglesia. A veces la portería del claustro servía de capilla abierta. Las capillas abiertas fueron relativamente fáciles de levantar y, durante la década de 1540, llegaron a ser componentes comunes de los conventos. En algunos casos, fueron la primera fase de la iglesia conventual.¹⁰

En los cuatro rincones del atrio enfrente de la iglesia, se construían "capillas posas", pequeñas capillas con techos elevados, que tenían altares consagrados donde los frailes podían colocar la custodia con la hostia cuando hacían procesiones por el atrio. Es posible que los frailes utilizaran las capillas posas también para instruir a pequeños grupos de indígenas. Los franciscanos, especialmente, construyeron una cantidad de capillas posas; McAndrew sugiere que éstas posiblemente tenían algo que ver con un ritual especial que conmemoraba las cinco llagas de Cristo, empezando en el altar de la capilla abierta y pasando luego a las cuatro capillas posas.¹¹ En el crucero de los ejes del atrio, usualmente había una "cruz evangelizadora", que en un principio fue de madera y, a partir de 1539, de piedra; la cruz estaba tallada por lo general con dise-

ños o figuras para ayudar a los indígenas a recordar los elementos importantes de la pasión.¹²

El origen del uso del atrio como centro de la evangelización no es completamente claro. Algunos investigadores buscan las raíces en el "atrium romano", el "primitivo atrium cristiano", las "musallas" musulmanas y los patios españoles.¹³ No obstante lo atractivo de estas posibilidades, casi todos concluyen que la influencia más inmediata fue la costumbre prehispánica de los indígenas de reunirse en las grandes plazas de sus teocallis para presenciar los ritos de su adoración nativa.¹⁴ Los frailes probablemente observaron el uso de los grandes espacios al aire libre en las ceremonias religiosas indígenas y se dieron cuenta que podían aprovecharse de la costumbre para llevar a cabo la evangelización cristiana de los nativos. Frecuentemente se construyeron los conventos sobre las mismas ruinas de los teocallis y fue relativamente fácil adaptar el terreno al plano conventual.¹⁵ Dicho esquema tuvo una doble ventaja: los indígenas ya estaban acostumbrados a reunirse así al aire libre para sus cultos religiosos y los atrios podían fácilmente acomodar a un gran número de ellos a la vez.¹⁶ Según McAndrew, después de convertirse, los indígenas seguían llamando a las iglesias y conventos cristianos "teocallis". McAndrew también observa que apenas dos generaciones después de la Conquista, hacia fines del siglo XVI, el atrio cristiano había reemplazado a su modelo tan completamente que para explicar el antiguo teocalli, los indígenas tenían que referirse a la descripción de un atrio.¹⁷

Según Sanford, el gran atrio conventual con su capilla abierta, las cuatro capillas posas y la cruz evangelizadora son creaciones puramente mexicanas; es decir, son construcciones originadas por la Iglesia mexicana y adaptadas a las condiciones peculiares de la Nueva España del siglo XVI.¹⁸ Hasta la epidemia de 1576, la iglesia dominical normal de los indígenas fue la capilla abierta y el atrio; después, debido a la gran baja demográfica, gradualmente acomodaron a los indígenas dentro de las iglesias conventuales techadas. Hacia fines del siglo, las capillas abiertas y las capillas posas habían caído en desuso y la gente gradualmente se olvidó de su propósito original. Muy pocas fueron reparadas o reemplazadas y muchas fueron derrumbadas por completo.¹⁹

De todos los edificios dentro de los muros del convento, la iglesia dominaba el conjunto y era el más importante. Casi todas las primeras

iglesias fueron de una sola nave; más tarde, se construyeron iglesias de tres naves en forma de basílica. Al principio, la nave estaba cubierta de una bóveda de cañon corrido y posteriormente construyeron bóvedas góticas. El testero de las iglesias era por lo general rectangular o poligonal, excepcionalmente en semicírculo, y estaba cubierto por un gran retablo de madera tallada y dorada, con esculturas estofadas, pinturas al óleo y motivos ornamentales polícromos. Usualmente había un coro soportado por una bóveda sobre la entrada principal. La puerta principal siempre daba al poniente; frecuentemente había una puerta de porciúncula (especialmente en las iglesias franciscanas) que daba al norte, y algunas otras puertas al sur que comunicaban con el claustro del convento.²⁰

Por lo general, el convento se extendía hacia el lado sur de la iglesia; se construía alrededor de un claustro de buen tamaño y usualmente de dos pisos. Los claustros eran muy importantes en los conventos porque fue allí donde los frailes instruyeron a los niños. Alrededor del claustro bajo se disponían las oficinas, la sala donde se reunía la comunidad, el refectorio, la cocina, las bodegas y las caballerizas. En el claustro alto se hallaban los dormitorios, a lo largo de amplios pasillos que daban entrada a las celdas y a la biblioteca.²¹ Había una portería que comunicaba con el frente de la iglesia; cuando la portería estaba unida con la capilla abierta, siempre estaba detrás de un pórtico. A veces utilizaron el área de la portería para confesiones y bautismos.²²

Debido al gran peso de los techos anchos y la consiguiente presión que causaban hacia abajo y hacia afuera, con frecuencia se construían arbotantes y contrafuertes para sostener los gruesos muros de la iglesia. Había almenas en los parapetos del techo de un extremo al otro. Donde había ventanas, éstas eran altas y desplegadas. La mayoría de las primeras iglesias no tenían cúpulas. Donde sí las construyeron, la forma típica era con techo abovedado bajo y plano, que apenas sobresalía de las almenas. En años posteriores, las cúpulas se desarrollaron en formas más conspicuas, usualmente octagonales, con los arcos subiendo directamente del techo.²³

En la servera fachada de la iglesia conventual, la ornamentación estaba concentrada alrededor de las entradas. La puerta de porciúncula había sido asociada con los catecúmenos desde el siglo VI, y los frailes franciscanos frecuentemente permitieron que tuviera una decoración algo

más suntuosa; es evidente que esta puerta fue diseñada para uso constante.²⁴

Los frailes mendicantes del siglo XVI en general sentían la necesidad de establecer un culto ostentoso para atraer a los indígenas al cristianismo. Esta preocupación los llevó a una arquitectura masiva y monumental. Los primeros conventos del siglo XVI en la Nueva España eran enormes: arquitectónicamente simples, pero algo más elaborados en la ornamentación. Toussaint caracteriza al estilo de la época como "gótico-isabelino", una transición entre gótico y plateresco.²⁵ Según Keleman, a fines del siglo XV, no había otro país en Europa que tuviera una arquitectura tan diversificada artísticamente como la de la península ibérica: había influencias góticas, renacentistas, románicas, mudéjares y platerescas. Al planificar y supervisar la construcción de las iglesias y los conventos en la Nueva España, los frailes arquitectos copiaron sus diseños de la arquitectura de las iglesias que habían visto en Europa antes de salir de España.²⁶ Los artesanos indígenas interpretaron estos diseños dejando en las obras su huella indeleble, produciendo un estilo híbrido que algunos investigadores llaman "tequitqui", que significa "vasallo" o "tributo" en náhuatl.²⁷

Antes de la Conquista, los indígenas habían alcanzado un alto nivel de artesanía con sus herramientas rudimentarias de piedra; ahora, con los nuevos implementos de hierro, fueron muy hábiles en interpretar los diseños europeos, siempre incorporando motivos y gustos influidos por una herencia nativa: el cordón del fraile terminaba en la cabeza de una serpiente, había frutas y verduras desconocidas en Europa, rostros y figuras indígenas, el sol y la luna humanizados. Sin embargo, en la mayoría de los trabajos del siglo, los símbolos nativos estaban relativamente esparcidos o escondidos.²⁸ Aunque algunos investigadores niegan una influencia indígena significativa, tenemos que reconocer que ninguno de los conventos era una obra de arte dentro de un solo estilo europeo determinado y que se ve claramente el influjo de los artesanos indígenas al interpretarlos.²⁹

El Convento de San Bernardino de Sena en Xochimilco

Sabemos por las crónicas de la Conquista que las fuerzas de los españoles quemaron y destruyeron muchos de los templos y casas de los xochimilcas durante el conflicto. Posteriormente, en 1524, cuando fray Martín de Valencia y su compañero salieron de México hacia el sur del

valle, hicieron su primera escala en Xochimilco donde los indígenas recibieron a los misioneros con mucho entusiasmo y regocijo. Los xochimilcas les trajeron algunos ídolos y los quebraron en la presencia de los frailes y después indicaron sitios a los religiosos donde podían construir sus iglesias. Es muy posible que les mostraran los sitios de sus teocallis destruidos. McAndrew sugiere que ya se había construido un complejo conventual sobre las ruinas de la ciudad para el año de 1535, fecha probable de la fundación del convento. Kubler señala que, bajo la dirección de los frailes franciscanos, los xochimilcas llevaron a cabo varias campañas de nueva construcción durante cinco de las últimas ocho décadas del siglo; no obstante, McAndrew propone que los edificios conventuales resultantes se hicieron básicamente de acuerdo a lo que estaba planeado entre 1525 y 1551.³⁰

Situado en uno de los lugares más hermosos de los alrededores de la capital, Xochimilco había sido no solamente un centro agrícola importante con sus chinampas y canales, sino también un centro comercial y religioso.³¹ Alva Ixtlilxóchitl nos informa que los xochimilcas eran "grandes maestros de obras de arquitectura y carpintería, y otras mecánicas".³² Sahagún revela que los "antecesores de los lapidarios habían venido de aquel pueblo Xochimilco, y de allí tiene origen todos estos oficios". Después de la Conquista, Xochimilco se convirtió en uno de los centros de artesanía más importantes en la Nueva España. En el siglo XVII, se registraron los censos y las cédulas de los contribuyentes no por recintos o barrios como en otras partes de la Colonia, sino por gremios de artesanías.³⁴ A partir de 1570, artistas y artesanos europeos arribaron a la Nueva España en números considerables, y algunos aparentemente llegaron a Xochimilco; sin embargo, la población de la ciudad continuó siendo predominantemente indígena. De cualquier manera, es evidente que había una fuente abundante de artesanos hábiles en Xochimilco para construir los edificios conventuales que los franciscanos quisieran.³⁵

En general, los frailes mendicantes querían construir complejos conventuales grandes para atraer a los indígenas; no obstante, proyectaron el tamaño y la ostentación de sus edificios de acuerdo con ciertos factores: consideraron no sólo la densidad de las poblaciones locales sino también la distancia de la capital y el nivel de tecnología y desarrollo de los pueblos indígenas.³⁶ En cuanto a este criterio, la región de Xochi-

milco quedaba bastante cerca de la capital (a sólo unas cuatro leguas), tenía una población considerable de más de veinte mil indígenas, y existía una abundancia de mano de obra diestra para llevar a cabo cualquier proyecto de construcción que los frailes franciscanos hubieran deseado iniciar.³⁷ Tomando en cuenta estos factores, se decidió construir un complejo conventual enorme: por adentro la iglesia mide aproximadamente 63 metros de largo y 21 metros de ancho, con paredes de 4 metros de grueso; el atrio medía al principio alrededor de 14,850 metros cuadrados y tenía unos 500 metros de muros de mampostería de 4 metros de altura. (véase la lámina 17.) Según García Granados, la iglesia conventual de Xochimilco fue la más grande de todas las iglesias de una sola nave en las Indias a fines del siglo XVI.³⁸

Los frailes-arquitectos planificaron y supervisaron la construcción de los edificios conventuales y los artesanos obreros indígenas interpretaron los planes e hicieron la mayor parte del trabajo. Es evidente que los frailes que vivieron primeramente en Xochimilco participaron de vez en cuando en el trabajo rudo; así se explica que fray Juan de Gaona trabajaba con los macehuales como excavador y peón de albañil en la construcción del convento.³⁹ No obstante la orientación general hacia lo ostentoso, había ciertos frailes que se oponían; en una ocasión, cuando fray Francisco de Soto oyó que habían puesto ciertas figuras labradas de piedra en lo alto de la capilla, aunque la obra no era de mucha suntuosidad sino bien moderada, se llenó de angustia, viéndola como una amenaza a sus votos de pobreza.⁴⁰

El buen ejemplo de los primeros frailes que vinieron a Xochimilco aparentemente sirvió para reforzar el entusiasmo de los indígenas hacia la nueva religión. Kubler apunta que por causa de la devoción de toda su vida, seguramente el cacique de los xochimilcas, don Martín Cerón de Alvarado, influyó mucho en el pueblo para sostener y apoyar activamente los esfuerzos de la construcción. Aunque fueran obligados a trabajar, los xochimilcas probablemente participaron gran parte del tiempo por su propia voluntad y gusto.⁴¹

El atrio del convento de Xochimilco fue uno de los más grandes de la Nueva España. (véase la lámina 19) La puerta principal al poniente se compone de tres arcos de medio punto colocados sobre masivos pilares. (véase la lámina 17) La puerta del norte está formada por dos arcos de

medio punto también colocadas sobre pilares. Casas y negocios particulares ya ocupan terreno al lado sureste donde probablemente se hallaban las huertas, y el muro oriental ahora está junto al muro testero de la iglesia. (véase la lámina 35) En tiempos modernos, se construyó una escuela en el área sur-oeste del atrio, pero se quitó después. En la actualidad no existen ni capilla abierta ni capillas posas ni una cruz evangelizadora dentro del atrio. En los dos rincones noroeste y suroeste, se ven bajos muros de piedra y mampostería, restos de capillas posas o estaciones procesionales.⁴² Como los franciscanos siempre erigieron capillas posas en juegos de cuatro, se puede suponer que había dos más en el mismo plano con la fachada de la iglesia colocadas junto a los muros norte y sur. Aunque no hay ninguna evidencia de una cruz evangelizadora, también es de suponer que había una de madera o piedra tallada en el crucero de los ejes del atrio. Las cruces se labraron en piedra a partir de 1539 y en vista de que la fecha probable de la fundación del convento es 1535, debió haberla tenido de ese material.⁴³

Tampoco hay ninguna evidencia hoy día de que hubo una capilla abierta en el atrio. Varios cronistas describen misas celebradas ante las masas de indígenas reunidos en el gran atrio y, en vista de que no se podía hacerlo sin tener un altar consagrado afuera en el atrio, tiene que haber existido una capilla abierta.⁴⁴ Se proponen dos teorías sobre la capilla abierta del convento de Xochimilco: 1) A veces se erigía una capilla abierta como una entidad separada en el lado norte de la iglesia. Allí colocada, el atrio tomaba entonces forma de la letra "L" mayúscula, con un brazo al norte en frente de la capilla abierta para congregaciones grandes. En Xochimilco, originalmente había un brazo adicional de unos 3700 metros cuadrados al norte del atrio, y es posible que los indígenas se juntaran allí para asistir a las misas administradas en una capilla abierta al norte de la iglesia. (véase las láminas 21 y 26) McAndrew propone que, en general, la puerta de porciúncula podía ser más ornamentada porque por allí pasaba el sacerdote con el equipo litúrgico para los servicios en la capilla abierta.⁴⁵ La puerta de porciúncula de la iglesia conventual de Xochimilco es mucho más elaborada que la principal y sugiere por consiguiente esta posibilidad. (véase las láminas 27 y 28) 2) La otra alternativa es que la gran portería del convento podía haber servido como una capilla abierta. Keleman rechaza esta posibilidad apoyándose en el

testimonio de Vetancourt que la gran portería de Xochimilco se usaba para oír confesiones. (véase láminas 33 y 34) Sin embargo, admite que su interpretación tiene validez solamente por la forma final del convento, ya que Ponce [Ciudad Real] indica que estas porterías servían de capillas abiertas en los primeros años de la evangelización.⁴⁶ Sabemos que la fachada y el techo de la iglesia estaban en ruinas en 1585 cuando fray Ponce pasó por Xochimilco, y es probable que la portería se hubiera derrumbado en parte. Existe la posibilidad de que al principio utilizaran para una capilla abierta la portería original donde posteriormente se oían confesiones.⁴⁷

Con una anchura de 21 metros, la iglesia conventual de Xochimilco medía casi el doble del ancho de la mayor parte de las iglesias de una sola nave del siglo XVI.⁴⁸ (véase la figura 1) Debido a esta gran anchura y también a posibles deficiencias o errores de construcción, se derrumbaron el techo y la entrada de la iglesia hacia 1585.⁴⁹ Antes, su techumbre fue "de madera al modo mudéjar", pero después se construyó de bóveda con cúpula.⁵⁰ (véase las láminas 26, 42 y 43) Además de los tirantes de madera labrados, también había tirantes formados por cadenas de gruesos eslabones.⁵¹ Afuera, se ponía un arbotante enorme que descansaba contra la pared de la iglesia y la base del campanario. (véase las láminas 20 y 38) El campanario es aparentemente una adición tardía y no figuraba en los planes originales. También hay enormes contrafuertes a ambos lados de la iglesia para prevenir el movimiento de las bóvedas. (véase la lámina 38) El Dr. Atl y Manuel Toussaint aceptan la fecha grabada en la fachada de 1590 como la fecha de la construcción de la cúpula, pero varios otros investigadores no están de acuerdo.⁵² El Dr. Atl apunta que "la cúpula es octagonal, peraltada, con ojos de buey en el tambor. Las deformaciones que se observan en la semiesfera no son el resultado de la perspectiva, sino de irregularidades en la construcción". (véase las láminas 21, 26 y 44) También sugiere que la cúpula de la iglesia conventual de Xochimilco "es probablemente la cúpula más antigua de México".⁵³ En lo alto de la fachada, hay una espadaña donde probablemente se colgaron las campanas anteriormente. La espadaña está grabada con la fecha 1871 y es posiblemente una reconstrucción de una anterior que se derrumbó.

La portada principal de la iglesia está formada de un arco de medio punto, con querubines tallados en la superficie, soportada sobre

pilastras. En el vano hay una enorme puerta de madera gruesa con tableros. (véase la lámina 25) La entrada está flanqueada por dos columnas corintias estriadas con pilastras similares atrás que descansan sobre basamentos cuadrados. (véase la lámina 24) El friso se encorva hacia afuera y el arco de la entrada rompe el arquitrabe y el friso del entablamento. Sobre la cornisa hay en entablamento con una inscripción grabada en caracteres romanos: "ACAVOSE AÑO DE 1590", que nos da a saber la fecha de la terminación de la última etapa de la construcción mayor. (véase la lámina 23) Arriba del entablamento, hay una ventana rectangular con una gruesa moldura. A ambos lados de la ventana, están esculpidos en relieve unas grandes figuras humanas entre un follaje de gruesas ramas con frutas nativas parecidas a uvas. Arriba de la ventana hay otro querubín grande. La portada despliega una variedad de estilos e influencias. La composición tiene formas clásicas y tendencias platerescas, pero debido a la potente interpretación del diseño a manos de un artesano indígena, es quizás apropiado calificarla del "estilo tequitqui".⁵⁴

La puerta de porciúncula de la iglesia está llena de ornamentación y formas exageradas de un plateresco que "casi llega a la locura"; según Angulo Inígués, es la mejor conservada del siglo XVI en el valle de México.⁵⁵ (véase la lámina 27) Consta de dos cuerpos de composición clásica y frontón con hornacina en el tímpano. El vano está formado por un arco escarzano adintelado de un grueso cordón franciscano con un arco de medio punto formado por una cinta arrollada arriba. (véase la lámina 28) En la actualidad, el vano está cerrado con ruda mampostería. Los dos arcos encierran un tímpano que está decorado de follaje y que lleva el escudo franciscano con las cinco llagas de Cristo y la cruz de Jerusalén. Arriba de los arcos hay una enorme corona. A cada lado hay una columnilla delgada y estriada que descansa sobre un basamento cuadrado tres veces más ancho. Al lado de las columnillas, hay grandes flores cuadrifolias (o rosetones) que suben desde el basamento hasta el entablamento. El entablamento del primer cuerpo no descansa sobre los capiteles corintios sino que los incluye. El segundo cuerpo está dominado por un nicho u hornacina con un ángel y otra columnilla a cada lado. Arriba del entablamento del segundo cuerpo hay un frontón con otra hornacina en el tímpano; está flanqueado por dos águilas y coronado por una águila imperial en el remate. Dentro de su esquema clásico, los temas decorativos son góticos y románicos.

Por la profusión y mezcla de ornamentación, se considera esta puerta como un ejemplo excelente del plateresco; sin embargo, como en el caso de la portada principal, tenemos que reconocer la interpretación poco refinada de las formas que presentan en la composición una fuerte expresión "tequitqui".⁵⁶

Los indígenas mismos iniciaron la construcción del refectorio y de los claustros del convento en 1538 para asegurar la futura residencia permanente de los frailes en Xochimilco.⁵⁷ (véase las láminas 29 y 38) No sabemos mucho de los detalles de la construcción de los claustros, pero Vetancourt señala que eran de los mejores en la Colonia y que se habían celebrado capítulos allí por las muchas celdas.⁵⁸ También indica que había una casa de artes y de teología.⁵⁹ Ciudad Real registra que durante la visita de fray Ponce en 1585, había dos claustros bajos y otros dos altos aunque todavía no se habían terminado los corredores.⁶⁰ Vetancourt habla de dos claustros con "sus arreates de flores en el medio" y con dos escaleras, pero no es muy claro si se refiere a un claustro bajo o uno alto o a dos claustros bajos y otros dos altos como describe Ciudad Real.⁶¹ Hoy día existe solamente un claustro bajo y otro alto, éste directamente al sur de la iglesia. El plano del complejo conventual publicado por McAndrew en The Open-Air Churches of Sixteenth-Century Mexico no revela un segundo claustro, ni tampoco los planos guardados en los archivos de la Comisión de Monumentos Coloniales ubicada en el ex-convento de Churubusco.⁶² (véase la figura 3) Por consiguiente, sólo podemos suponer que los segundos claustros bajo y alto fueron destruidos en algún momento a partir del siglo XVI pero antes de la época moderna. Los arcos del claustro bajo son escarzanos y los del alto son casi medio punto; descansan sobre columnas dóricas con curiosos ábacos extendidos que no se juntan con la coyuntura de los arcos.⁶³ (véase la lámina 41) Las columnas en las esquinas están compuestas de dos columnas y un pilar de forma singular; arriba del ábaco se encuentran querubines plumados. En el centro del claustro hay una fuente de construcción reciente. (véase la lámina 40) Vetancourt describe una portería "de norte a sur bien grande, que es para las confesiones necesaria".⁶⁴ (véase las láminas 33 y 34) Torquemada registra que fray Mendieta mismo pintó un mural en esta portería representando a las masas de xochimilcas reunidos en el atrio, en perfecto orden, para ser contados.⁶⁵ (véase la lámina 50) Sin embargo, la portería

original está mal restaurada hoy día y el mural de fray Mendieta fue inexplicablemente cubierto de cal en 1953.

Ciudad Real menciona que en 1585, a pesar de que la huerta del convento era relativamente pequeña, todavía había en ella "muchas higueras, perales, nogales y algunos guindos y mucha y muy buena hortaliza; riégase con una poca de agua que entra en ella, de la que viene al pueblo encañada".⁶⁶ Posteriormente, en el tiempo de Vetancourt, el convento tenía dos huertas y dos jardines y se habían plantado flores y árboles en el gran atrio.⁶⁷ Vetancourt también señala que aunque el convento tenía Tercera Orden, no había capilla o iglesia. Por lo tanto, la iglesia de la tercera orden ubicada hoy día al suroeste del complejo conventual fue construida después de la época del padre Vetancourt.⁶⁸ (véase la lámina 32) McAndrew explica que los indígenas frecuentemente hacían procesiones no sólo dentro del atrio, sino también afuera, entre pequeñas capillas capillas construidas en los varios barrios de la ciudad. Parece que Xochimilco llegó a tener quince de estas capillas u oratorios, pero sólo algunos fueron construidos durante el siglo XVI: el de San Pedro, que data de 1540, y el de Tepepan, de 1599.⁶⁹

Según una placa conmemorativa en el muro del convento, el retablo de Xochimilco es sólo uno de tres del siglo XVI que han perdurado completos e íntegros hasta nuestro días.⁷⁰ (véase la lámina 18) Estos retablos son renacentistas con tendencias platerescos pero el que tiene las líneas más puras es el retablo de Xochimilco. (véase las láminas 43 y 45) Está formado de columnas dóricas, jónicas y compuestas que definen siete calles en cuatro cuerpos. (véase las láminas 46 y 47) Las columnas tritóstilas tienen el primer tercio de su fuste adornado de figuras estofadas en relieve y arriba están estriadas a estrella muerta. Las calles 2 y 6 están recuadradas de ocho pinturas al óleo representando escenas de la vida de la Virgen. En las calles 1, 3, 5 y 7 se encuentran nichos donde se alojan esculturas. La calle principal está enmarcada no por columnas clásicas sino por soportes estípites cuya parte superior se convierte en cariátides. Los cuerpos segundo, tercero y cuarto de la calle principal están ocupados por esculturas de Cristo en la cruz, San Bernardino de Sena y una Purísima. En el remate hay un relieve del Padre Eterno y a los lados representaciones de la Fe y la Esperanza.⁷¹

Según Herrerías de la Fuente, "en el retablo de Xochimilco, tanto

las pinturas como las esculturas fueron ejecutadas según las normas tradicionales del retablo español, del cual derivan directamente"; sin embargo, existen varias anomalías iconográficas tanto en la composición original como en su organización y aspecto actual.⁷² García Granados y MacGregor perciben en la ejecución del retablo la intervención de artesanos indígenas, por lo menos en algunas de sus partes.⁷³ En el siglo XIX, se construyó otro altar de estilo neoclásico que obstruía una buena parte del retablo y que en tiempos recientes ha sido quitado.⁷⁴

Ciudad Real registra que en el convento de San Bernardino se guardaban un hueso de un brazo de San Sebastián "en un arco de la pared de la epístola, junto al altar colateral de la vocación del mismo San Sebastián."⁷⁵ Este altar es evidentemente el mismo que erigió Mendieta con las limosnas del pueblo xochimilca después de la epidemia de 1576.⁷⁶ McAndrew erróneamente señala que guardaban un brazo de San Esteban en Xochimilco.⁷⁷

Se conservan hoy día algunos fragmentos de la sillería barroca del convento que se construyó a partir de 1670. (véase las láminas 48 y 49) En contraste con la elegancia del tallado de la sillería de la metrópoli, Keleman opina que la de Xochimilco exhibe un espíritu algo rústico.⁷⁸ También, además de las pinturas del retablo, hay algunas otras muestras de pintura importante en el convento de San Bernardino. Por ejemplo, en el claustro alto hay un pequeño cuadro que representa el "Juicio Final", descrito por Toussaint en Arte colonial en México. Toussaint teoriza que es una reproducción pintada por Sánchez Salmerón de una obra que existe en la sacristía del templo de Loreto de México, hecha por el pintor francés Jean Cousin.⁷⁹ Toussaint también menciona un cuadro del "Bautismo de Cristo", pintado por Baltasar de Echave Orio y fechado en 1628.⁸⁰ Kubler y Soria datan la Purísima del retablo en 1595 y proponen que imita modelos andaluces.⁸¹ Keleman opina que el crucifijo de la iglesia conventual "es una expresión de arte folklórico; . . . ambos el color de la piel y la anatomía de la figura sugieren que puede ser el trabajo de un artesano indígena."⁸²

Resumen y Conclusión

En 1535, el año en que probablemente se fundó el convento de San Bernardino en Xochimilco, posiblemente ya había algunos edificios primitivos utilizados por los frailes en su predicación. Los xochimilcas

previamente habían señalado sitios para la construcción de las iglesias cristianas en 1524 y probablemente se construyó el complejo conventual sobre las ruinas de un teocalli destruido. La construcción del convento pasó por varias etapas o campañas durante todo el siglo XVI, y por fin se terminó hacia 1590. El atrio era muy extenso y, aunque no han perdurado hasta nuestros días, seguramente tuvo una capilla abierta, cuatro capillas posas y una cruz evangelizadora. Después de la epidemia de 1576, es probable que con el número de feligreses indígenas tan reducido, empezaron a acomodarlos dentro de la iglesia y gradualmente se les olvidó el uso de la capilla abierta y las capillas posas. Los edificios conventuales que vemos hoy día han sido reconstruidos y modificados a través de los siglos y no corresponden necesariamente a los planos originales. Sin embargo, el convento tiene algunos aspectos arquitectónicos y artísticos que lo destaca, como un monumento colonial sumamente importante: 1) es la iglesia de una sola nave más grande del siglo XVI en las Indias; 2) el atrio es uno de los más grandes en la Nueva España; 3) según Toussaint y el Dr. Atl, la cúpula puede ser la más antigua de la Nueva España; 4) la puerta principal y la puerta porciúncula son unos de los mejores ejemplos del "estilo plateresco-tequitqui" en la Nueva España; y 5) el retablo mayor de la iglesia conventual es uno de sólo tres (o cuatro) ejemplos existentes en forma completa e íntegra de los grandes retablos renacentistas del siglo XVI. Sobre todo, y mucho más importante, el convento de San Bernardino en Xochimilco permanece hoy en día como un monumento solemne e impresionante de la gran empresa evangelizadora del siglo XVI.

Notas al Apéndice F

¹Vargas Lugo, Las portadas religiosas de México, p. 20.

²Sanford, The Story of Architecture in Mexico, pp. 140-41: "It is functional architecture at its best, expressing itself frankly as a fortress in a hostile land and as a Christian stronghold in making its pioneering efforts to turn that hostility into a conversion to Christianity." Sanford tiene razón en cuanto a las primeras iglesias construidas mientras hubo disturbios en la tierra. Aun cuando las almenas quizás eran funcionales al principio, posteriormente eran francamente decorativas sin ninguna función defensiva; a lo más fueron incluidas en el diseño arquitectural para reforzar el sentido de temor y admiración que causaban en los indígenas.

³Toussaint, Arte colonial en México, pp. 39-40; dice: "La gran arquitectura conventual de mediados del siglo quizás debiera clasificarse como una supervivencia medieval; puede decirse que estos grandes templos y conventos fortificados vinieron a ser como la última expresión de la Edad Media en el mundo." Sanford opina que "the grand simplicity of the earlier structures compared with the ornate elaboration of the churches of later generations reflect this energetic zeal, tempered with earnest desire for conversion. Based on medieval tradition, the churches were large and even in those days criticism was directed at their cost and great numbers; . . ." op. cit., pp. 148 y 169; véase también Keleman, Baroque and Rococco in America, p. 23.

⁴En cuanto a la mano de obra forzada y donada por los indígenas, véase Kubler, Mexican Architecture of the Sixteenth Century, I:134-37; véase también Sanford, op. cit., p. 148; Sanford apunta que aunque se usaba mucha mano de obra indígena forzada durante la construcción de los conventos, fue la devoción sincera de los primeros frailes la que ganó la fe y confianza de los nativos y que hizo posible los logros tempranos.

⁵McAndrew, The Open-Air Churches of Sixteenth-Century Mexico, p. 245.

⁶Sanford, op. cit., p. 139, nota a pie de página: "It must be borne in mind that these monasteries, unlike the habitations of the earlier medieval monks, were not retreats apart from the world, but were missions used as headquarters by the friars in their work of conversion of the natives."

⁷Toussaint, op. cit., p. 40.

⁸McAndrew, op. cit., p. 226.

⁹Ibid., pp. 222, 226-30.

¹⁰Véase Fernando Horcasitas, El teatro náhuatl, p. 117, para una discusión acerca de las funciones del atrio conventual; en La conquista espiritual de México, pp. 316-27, Ricard examina su uso en la enseñanza de los pueblos indígenas; Toussaint describe la construcción arquitectónica de las capillas abiertas en Arte colonial..., pp. 12-14; véase también McAndrew, op. cit., p. 344; sobre investigaciones arqueológicas que demuestran el hecho de que la capilla abierta a veces servía de la primera fase o etapa de construcción de una iglesia posterior, véase las siguientes referencias: Antonio Benavides C. y Antonio P. Andrews, "Ecab: Poblado y Provincia del Siglo XVI en Yucatan", en Cuadernos de los Centros Regionales, SEP-INAH, México, 1979, pp. 39-43; William J. Folan, The Open Chapel of Dzibilchaltun, Yucatan, Tulane University, National Geographic Society, New Orleans, 1970; E. Wyllys Andrews IV y Anthony P. Andrews, A Preliminary Study of the Ruins of Xcaret, Quintana Roo, Mexico, Middle American Research Institute, Tulane University, New Orleans, 1975, p. 39.

¹¹McAndrew también señala la correlación entre las cuatro capillas posas y el sistema prehispánico de cuatro barrios o "calpullis" de los pueblos indígenas; op. cit., pp. 279-339.

¹²Toussaint, op. cit., p. 40; McAndrew, op. cit., pp. 246-50.

¹³Sanford, op. cit., p. 141; véase también la discusión detallada de McAndrew, op. cit., pp. 231-47.

¹⁴Toussaint, op. cit., p. 40; Ricard, op. cit., p. 163; McAndrew, op. cit., pp. 237-39; sin embargo, todas estas posibilidades no son exclusivas la una de la otra.

¹⁵Ricard, op. cit., p. 314.

¹⁶McAndrew, op. cit., p. 237.

¹⁷Ibid., p. 239.

¹⁸Sanford, op. cit., pp. 141-43; sin embargo, al parecer, se construyeron capillas posas en otras partes del Nuevo Mundo también.

¹⁹McAndrew, op. cit., pp. 348-51; véase también p. 133 por una discusión de la utilización de las iglesias conventuales.

²⁰Sanford, op. cit., p. 142; Toussaint, op. cit., p. 40; McAndrew, op. cit., pp. 134-57.

²¹Toussaint, op. cit., p. 40; McAndrew, op. cit., pp. 161-67; Sanford, op. cit., pp. 142-43.

²²Ibid., p. 570.

²³Sanford, op. cit., pp. 139, 169-70.

²⁴Kubler, op. cit., II:250; Keleman, op. cit., p. 250.

²⁵Vargas Lugo, op. cit., pp. 17-19; Toussaint, op. cit., p. 40.

²⁶Keleman, op. cit., pp. 13-14, 20; un moro convertido al cristianismo se llamaba "mudéjar" que quiere decir "vasallo" en árabe; posteriormente se aplicó el término al estilo de arte que tenía características moriscas; el término "plateresco" aludía a una decoración muy elaborada u ornamentada y viene de la comparación con el intricado trabajo ornamental de los plateros.

²⁷Vargas Lugo, op. cit., pp. 100 y 253; sin embargo, no todos los investigadores aceptan la designación "tequitqui" como un "estilo" distinto.

²⁸Keleman, op. cit., pp. 21-22; Sanford, op. cit., pp. 140-154.

²⁹Vargas Lugo, op. cit., p. 253; Sanford, op. cit., p. 154.

³⁰Véase Sahagún, Historia general..., p. 157; Mendieta, Historia eclesiástica indiana, p. 260; McAndrew, op. cit., p. 220; Kubler, op. cit., II:486-87.

³¹Toussaint, op. cit., p. 43; McAndrew, op. cit., p. 220.

³²Alva Ixtlilxóchitl, Obras históricas, I:411.

³³Sahagún, op. cit., II:389.

³⁴Vetancourt, Teatro mexicano, III:152-57.

³⁵Kubler y Soria, Art and Architecture in Spain and Portugal..., p. 166; McAndrew, op. cit., p. 166.

³⁶Vargas Lugo, op. cit., pp. 17-19; Kubler, op. cit., I:28.

³⁷Legamos a la cifra de veinte mil habitantes considerando los relatos de los cronistas que registran el bautismo en masa de cinco mil, de quince mil, y de tres mil xochimilcas en un sólo día respectivamente. Junto con los otros indígenas que se bautizaron en otras ocasiones, la población de la región de Xochimilco debía haber excedido de veinte mil; véase Torquemada, Monarquía indiana, V:232 y 244; Mendieta, op. cit., pp. 266-67; Motolinía, Memoriales, p. 188; Farias Galindo, Xochimilco histórico y arqueológico, p. 173; Vetancourt, op. cit., III:25-26; no obstante esta evidencia documentaria, según una descripción oficial de Xochimilco preparada en 1570, la población de la ciudad era sólo de cinco mil; Códice Franciscano, p. 9; tomando en cuenta la diferencia geográfica entre la región de Xochimilco y la ciudad, estos datos todavía implican una baja demográfica significativa entre los primeros años de la evangelización y 1570; véase las páginas 151-52.

³⁸Vetancourt, op. cit., III:152-57; Kubler, op. cit., II:242 y 317; McAndrew, op. cit., p. 134. Existe la posibilidad de que los xochimilcas mismos insistieron en construir una iglesia enorme por el deseo de continuar la tradición de Xochimilco como centro ritual.

³⁹Mendieta, op. cit., p. 691; Torquemada, op. cit., VI:319; véase también Kubler, op. cit., I:128; y Keleman, op. cit., p. 21.

⁴⁰Mendieta, op. cit., p. 423.

⁴¹Farias Galindo, op. cit., p. 167; García Granados, Xochimilco, pp. XVII-XVIII; Kubler hace un análisis detallado de los métodos de reclutar la mano de obra necesaria para construir los conventos; op. cit., pp. 134-54.

⁴²Aunque los muros bajos tienen la apariencia de ser las ruinas de capillas posas, Farías Galindo informa que son construcciones recientes y que son solamente remembranzas de las estaciones procesionales del atrio; opina que el convento de Xochimilco no tuvo capillas posas dentro del atrio sino en los varios barrios de la ciudad; entrevista con José Farías Galindo, Director del Museo Arqueológico de Xochimilco, Xochimilco, México, Septiembre 1981.

⁴³Existe mucha discrepancia sobre los cálculos del tamaño del atrio conventual de Xochimilco: Kubler calcula 14,850 metros cuadrados; Horcasitas, 80,000 metros cuadrados; y McAndrew, 240,000 pies cuadrados (que equivalen a unos 21,500 metros cuadrados.) Estas diferencias se debe en parte a los cambios de posición de los muros que cercaban el atrio; Kubler, op. cit., p. 317; Horcasitas, op. cit., p. 118; McAndrew, op. cit., pp. 220, 230, 247-54, 280 y 282.

⁴⁴Ibid., pp. 344-45; Mendieta, op. cit., p. 327; Torquemada, op. cit., VI:19.

⁴⁵McAndrew, op. cit., pp. 344-45.

⁴⁶Keleman, op. cit., p. 327; Vetancourt, op. cit., IV:56-57; McAndrew, op. cit., pp. 394 y 570.

⁴⁷Ciudad Real, Tratado curioso y docto..., p. 108; McAndrew, op. cit., p. 394.

⁴⁸Kubler, op. cit., II:242; McAndrew, op. cit., p. 134.

⁴⁹Ciudad Real, op. cit., p. 108.

⁵⁰Toussaint, op. cit., p. 41.

⁵¹Vetancourt, op. cit., III:152-57; véase también Toussaint y Dr. Atl, Iglesias de México, IV:24.

⁵²Ibid., I:6; evidentemente Toussaint y el Dr. Atl también están inseguros de la fecha de las bóvedas y la cúpula. En el tomo IV del mismo serie, Iglesias de México, proponen que "las bóvedas y la cúla datan de los últimos años del siglo XVII o, lo que es más probable, del 1700." op. cit., IV:24; véase también Angulo Iñiguez, Historia del arte hispanoameri-

cano, I:238; Kubler y Soria, op. cit., p. 359; Herrerías de la Fuente, El retablo de la iglesia conventual de Xochimilco, p. 16.

⁵³Toussaint y Dr. Atl, op. cit., I:6.

⁵⁴Angulo Iñiguez, op. cit., I:378; Vargas Lugo, op. cit., p. 100; Toussaint, op. cit., p. 58; Kubler, op. cit., p. 415; nota: Kubler y Toussaint se refieren a la influencia nativa en la ejecución de la obra como: "una rudeza de forma y figura" y "una ruda mano indígena".

⁵⁵Toussaint, op. cit., p. 59; Angulo Iñiguez, op. cit., I:320.

⁵⁶Toussaint, op. cit., p. 59; Kubler, op. cit., pp. 388 y 402; Vargas Lugo, op. cit., pp. 100 y 262; Angulo Iñiguez, op. cit., I:320; Keleman opina que "trabajo tan elaborado [como la puerta de porciúncula del convento de Xochimilco] no se puede fechar antes de 1550, ni tampoco fueron sus formas medievales comunes a partir de 1560, cuando el diseño clasicista del túmulo imperial llegó a ser normativo en los pueblos mayores." op. cit., p. 388. Sobre el "estilo tequitqui", véase la nota 27.

⁵⁷Vetancourt, op. cit., III:83.

⁵⁸Ibid.

⁵⁹Ibid., III:153.

⁶⁰Ciudad Real, op. cit., I:108.

⁶¹Vetancourt, op. cit., III:152-57.

⁶²McAndrew, op. cit., p. 221.

⁶³Angulo Iñiguez, op. cit., I:238.

⁶⁴Vetancourt, op. cit., III:153.

⁶⁵Torquemada, op. cit., V:244-45.

⁶⁶Ciudad Real, op. cit., I:108.

⁶⁷Vetancourt, op. cit., III:153.

⁶⁸Ibid.

⁶⁹McAndrew, op. cit., p. 280; Farías Galindo, op. cit., p. 174; García Granados, op. cit., p. XII.

⁷⁰Es interesante notar que no obstante esta placa, Herrerías de la Fuente sugiere la posibilidad de que el retablo fuera construido en los primeros años del siglo XVII; op. cit., pp. 10-12; de todos modos, parece que en realidad hay cuatro (y no tres como indica la placa) retablos del siglo XVI todavía existentes y catalogados: los de Xochimilco, Huejotzingo, Cautinchán y Tecali (Puebla). Angulo Iñiguez opina que "el retablo mayor del convento de Xochimilco, de un cuerpo más, pero fundamentalmente hermano del anterior [Huejotzingo], parece años más tardío. Sin embargo, su estilo es muy semejante. . . . Aun siendo deficiente la información gráfica de estos dos retablos de esta época, respecto de los cuales no es posible precisar mucho acerca de la fecha y etapa estilística a que corresponden dentro de este último período del Renacimiento. Pero lo que más importa, que es su calidad, en los escasos restos conservados de algunos de ellos es tan excelente como en Huejotzingo y Xochimilco."

⁷¹Herrerías de la Fuente, op. cit., pp. 83-98; Toussaint hace el siguiente comentario: "De estos grandes retablos, solamente tres han llegado íntegros hasta nosotros, si bien con los deterioros del tiempo y del abandono de los hombres; ellos son el de Huejotzingo, . . . el de Xochimilco, cuyo autor es desconocido, por más que sus pinturas revelan enorme influencia de Echave Orio, y que debe suponerse fue posterior, y el de Cautinchán. . . . Los tres retablos son renacentistas, el de líneas más puras es el de Xochimilco, de un renacimiento sobrio con columnas que ofrecen el primer tercio de su fuste rodeado de ornamentos en relieve con figuras estofadas. Las estatuas del retablo, de una grandignidad, de una soberbia amplitud de técnica nos indican que el autor de esta obra era un maestro de primer orden. En la parte baja de la estructura aparecen los apóstoles, costumbre que se había seguido en todos los retablos que ocupaban la cabecera de los templos." op. cit., p. 79.

⁷²Herrerías de la Fuente, op. cit., pp. 83-84, 129-41; sobre las pinturas, Toussaint dice lo siguiente: "El magnífico retablo que ocupa la capilla mayor, es un ejemplo máximo de lo que produjo el arte del Renacimiento en Nueva España, comparable sólo con el que se conserva en el templo franciscano de Huejotzingo. Los cuadros que lo adornan, que representan escenas de la vida de la Virgen, como se acostumbraba poner en esos retablos, carecen de firmas. De su estudio detallado se desprenden las siguientes observaciones: Quizás fueron pintados a fines del siglo XVI por varios artistas de los que florecieron en esa época, y no es difícil que el mismo Baltasar de Echave Orio haya intervenido en esa magnífica obra, pues es el cuadro que representa la Pentecostés tiene una figura que se parece extraordinariamente al retrato del gran pintor. Diversas influencias aparecen en estas tablas: por un lado detalles de influencia flamenca, junto a signos de visible italianismo; por otra parte, hay vislumbres del vigoroso realismo español." citado en García Granados, op. cit., p. XIX.

⁷³Rafael García Granados y Luis MacGregor, Huejotzingo, la ciudad y el convento franciscano, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1934, p. 212.

⁷⁴García Granados, op. cit., p. XIX; nota: varios investigadores

han analizado el retablo mayor del convento de San Bernardino: Toussaint, op. cit., p. 79; Kubler, op. cit., II:372; Angulo Iñiguez, op. cit., p. 277; sin embargo, hay dos estudios sobresalientes que lo examinan a fondo y en gran detalle: José Belgodere Brito, El retablo de San Bernardino de Sena en Xochimilco y Herrerías de la Fuente, El retablo de la iglesia conventual de Xochimilco.

⁷⁵Ciudad Real, op. cit., I:108; afirma el cronista que la trajeron de Roma con "testimonios muy auténticos".

⁷⁶Mendieta, op. cit., pp. 392-93; Torquemada, op. cit., II:408.

⁷⁷McAndrew, op. cit., p. 353.

⁷⁸Keleman, op. cit., p. 260; el autor indica que la fecha de la fabricación de la sillería ocurre probablemente entre 1682 y 1716; véase también Toussaint, op. cit., p. 112; Kubler y Soria opinan que la sillería fue fabricada de diseños del siglo XVI pero a partir de 1670; op. cit., p. 168.

⁷⁹Toussaint, op. cit., p. 118.

⁸⁰Ibid., p. 73.

⁸¹Kubler y Soria, op. cit., p. 371.

⁸²Keleman, op. cit., p. 52.

RELATO DE TORQUEMADA SOBRE LA DECISIÓN DE QUITAR
LOS RELIGIOSOS DEL CONVENTO DE XOCHIMILCO

(Extracto de Fray Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, 6 vols., UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1975-1979, pp. 19-21, que comprende la primera parte del Capítulo IV del Libro XIX.)

Capítulo IV. De el sentimiento que por lo mismo hicieron los de Xuchimilco y Cholulla, y la diligencia que pusieron para que volviesen los frailes.

La otra segunda casa que se dejó por vicaría, sujeta al convento de México, fue la de Xuchimilco, otras cuatro leguas de esta ciudad, por la laguna dulce o por tierra (como las quisieren andar). Era este pueblo entonces, y al presente lo es, de los mejores de la Nueva España, con título de ciudad. Los vecinos de ella (aunque la tabla del capítulo se leyó por la tarde) luego aquella noche supieron la nueva. Otro día por la mañana fueron casi todo el pueblo al monasterio y entraron en la iglesia (que aunque es muy grande no cupieron todos, porque eran más de diez mil personas los que habían concurrido), y ellos, y los que quedaban fuera en el patio, todos de rodillas y postrados ante el santísimo sacramento, comenzaron un clamoroso llanto, rogando y suplicando a Dios no consintiese que tal cosa pasase, ni los dejasen tan tristes y desconsolados, pues los había hecho a su imagen y semejanza y había muerto por ellos en la cruz, y los había traído de sus pecados y gran ceguedad al conocimiento de su santísimo nombre y fe católica. Y cada uno por sí, después, componía palabras de oración viva, que era cosa de ver y de oír lo que decían y todos llorando, con mucho sentimiento y a veces con voz en grito, y lo mismo hacían y decían los que estaban fuera en el patio. Muchos se iban a llorar con los frailes que estaban en el monasterio; los cuales, viéndolos tan doloridos no podían dejar de llorar con ellos. Y decían los indios a los frailes que bien sabían que les mandaban ir a morar a otras partes; pero que los perdonasen, que no los habían de dejar salir, sino ponerles guardas que de día y de noche los guardasen.

En esto se les pasó la mayor parte del día, allegándose siempre gente de la comarca y lugares sujetos para ir todos juntos a Mexico; mas los principales los detuvieron porque no fuese junta tanta gente. Con todo eso fueron hartos, y entre ellos también fueron mujeres, y ni los que iban, ni los que quedaban, se acordaban de comer. Llegaron a Mexico a hora de misa y entraron de golpe en la iglesia de San Francisco, y postrados ante el santísimo sacramento, con mucha copia de lágrimas, presentaban sus quejas a Dios de que sus padres y maestros los querían desamparar. Algunos de ellos imploraban la intercesión de la reina del cielo; otros llamaban a San Francisco; y otros invocan a los santos ángeles.

Los españoles seglares que estaban en la iglesia quedaron espantados de verlos de aquella manera; y aunque no sabían de raíz la causa de su lloro, trabajaban de acallarlos, mas no aprovechaba hasta que hubieron de venir algunos de los frailes del capítulo para quietarlos y consolarlos.

Cuando los indios los vieron comenzar a decirles: Padres nuestros, ¿por qué queréis desampararnos? ¿Aún apenas hemos recibido la leche de la fe y de la cristiandad y tan presto nos queréis dejar? Acordaos que muchas veces nos decíades que por nosotros habíades venido consuelo, y que Dios os había enviado para nosotros, necesitados y huérfanos; pues ¿cómo ahora nos queréis así dejar? ¿A dónde iremos? Que los demonios otra vez nos querrán engañar y tragar, trayéndonos a su servicio y errores pasados.

A esto les respondían los religiosos: No queremos, hijos, dejaros, mirad, que os han engañado, que así como hasta aquí os amábamos y queríamos y procurábamos vuestro bien, así ahora os amamos y queremos, y no dejaremos de trabajar con vosotros, hasta la muerte, visitándoos y consolándoos en todo lo que os estuviere bien y conviniere. Por ventura, ¿podrá olvidar o dejar la madre al hijo? (que es lo que dice Dios); y si ella lo dejare, nosotros no os hemos de dejar, pues sois nuestros hijos, que por la palabra del evangelio de nuestro señor Jesucristo os hemos engendrado; para morir con vosotros venimos, como otras veces os lo tenemos dicho. Bien sabéis que no buscamos ni queremos haciendas, ni deleites, ni otra cosa del mundo, sino vuestro aprovechamiento y veros perfectos en el amor de Jesucristo; esto procurad vosotros que de nuestra parte nunca os faltará el ayuda; y así no temáis que os dejaremos.

Estaba la iglesia llena y los que en ella no cabían estaban en las puertas, y otros en el patio, porque debían de ser todos tres mil personas. Muchos españoles que se hallaron presentes estaban maravillados, y otros, oyendo lo que pasaba, vinieron a ver lo que no creían y volvían espantados, y muchos de ellos compungidos con lágrimas de ver la armonía que aquellos pobrecillos tenían con Dios y con Santa María, y que no cesaban de rogar que los oyesen, De aquella manera se estuvieron en la iglesia, que no quisieron salir de ella hasta que los frailes acabaron de comer y vinieron allí a dar las gracias (como lo tienen de costumbre) y entonces al provincial, hecho silencio, los consoló de palabra cuanto pudo. Y viendo que no aprovechaban palabras, compadeciéndose de ellos, les dio dos frailes que llevasen consigo y los enseñasen y predicasen. Con esto fue tanta la consolación que sintieron que toda su tristeza se les convirtió en alegría; y para más consolarlos les dijo que no los dejasen venir, salvo si fuesen otros en su lugar.

Dieron, pues, la vuelta estos pobrecillos, mudado el tono del sentimiento que habían traído, en nueva mandera de gozo, muy acallados y contentos con sus padres. Como los niños que habían perdido a sus madres y llorando las habían buscado y halladas, mudan las lágrimas de tristeza en lágrimas de alegría. Y en el camino les iban contando el desconsuelo que ellos y los que quedaban en el pueblo habían sentido; y cada uno trabajaba de más llegar a ellos, como hacen los polluelos, debajo de las alas de su madre. Como iban otros delante con la nueva salieron casi los más que quedaban al camino a recibirlos con el mismo gozo.

Llegados los religiosos al monasterio y hecha primero oración en la iglesia hablaron y consolaron a todos, certificándoles que venían de asiento, para quedarse con ellos. Mas con todo eso los indios pusieron guardas que de día y de noche velasen porque no se les fuesen sus maestros y padres; y ellos sosegados y consolados, fuéronse a sus casas.

APÉNDICE H

CARTA DEL DOCTOR VASCO DE PUGA EN XOCHIMILCO AL REY FELIPE II PARA JUSTIFICAR LAS TASA- CIONES DE TRIBUTOS, FECHADA EL 28 DE FEBRERO DE 1564

(Extracto de Silvio Zavala, La encomienda indiana, Edit. Porrúa, México, 1973, pp. 546-49.)

Tásase Sochimilco en 10,600 pesos y 5,300 hanegas de maíz para S. M., y para la comunidad 1,990 pesos. Rentaba antes de la dicha cuenta a S. M., 5,000 hanegas de maíz y 270 pesos.

Junto con lo de arriba se crecen en los dichos pueblos a S. M. más de lo que tenía, 75,000 pesos, mil más o menos porque en la suma podría haber yerro.

Quítanse a los indios en esto, de robos, más de 100,000 que les llevaban mal llevados.

Es fácil ver que, a diferencia de las visitas de Ramírez y Lebrón de Quiñones, ésta de Puga no se anuncia como favorable a los indios, y los resultados consisten en el aumento efectivo de tributos.

Las quejas no se hacen de esperar, y desde Suchimilco, en la misma fecha de 28 de febrero de 1564, el doctor Vasco de Puga escribe al rey para justificar las tasaciones de tributos que hizo en algunos pueblos. Afortunadamente también de cuenta de las tachas que algunos religiosos y otras personas particulares ponen a esta visita y cuenta de pueblos a él cometida.

Primera.--Dicen que se han contado los principales y gobernadores y mozos y niños de todas edades y se les quita su nobleza a los que lo son y se hacen tributarios a los que nunca lo fueron y a los mozos, niños y niñas. Se responde que en todas las cuentas hechas atrás por esta Audiencia siempre se han contado los mozos de 14 años arriba, aunque estén con sus padres, y desde abajo, y éstos, aunque entre los mismos indios tributan, como parece por el testimonio que va de Gautinchán y Suchimilco, la Audiencia nunca los da por tributarios, ni en esta cuenta se ha hecho, aunque se han contado. Los principales se dan por tributarios porque siempre lo han sido y los mismos religiosos y el virrey los han así dado, como parece por el testimonio de Suchimilco. Y en Taxcala, donde hay más libertad y más razón de haberla, tributa a S. M. el principal media hanega de maíz y el macegual una cuartilla, de manera que tributa la mitad más, "de suerte que si dixeran que se han hecho tributarios los que no lo eran, ésta es la verdad, que se han dado los que lo son y no más, y como siempre se ha hecho".

Segunda.--Dicen los religiosos que de esta visita y cuenta se sigue quitar a los principales sus patrimonios, porque mandan tributar a los terrazgueros de los principales y dejarán las tierras y se les irán. Respóndese que es disculpa de su gran culpa o de quien lo consintió, porque en las más partes han procurado los religiosos, y por algunas ordenanzas del virrey está proveído, que estos terrazgueros no tributen a S. M., como es en la provincia de Chalco, en el pueblo de Chalcoatengo y Tenango y provincia de Tepeapulco. La razón es porque todo lo que se quita a

V. M. que estos terrazgueros no tributen, se acrecienta al principal. Dan también por libres del tributo real a los que sirven en la iglesia y a oficiales, como parece por las ordenanzas de Guantínchan, que todo lo envió al licenciado Valderrama. El oidor Vasco de Puga razona que el tributo es personal y por lo tanto deben pagarlo los terrazgueros de los principales. Hay cuenta de personas, luego es negocio personal. Marido y mujer hacen un tributo entero, y muerto el uno, aunque deje bienes, queda el otro como medio tributario sin consideración de la hacienda. Los tributos reales se pagan se pagan donde están los bienes y los personales donde uno es morador y vecino: si un indio tiene bienes en un pueblo y es vecino de México se cuenta y tributa en México donde está la persona. En los tributos reales, la falta de bienes excusa del tributo; en éste no, pues tenga el indio bienes o no, es tributario y por eso hay cuenta, y así es cierto que es personal. El tirano que en su infidelidad los gobernó, de industria lo hizo personal, porque si fuera real ninguno holgara de tener bienes por no tributar, según son holgazanes. "Pues siendo este tributo personal de su antigüedad y que se paga en reconocimiento del señorío universal, del cual no se excusa nadie ni por transcurso de tiempo, ¿por qué se ha de excusar el terrazguero del principal sino por quitarlo a V. M. y llevárselo él?" Los principales procuran tener la misma tiranía que en tiempo de la infidelidad y de dos maneras quitan a las maceguals sus haciendas: en los lugares todos de Nueva España hay tres maneras de tierras: unas que se llaman calpulales, que en España dicen baldías; otras que eran de los principales y señores, porque antiguamente pocos maceguals tenían tierras, a lo menos en los llanos. "Las que eran de los señores no trato de ellas porque si suyas eran suyas sean." Las baldías y que eran de sus dioses quedan por comunes, a quien V. M. o sus ministros las quisiesen repartir, y éstas los principales no las consienten labrar a los maceguals a efecto de que les falten tierras, como de hecho no las tienen, aunque sobran, porque con este estanco acudan a ser terrazgueros, y para que lo sean dicen que no han de tributar a V. M. y así lo hacen; de manera que a fuerza de brazos los hacen terrazgueros y los religiosos dicen que es bien que no tributen porque todo el fruto sea del principal y V. M. quede sin lo que le pertenece por derecho. La segunda manera y más tirana para hacer terrazgueros es que V. M., por relación de algunos religiosos o de otras personas fue informado que a causa de estar los indios en los desiertos, idolatraban, y que convenía juntarlos en policía, y mandó se hiciese así. Es muy justo, pero en cada mudanza de lugar se había de hallar un virrey o un oidor, porque con este color múdanse más lugares de los que conviene y sin orden, con molestia de los indios. La intención de S. M. no es que Salamanca, que está bien poblada, si quieren los principales o los religiosos mudarse a otra parte por hacer un suntuoso manasterio, luego lo ponga por obra y se mude todo el lugar. La intención de S. M. fue que si junto a Salamanca hay algunos indios que viven en soledad, los compelan a venir a vivir a Salamanca donde hay doctrina. pero no mudar todo un lugar de dos o tres mil vecinos. Luego que se trata de mudar un lugar a otro donde hay muchos campos y tierras baldías, se saca mandamiento del virrey para que luego se ponga por obra, con relación que donde están poblados no es sitio sano. La principal cosa que se hace en la parte donde se ha de mudar es trazar el monasterio con gran anchura de huertas y patios y es justo. Luego los principales reparten entre sí la tierra donde van a poblar: uno toma la parte del norte, otro el sur, otro levante, otro poniente. Hecho esto empiezan la iglesia y monasterio y házenlo harto breve y buena obra, aunque con gran pérdida de indios. Los

van compeliendo a que se mudan hasta derribarles las casas, pues a ellos se les hace muy de mal dejar la tierra y casa conocida de 200 años. Los maceguals que obedecen piden tierras y solares en el pueblo nuevo. Dicen los principales que se les darán en sus tierras pero que han de ser sus terrazgueros. Algunos son tan miserables que no saben sino obedecer y así quedan por terrazgueros con la pensión que el principal les quiere echar, que no es al cuarto o quinto de lo que recoge como en España, sino casi todo el fruto o por lo menos la mitad, y dar servicio en casa del principal como un (es)clavo tantos días en la semana. Otros maceguals que no van al pueblo nuevo y se van a otros lugares, son traídos por fuerza al pueblo en virtud de mandamientos que los principales obtienen del virrey y como vienen forzados toman las tierras que el principal les da y quedan por sus terrazgueros. Para resolver cualquier duda sobre el título de los principales a estos terrazgueros, ocurren al virrey y dicen que tienen poblados en sus tierras ciertos maceguals y no le quieren tributar ni pagar su terrazgo y piden que se les mande, le acudan o les dejen sus tierras. Obtenido el mandamiento ya tiene un título colorado de la tierra y del terrazguero y si quiere extender la pensión al terrazguero (es decir, cobrarle más) lo hace con amenaza de que si no la paga salga de su tierra. Por esta razón hay algunas ordenanzas del virrey que mandan que el terrazguero no pague al principal más de la mitad del fruto y que no tribute a S. M. porque no puede. Las halló en Chalco, Atengo, provincia de Chalco. Si la Audiencia hace tributar a estos terrazgueros, dicen algunos que se les quita el patrimonio a los principales, sin entender lo que dicen. Todo esto vio y entendió el oidor en Guautinchán, cuya mitad es de S. M. y la otra mitad de Juan Pérez de Arteaga, que por el año de 1554 se mudó a otra parte donde ahora está con muy buenas tierras. Halló en el pueblo 3,300 tributarios. Según ordenanzas de fray Francisco de la Navas, guardián, confirmadas por el virrey, estaban dados por terrazgueros 1,900. Puga envió todo al licenciado Valderrama. "Si por lo que he dicho son los terrazgueros libres de este tributo personal que se paga en reconocimiento del señorío universal, será la duda, aunque para mí no la hay, sino que son tributarios y por tales están dados." Todo cesaría con cumplir lo mandado por S. M.: que un oidor cada año ande por la tierra y que éste o el virrey reparta las tierras a los maceguals y no haya estanco en ellas, "que ésta es la razón por donde los indios (principales) contradicen al dar de las tierras, no porque haya falta de ellas, sino porque los maceguals necesitados de tierras labren en las que dicen ser suyas".

Tercera.--Otro reparo que ponen los religiosos es que el oidor Puga se alargó demasiadamente en la relación que envió a S. M. de los pueblos de México, Suchimilco, Chalco, Cholula, Taxcala, Cuaxocingo, Tezcucuo, y que no halló tantos tributarios como dice en su relación. Responde que envió la relación y las ordenanzas de Suchimilco con información de tres testigos contestes que dicen la misma cantidad de indios que la relación. Después que la envió, que fue por el año de 1561, se ha muerto mucha gente, como es notorio, y con todo eso, cuando Puga envió la relación, en su carta dijo que S. M. es engañado y pierde 200,000 ducados cada año, y en esto no se alargó, sino que ahora lo vuelve a decir, pues en solos cuatro o cinco lugares que se han visitado creció a S. M. 74,000 pesos, y a los indios se les quitó de robos más de 150,000 pesos. En Chalco tributaba cada indio 5 pesos, que monta sólo allí 64,555 pesos en 13,000 y tantos tributarios que se hallaron en las tres cabeceras, sin los muertos que son más de 20,000. Si se alega que los testigos se alargan en

la cuenta, responde Puga que los pagos son tasados por ordenanzas hechas por los religiosos y firmadas por el virrey, todo lo cual envió al visitador licenciado Valderrama. Allende del tributo al rey apgaba cada indio a dos y tres pesos. "Como se les ha tocado en la jurisdicción y en la comunidad que es la arca del pan, quieren obscurecer el servicio que a V. M. hizo el dicho Dr. Vasco de Puga."

Conviene que S. M. mande contar a Tascala, aunque se le haga merced, porque es inconveniente estar como está, pues se acogerán los tributarios vecinos a aquella provincia. Se les puede hacer merced a las cuatro cabeceras, y a los principales reservarlos de tributo, y en el mismo tributo dar a las cuatro cabeceras tres o cuatro mil pesos y a los maceguals que paguen 4 ó 5 reales, y concederles privilegio de ello. El oidor Puga fue allá y les habló y vinieron en esto de muy buena gana. Después, aconsejados de algunas personas, dijeron que hasta ver respuesta de los procuradores de España no se determinaban, y así ha quedado, "y no entienden que tributan los principales que son los que sirvieron y estaban en igual tributo que Cholula que fue traidora"; y que los maceguals pagan derramas y otros tributos.

Por la relación que dio Puga en la Audiencia se proveyó que se repartiesen tierras a los maceguals. Plega a Dios que no se estorbe. El licenciado Valderrama lo hizo así proveer, pero no sabe Puga cuál ha sido la ejecución.

Otro reproche es que Guaxocingo se tasó en los cinco años pasados y después acá no han podido los oficiales cobrar el tributo enteramente. Puga dice que es verdad. Explica que les dolía mucho (a los indios de ese pueblo) que Cholula, que está a tres leguas, habiendo deservado, y otras provincias, no se tasasen, y ellos sí. Y que en lugar de bajarles el tributo lo subieron porque no les descargaron de los robos que les hacían. Ahora, por relación de Puga, se proveyó que él enviase personas a los lugares que había contado para que les diesen a entender que no han de pagar más de un tributo, aunque se lo pidan, y así se hizo y están muy contentos. Si han dado peticiones en la Audiencia de que no pueden pagar, es todo procurado, "y es notorio que huelgan todos si no son los religiosos y los principales, porque para ellos es dañosa".

Al margen de este informe se anota: "Que se junte esta carta con la del virrey."

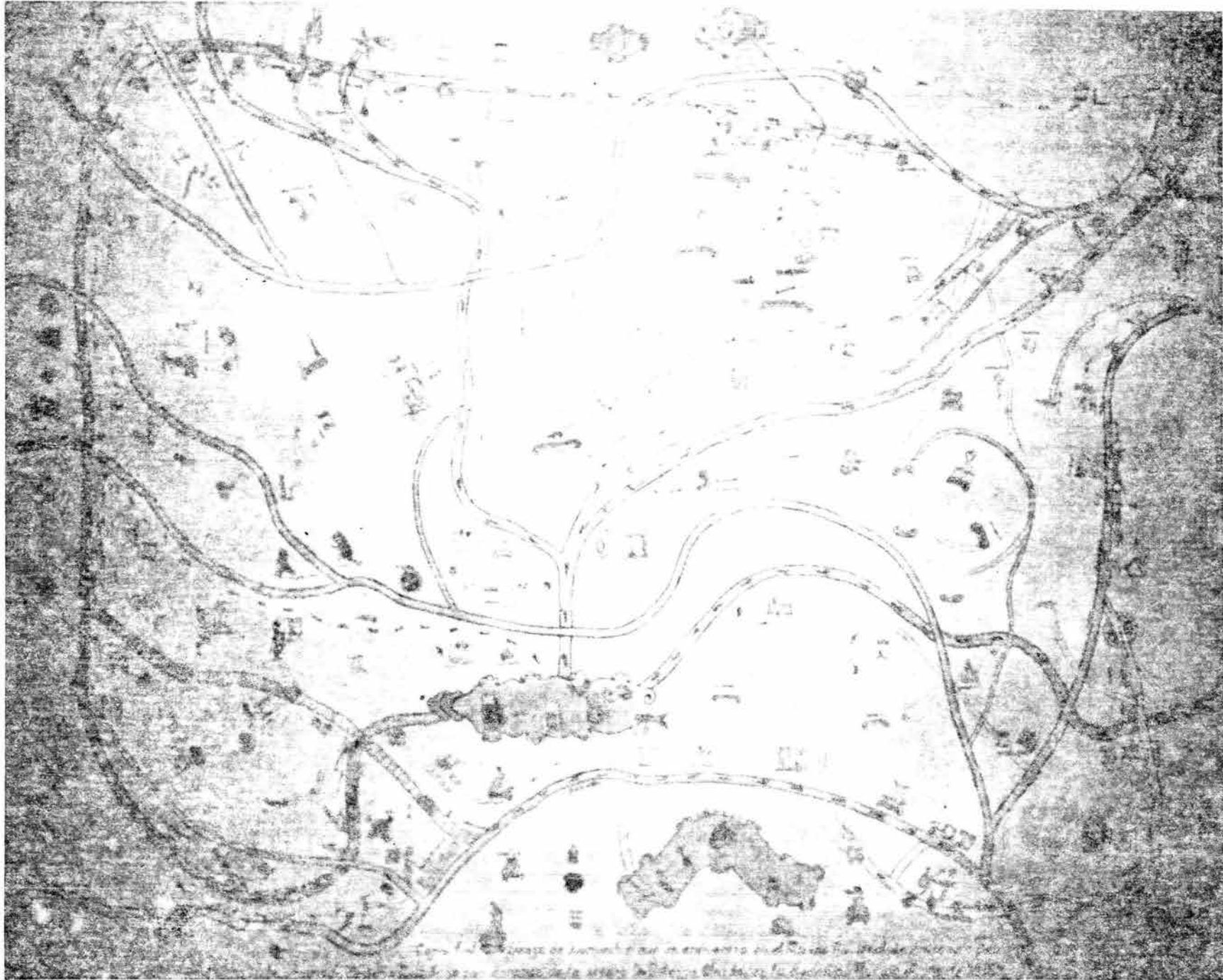


Lámina 1. El Lienzo de Xochimilco. Una copia en exhibición en el Museo Arqueológico de Xochimilco. El original se encuentra en la Sección de Manuscritos del Museo Nacional de Antropología e Historia.



Lámina 2. Detalle del Lienzo de Xochimilco.

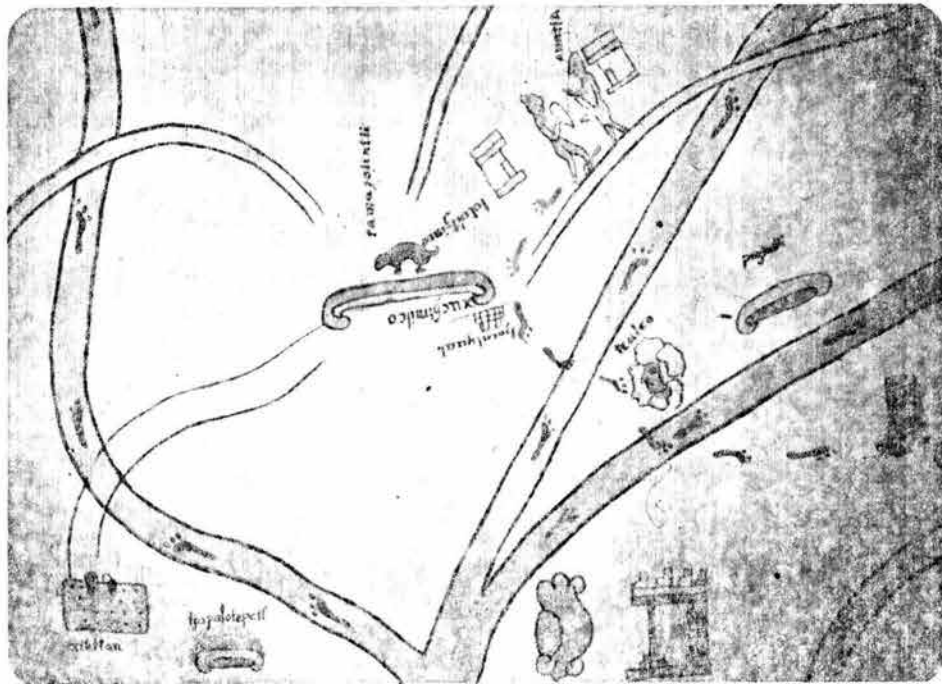


Lámina 3. Detalle del Lienzo de Xochimilco. Se nota el nombre "Xuchimilco" al revés en el centro.



Lámina 4. Foto aérea tomada en 1940 de las chinampas y los canales al sureste de la ciudad de Xochimilco. Escala 1:10,000. Foto de Compañía Mexicana Aerofoto.



Lámina 5. Foto aérea tomada en 1980 de aproximadamente la misma región. Escala 1:15,000. El área de la foto anterior está encuadrada. Se nota que las chinampas y los canales van desapareciendo frente a la urbanización. Foto de Compañía Mexicana Aerofoto.

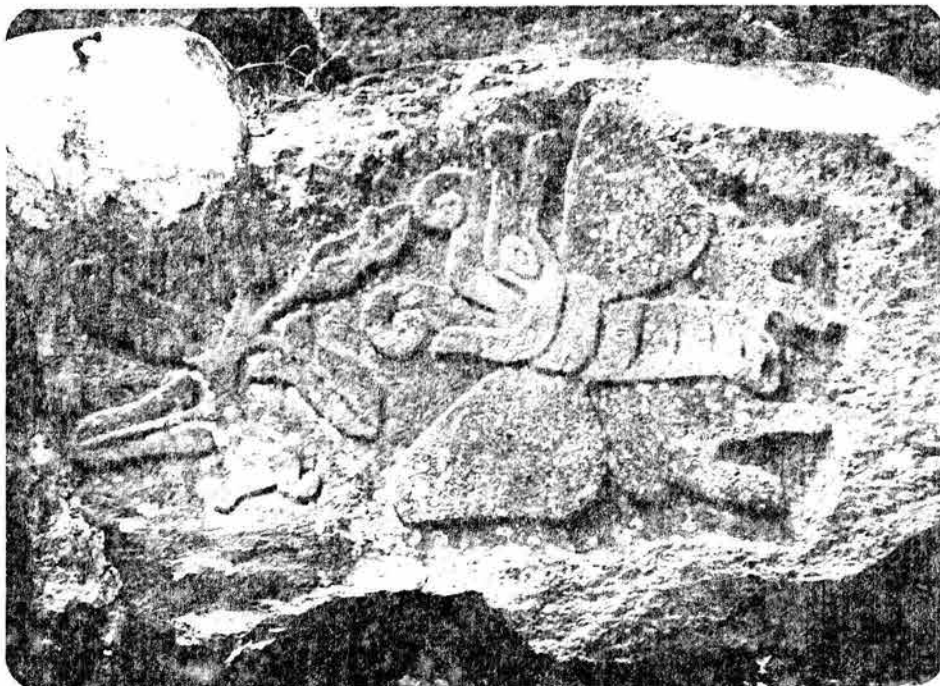


Lámina 6. Petroglifo de Iztpapalotl o Mariposa del Fuego
Nuevo libando néctar de la flor del Huacal-
xóchitl, planta sagrada de los xochimilcas.
Zona Arqueológica de Xochimilco.



Lámina 7. Petroglifo de un ocelote, que represntaba la
guerra y la fuerza a los xochimilcas. Las
virgulas que salen del hocico representan la
furia del animal. Zona Arqueológica de Xochi-
milco.

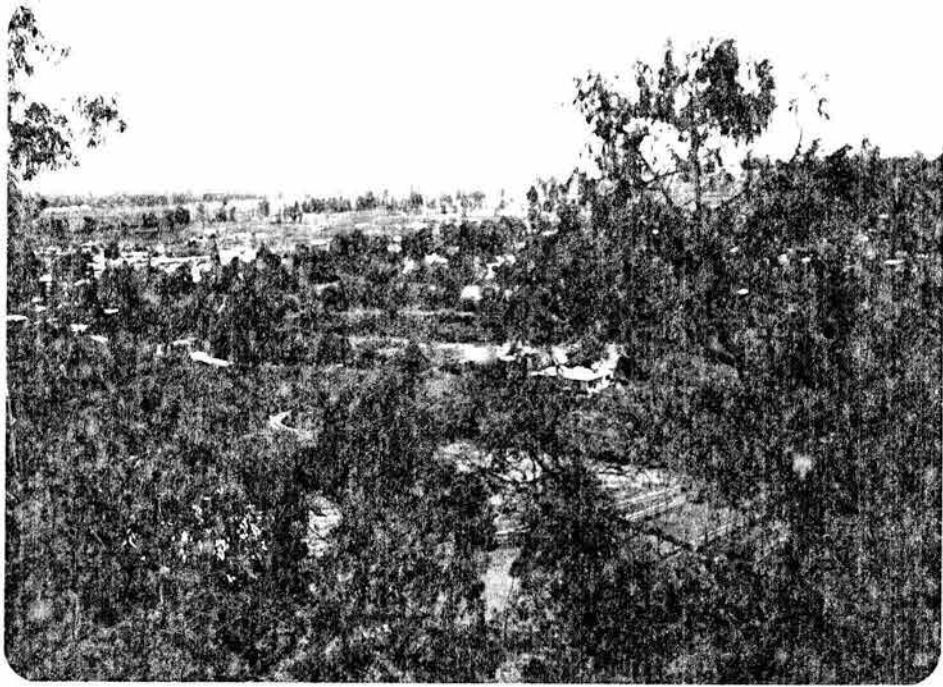


Lámina 8. Panorama de la región meridional del valle de México visto desde el cerro Guahilama (Vieja del Bosque). Zona Arqueológica de Xochimilco.



Lámina 9. Los canales de Xochimilco. Aunque muy comercializados, todavía quedan algunas partes donde las chinampas y los canales conservan su apariencia y función originales.

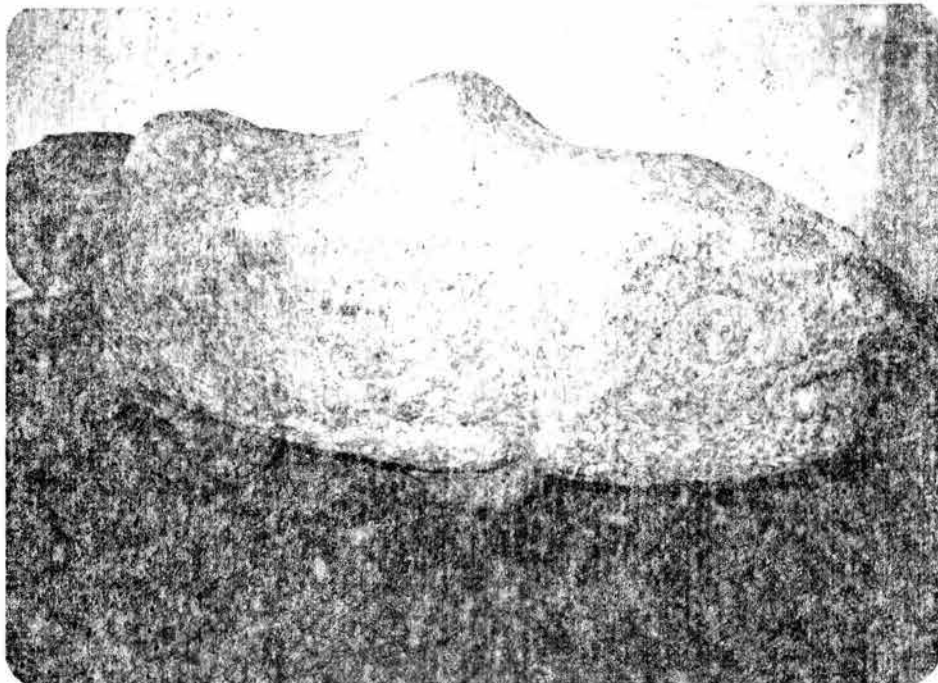


Lámina 10. Escultura en piedra de una trucha. Según las crónicas, el lago de Xochimilco abundaba en peces de agua dulce. Museo Arqueológico de Xochimilco.



Lámina 11.

Atlante pequeño encontrado en Xochimilco en 1979 en un taller mecánico donde se usaba como gato para sostener el peso de los autos mientras que trabajaban abajo. Ahora en exhibición en el Museo Arqueológico de Xochimilco.

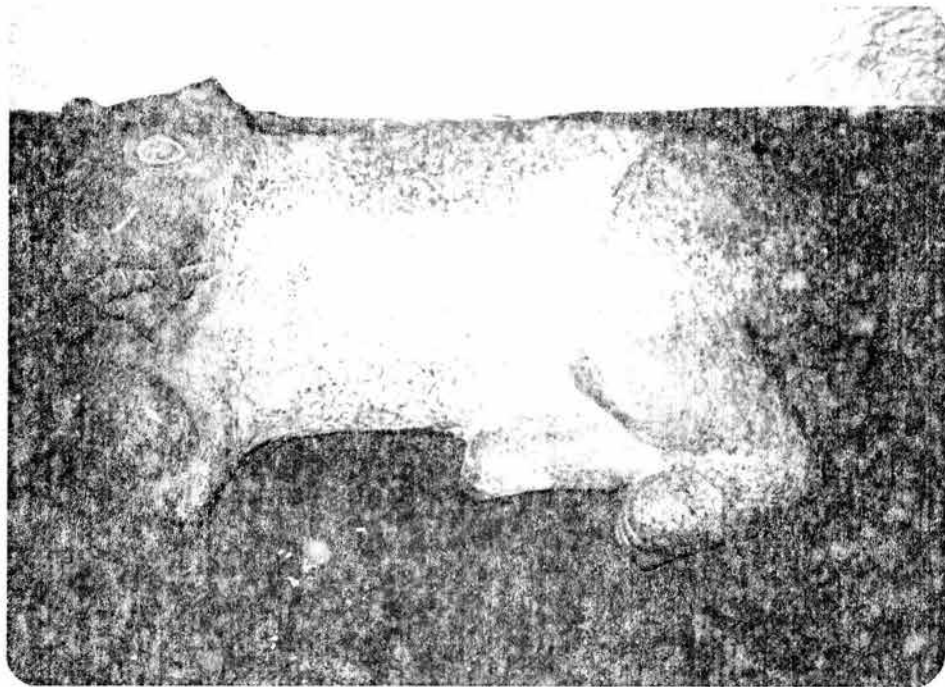


Lámina 12. Figura de un jaguar reclinado mostrando los colmillos. El jaguar es un motivo animal que predominaba en las culturas mesoamericanas. Museo Arqueológico de Xochimilco.

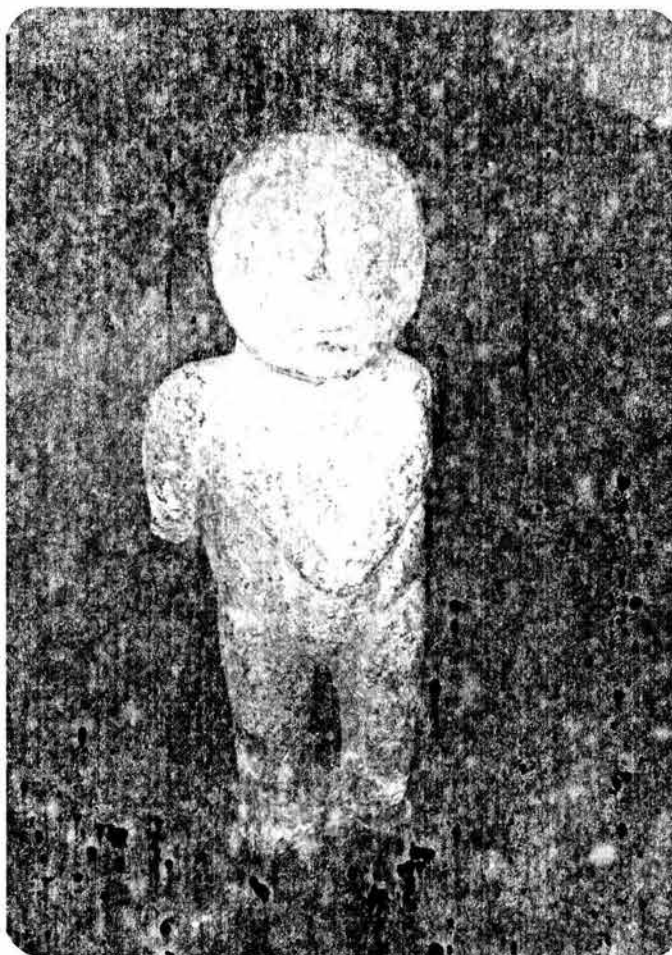


Lámina 13.

Figura en piedra de un adolescente que representaba un hombre. Museo Arqueológico de Xochimilco.

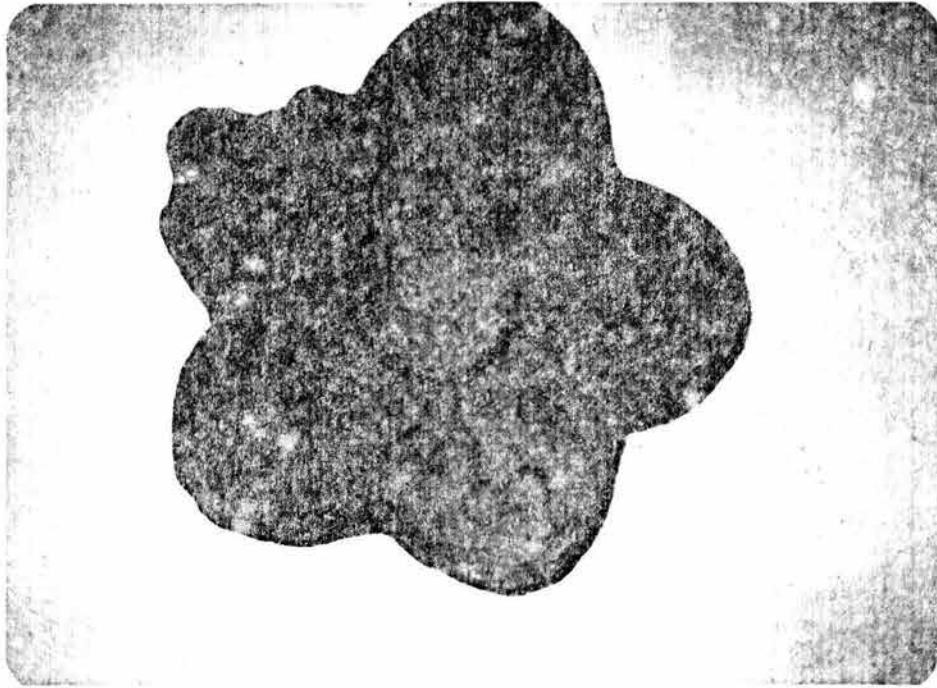


Lámina 14. Grabado en piedra de un flor de nochebuena, motivo popular entre los xochimilcas. Museo Arqueológico de Xochimilco.

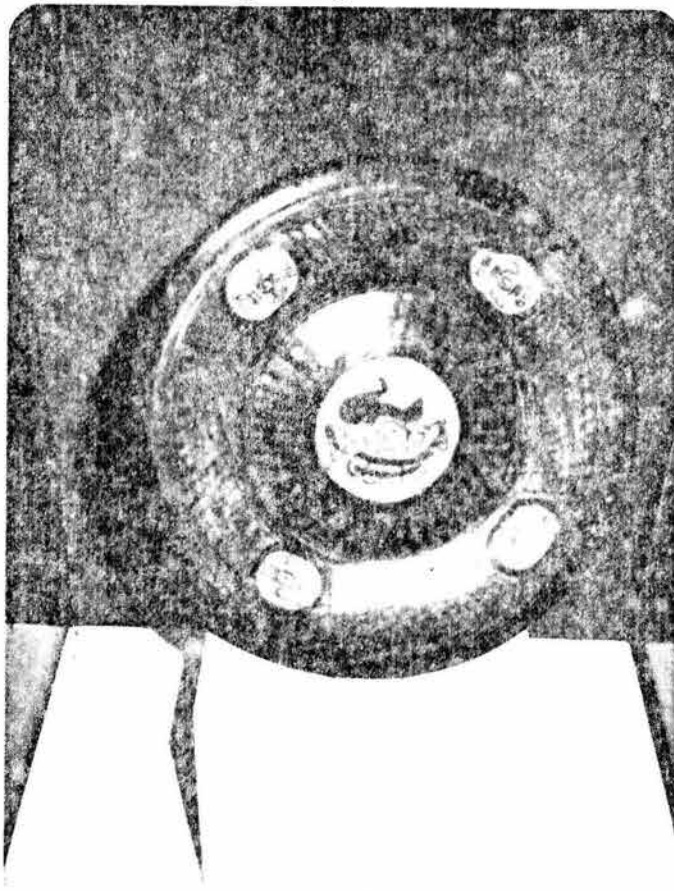


Lámina 15.

Plato tipo Cholula con diseño policrómico en rojo y amarillo de aproximadamente 1500-1550. Se halló en un entierro del barrio de Belém, Xochimilco, en 1980. Museo Arqueológico de Xochimilco.



Lámina 16. Anillo de piedra de un campo de juego de pelota hallado en Pulyahualco, Xochimilco. He aquí una descripción de Krickeberg de dichos campos de juego: "Eran campos rectangulares ahondados o rodeados por muros, y de los muros laterales partían hacia el centro dos taludes que dejaban abierto un estrecho pasillo en medio; así, el campo de juego se parecía a un I romano o a una doble T. Entre los mayas, zapotecas y totonacas, las paredes laterales eran inclinadas hacia adentro, mientras que entre los toltecas, mixtecas y aztecas eran verticales y llevaban en el centro grandes anillos de piedra fijados verticalmente en la pared; por estos anillos debía pasar la pelota en un buen juego. A menudo se adornaban, al igual que los anillos, con bajorrelieves. Cuando se trataba de "campos de juego de pelota de los dioses", vinculados a pirámides, a los dos extremos del campo y sobre los muros laterales había templos, capillas e ídolos; el juego de pelota no era un simple deporte, sino un acto de culto con profundo simbolismo religioso." (Krickeberg, *op. cit.*, p. 113) Arriba del anillo está grabado la cara de un hombre saliendo de entre los colmillos de un tigre. Aunque se colocaron los anillos en juegos de dos, no se ha encontrado el otro al cual corresponde. Museo Arqueológico de Xochimilco.

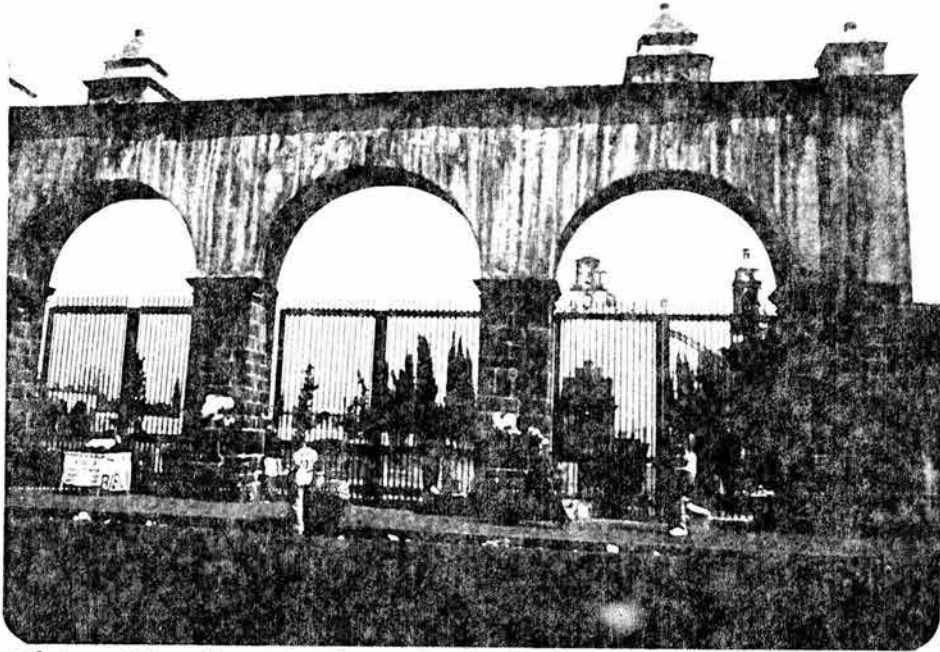


Lámina 17. La entrada principal al atrio del convento de San Bernardino de Sena en Xochimilco.

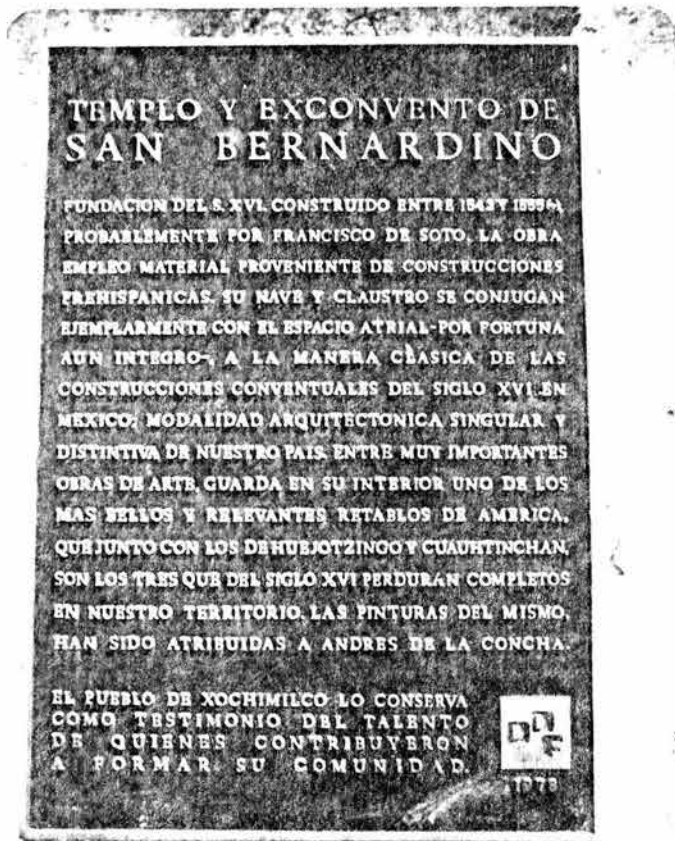
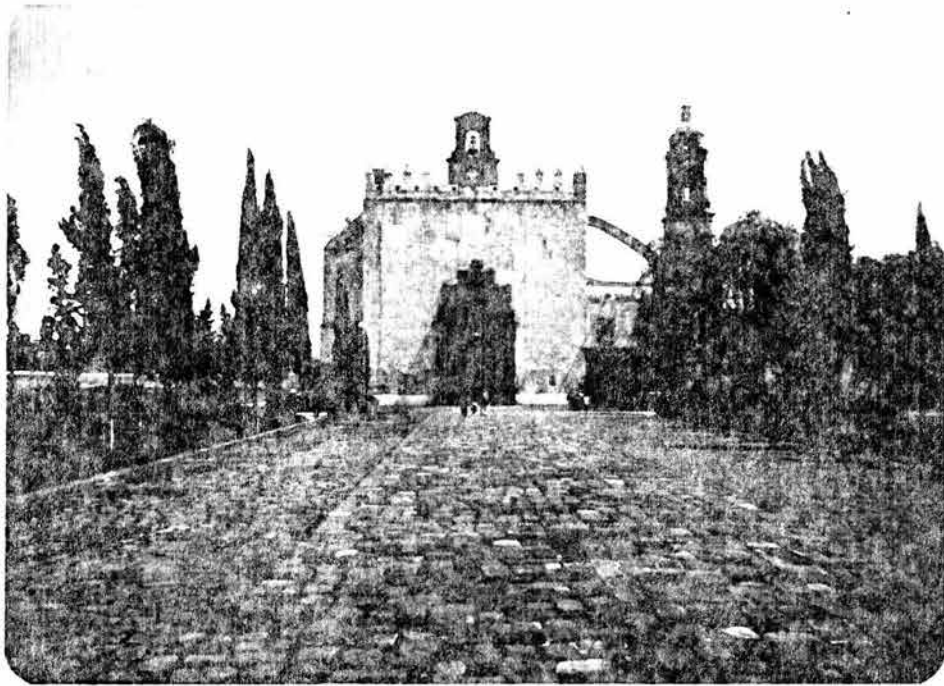
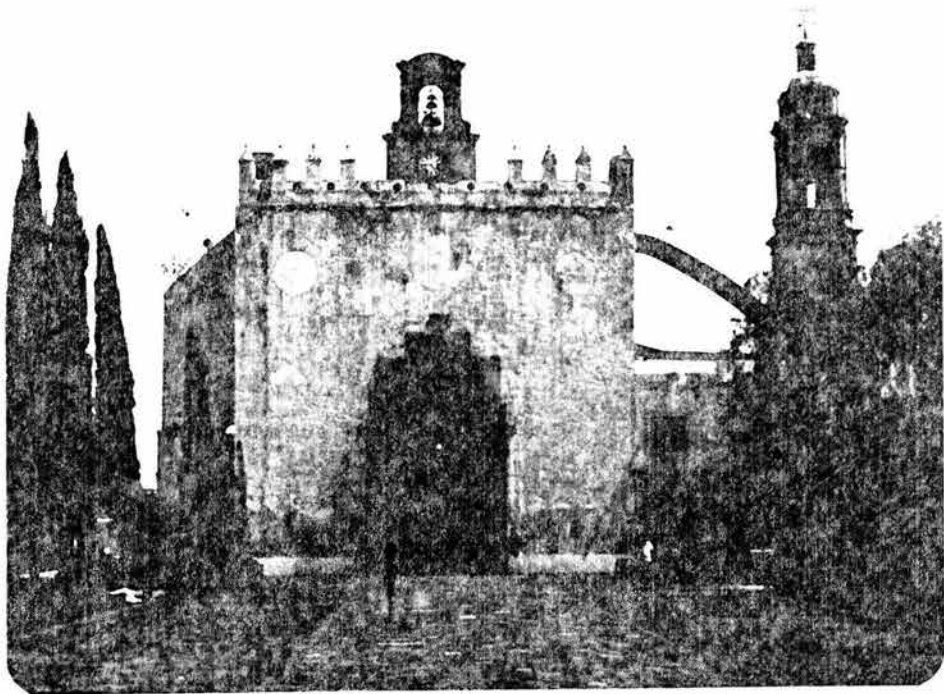


Lámina 18.

Placa conmemorativa en la entrada del atrio del convento.



Láminas 19 y 20. Dos vistas del frente de la iglesia conventual de San Bernardino.



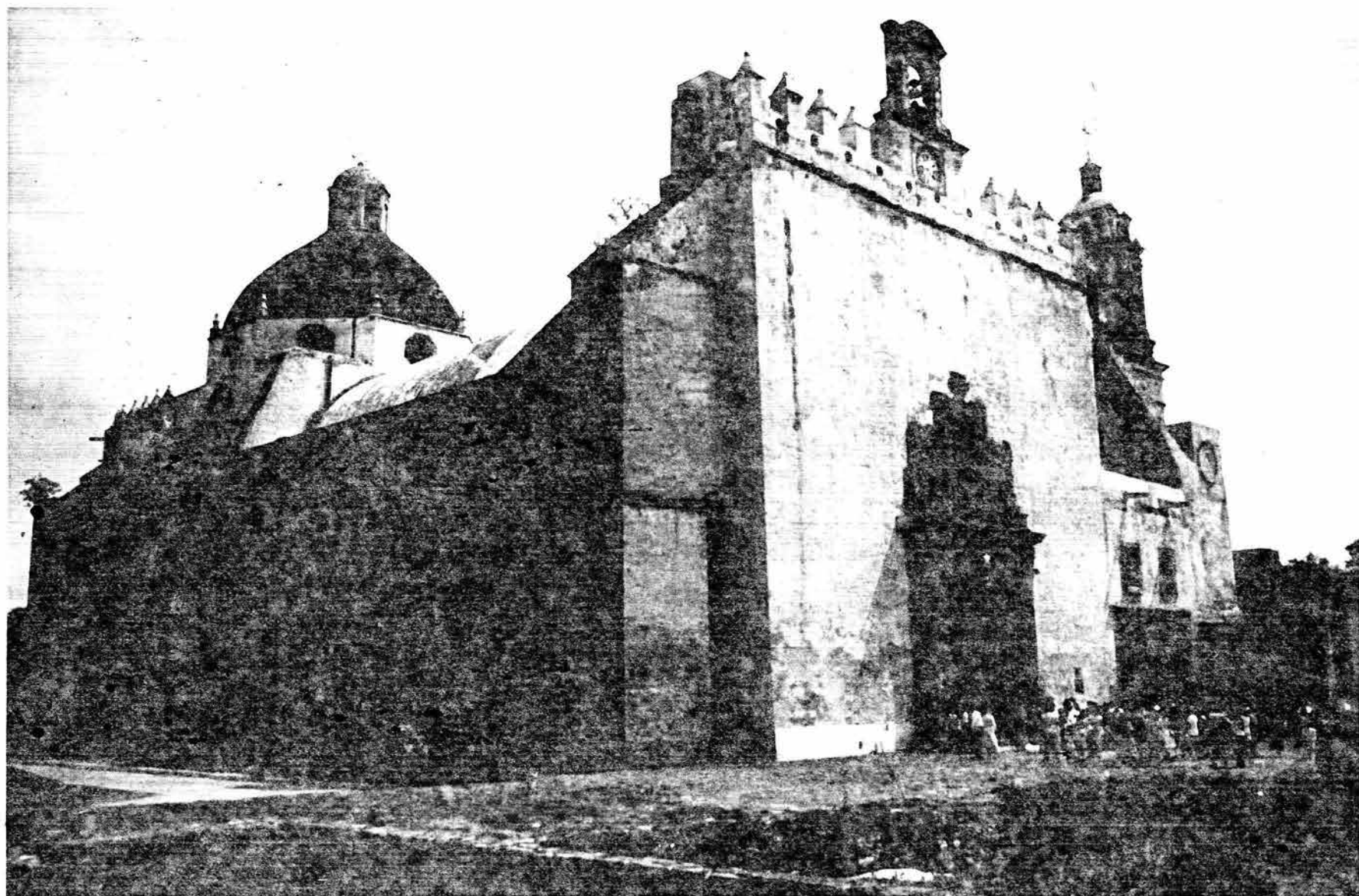


Lámina 21. La iglesia conventual de San Bernardino de Sena en Xochimilco.

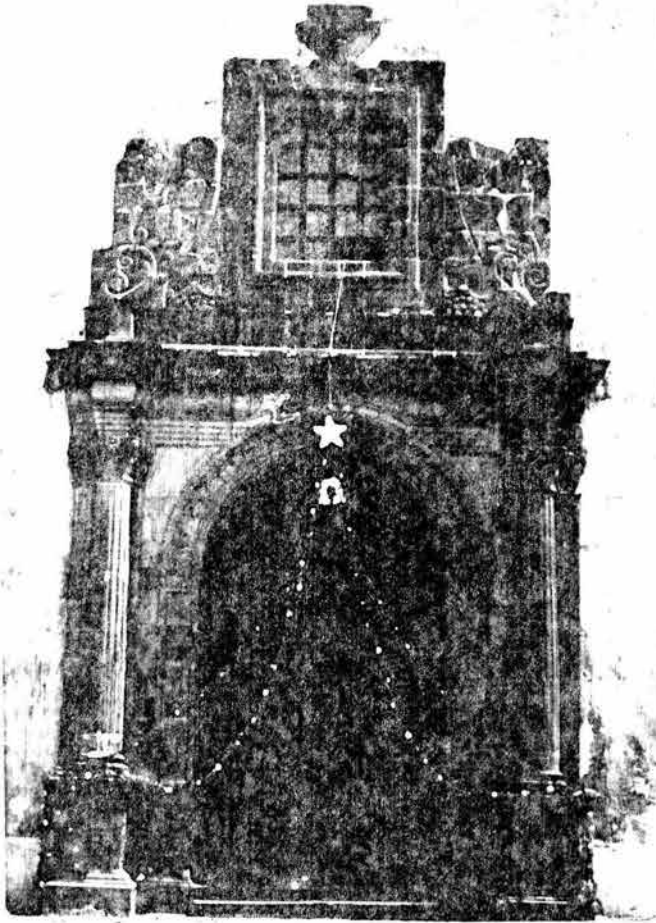


Lámina 22.

La puerta principal a la
iglesia conventual.

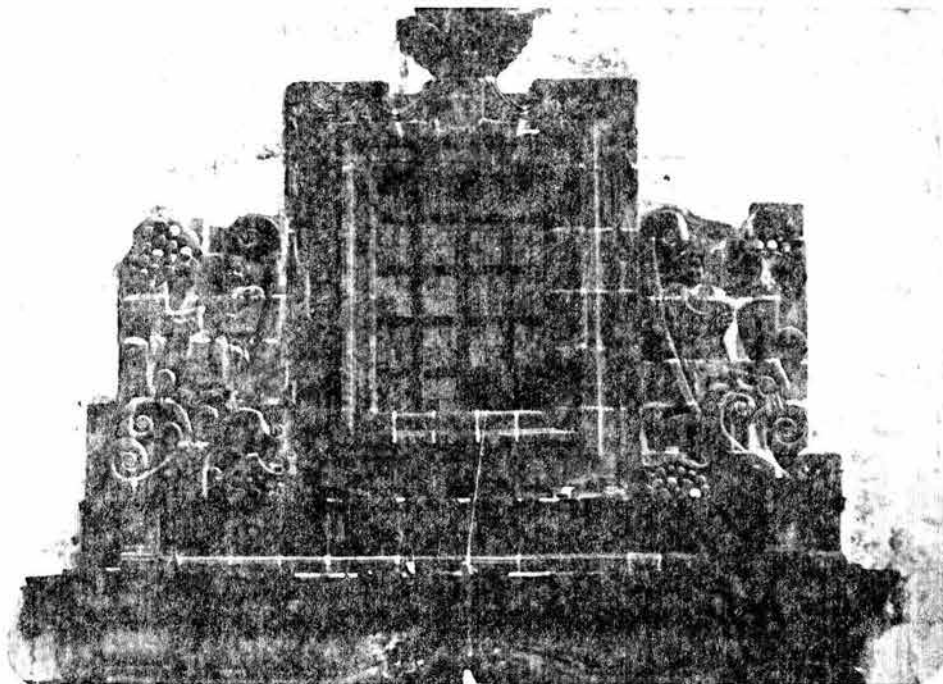


Lámina 23. Detalle superior de la puerta principal a la
iglesia conventual.



Lámina 24. Angel grabado en piedra que sirve de base a las dos columnas que adornan la puerta principal a la iglesia conventual.

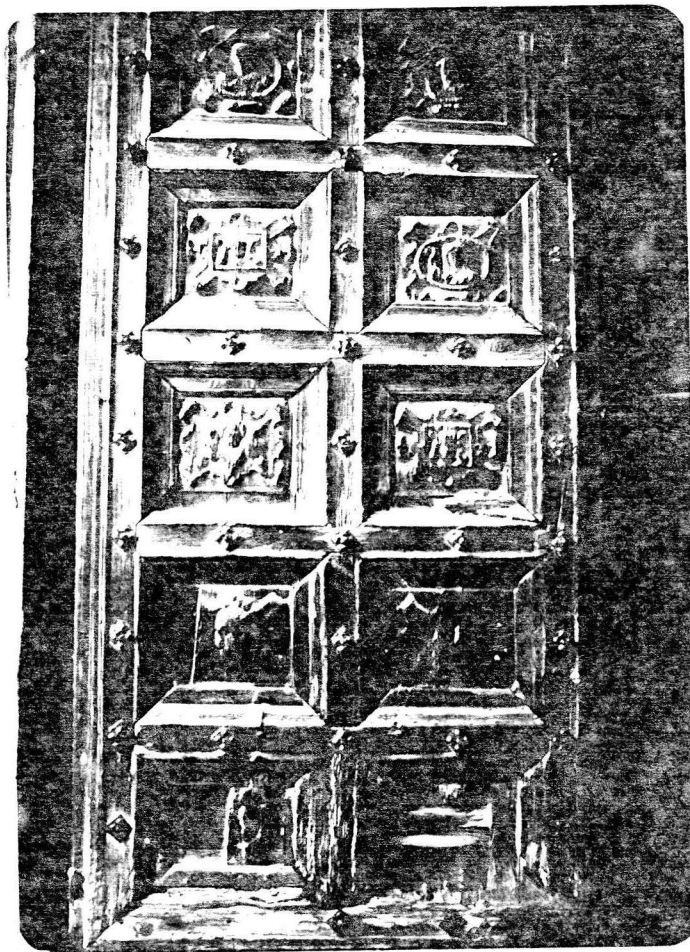


Lámina 25. Detalle de una hoja de la puerta principal de la iglesia conventual. La puerta está tallada de cedro rojo y adornada de remaches.

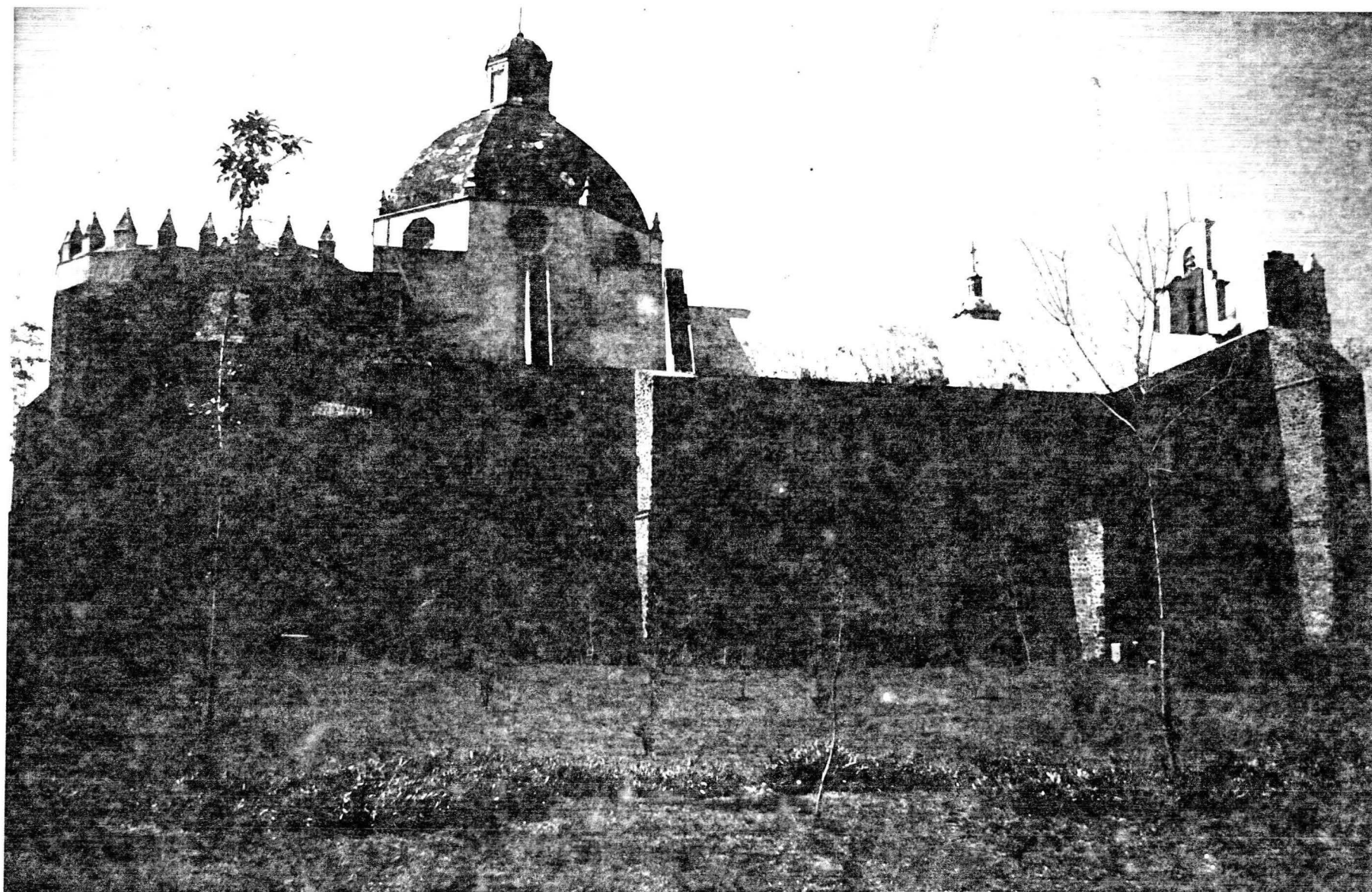


Lámina 26. Vista del lado norte de la iglesia conventual de San Bernardino de Sena.



Lámina 27.

La puerta de Porciúncula
al lado norte de la igle-
sia conventual.

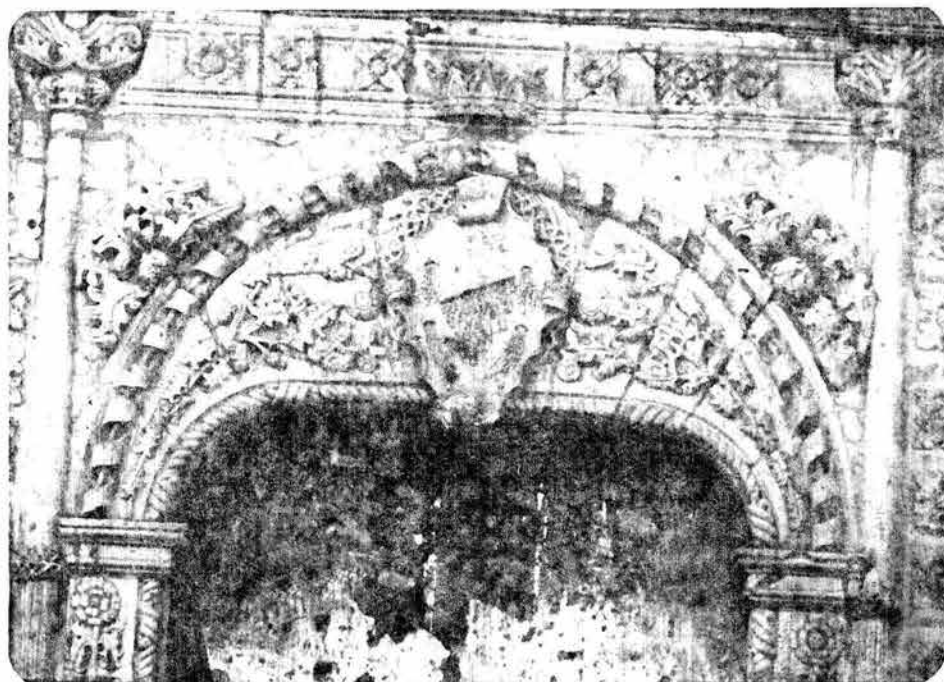


Lámina 28. Detalle de la parte superior de la puerta de
Porciúncula.



Lámina 29. La fachada poniente del convento con el campanario y restos de las ventanas de las habitaciones conventuales.



Lámina 30.

El campanario de la iglesia conventual.
(siglo XIX)



Lámina 31. La espadaña de la fachada de la iglesia conventual. No corresponde al siglo XVI sino al siglo XVIII.

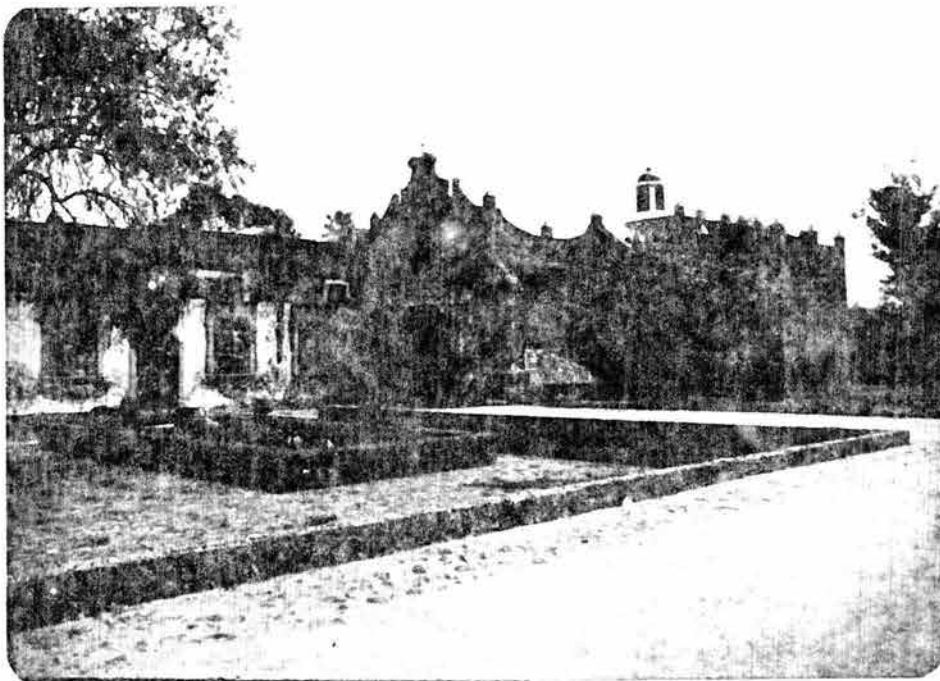


Lámina 32. La capilla del Tercer Orden Franciscano del convento de San Bernardino. Siglo XVIII.

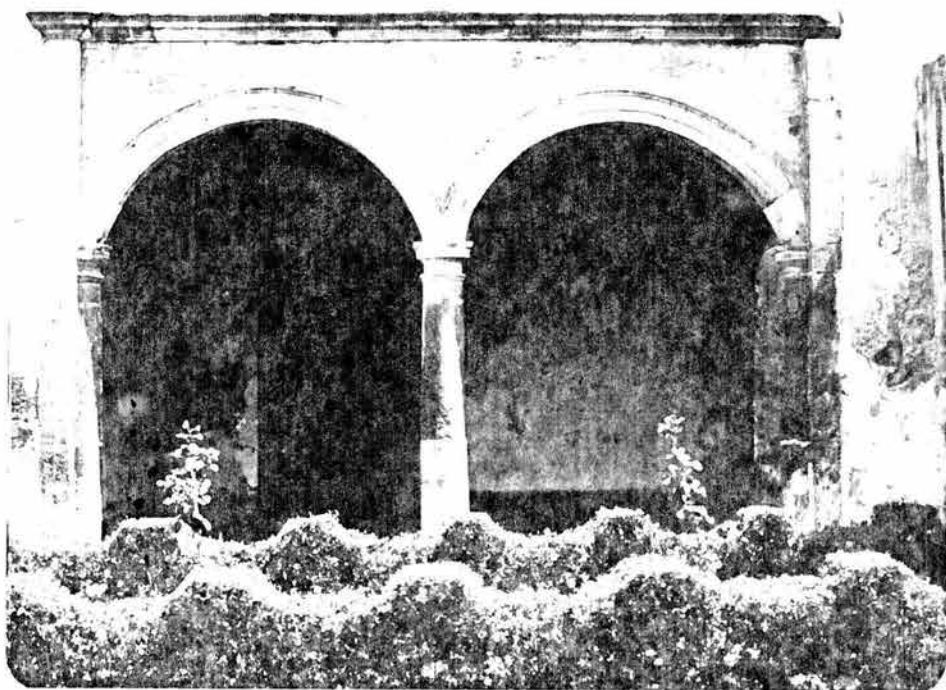


Lámina 33. La portada restaurada del convento. También fue utilizada como bautisterio.

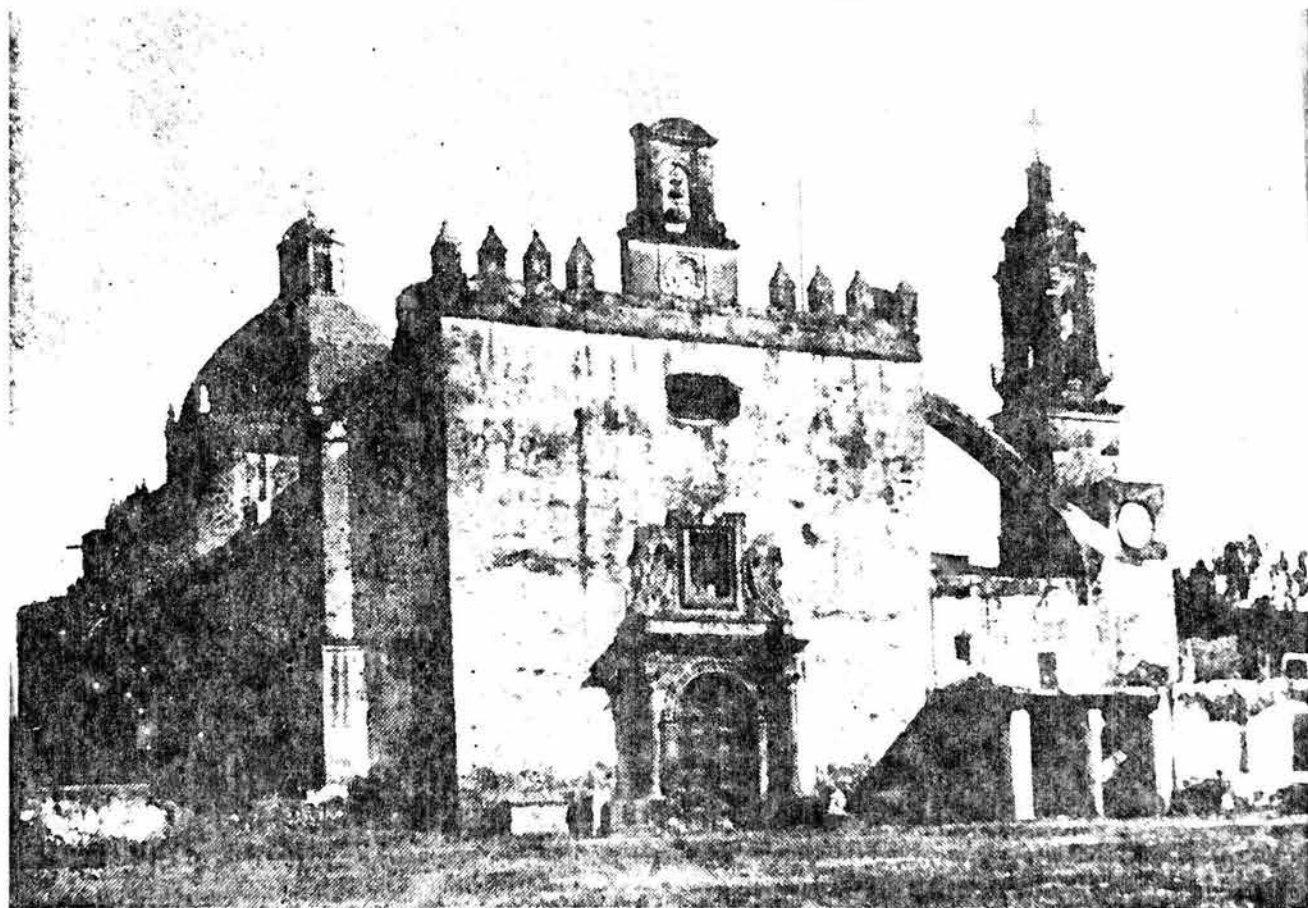


Lámina 34. Fotografía de 1935 tal como estaba anteriormente el frente de la iglesia conventual y su portería original. Foto de José Farías Galindo.



Lámina 35. Una vista del convento con su enorme ábside, desde el lado sureste.



Lámina 36. Detalle del muro este del convento.

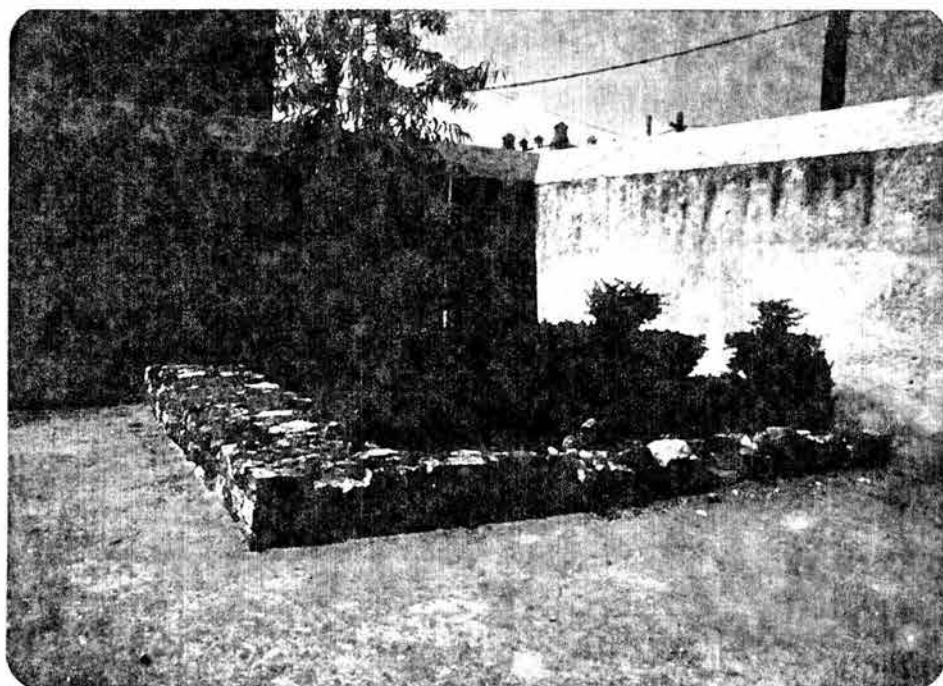


Lámina 37. Remembtanza de las cuatro estaciones
procesionales en el rincón suroeste del
atrio.



Lámina 38. Vista del claustro del convento con el masivo contrafuerte que sostiene el lado sur de la capilla conventual.

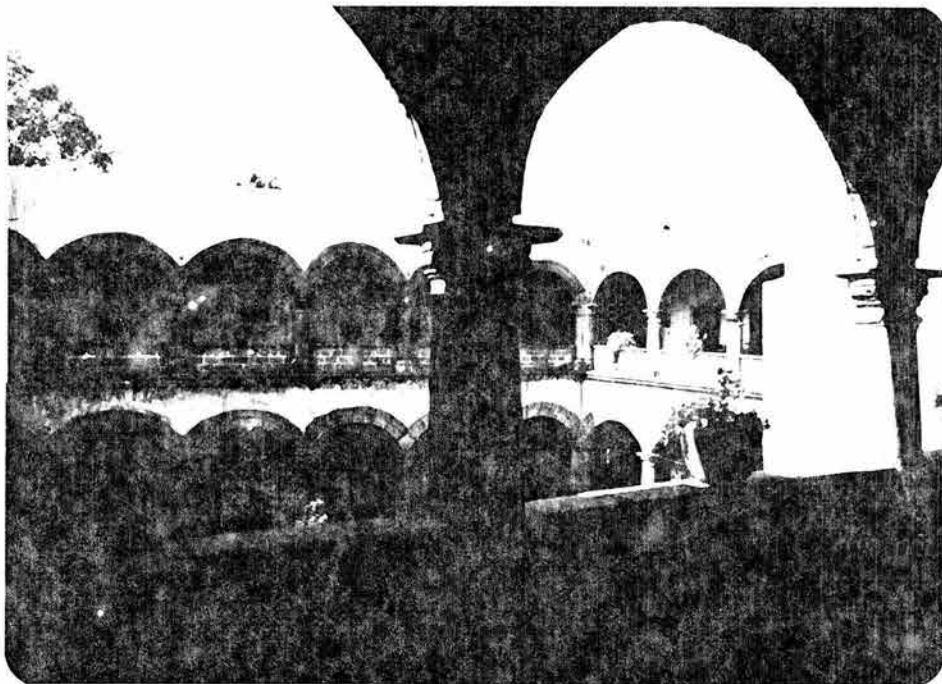


Lámina 39. Vista desde el claustro alto del convento.

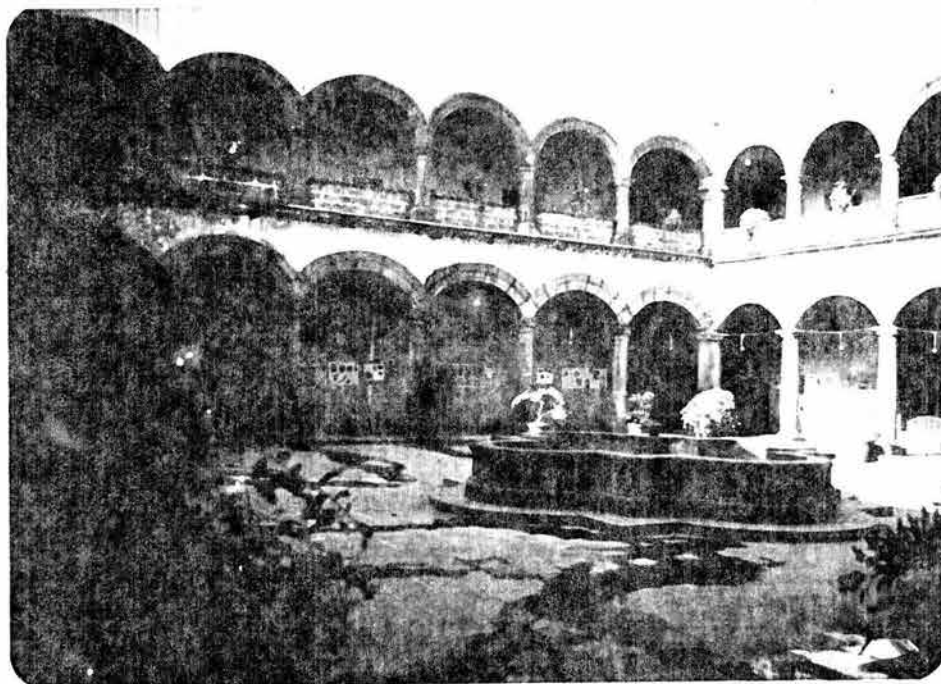


Lámina 40. El claustro del convento de San Bernardino. La fuente es de construcción reciente.



Lámina 41. Detalle de la coyuntura de los arcos y las columnas en el claustro del convento.

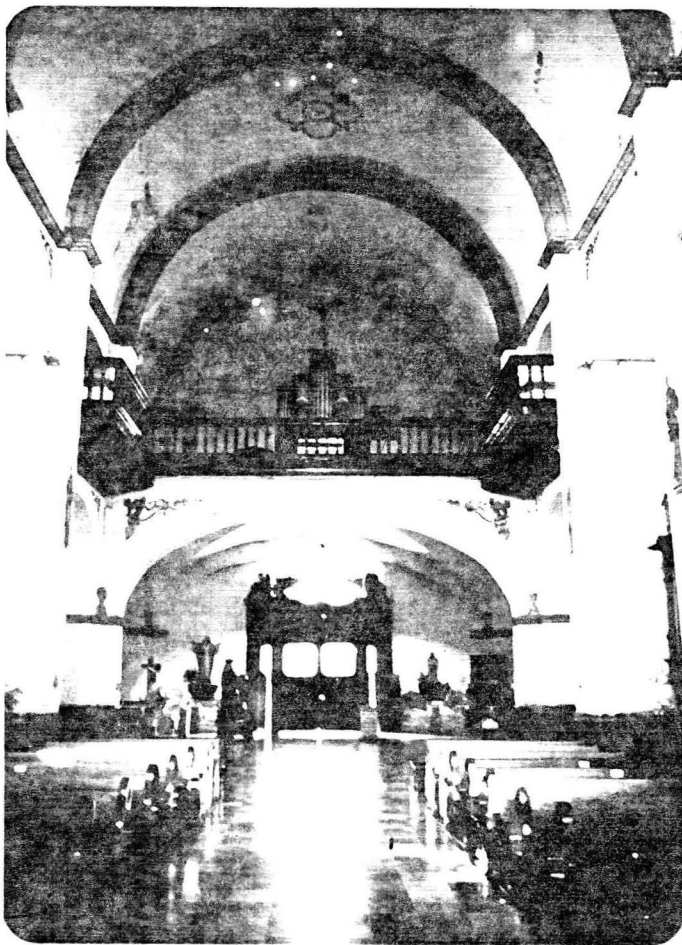


Lámina 42. Interior de la iglesia conventual:
el coro y la puerta principal.



Lámina 43. Interior de la iglesia conventual:
al fondo, el gran retablo en el
ábside.

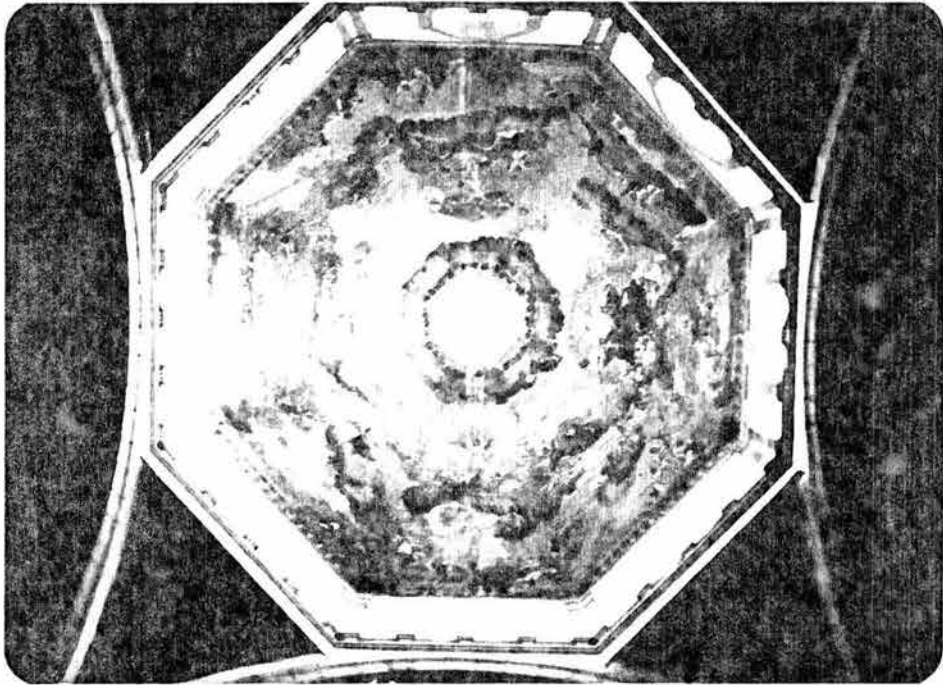


Lámina 44. Interior de la cúpula con detalle de angeles y el Padre Celestial con la forma del mundo.

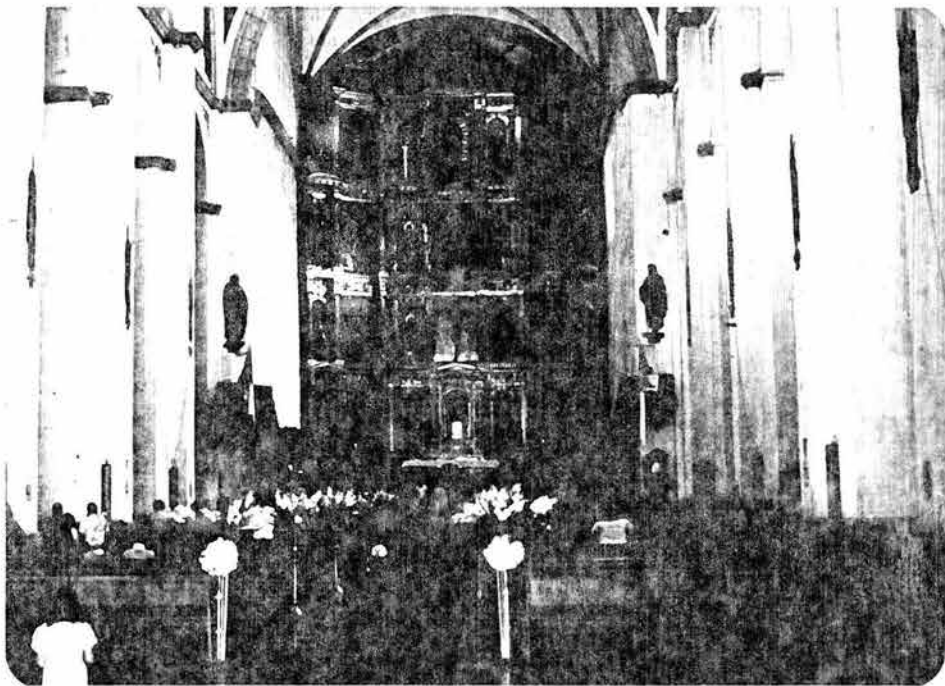


Lámina 45. Interior de la iglesia conventual: el gran retablo del siglo XVI.

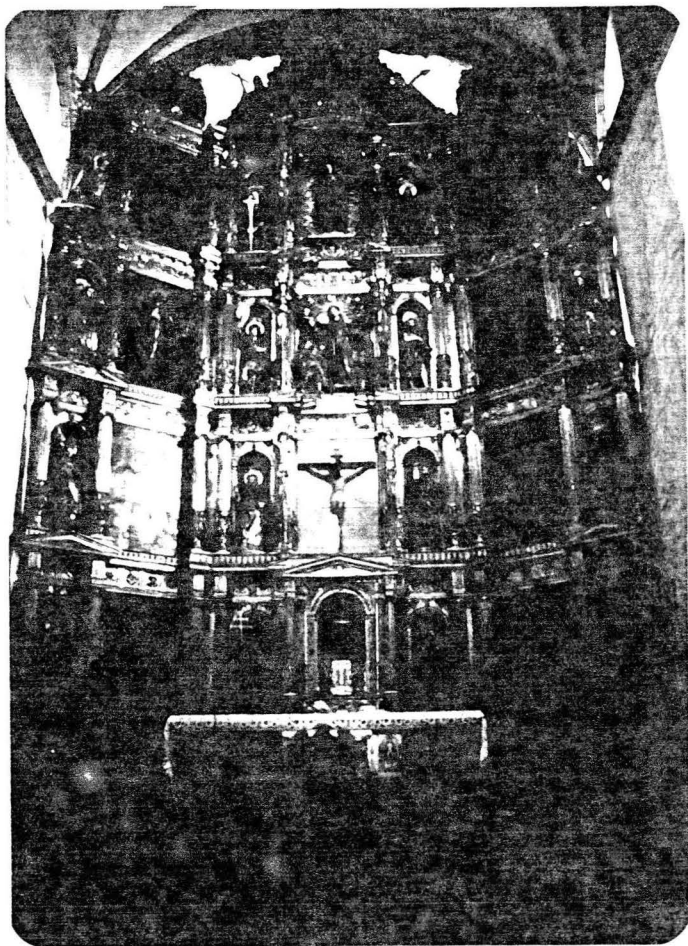


Lámina 46. Detalle del retablo de la iglesia conventual.

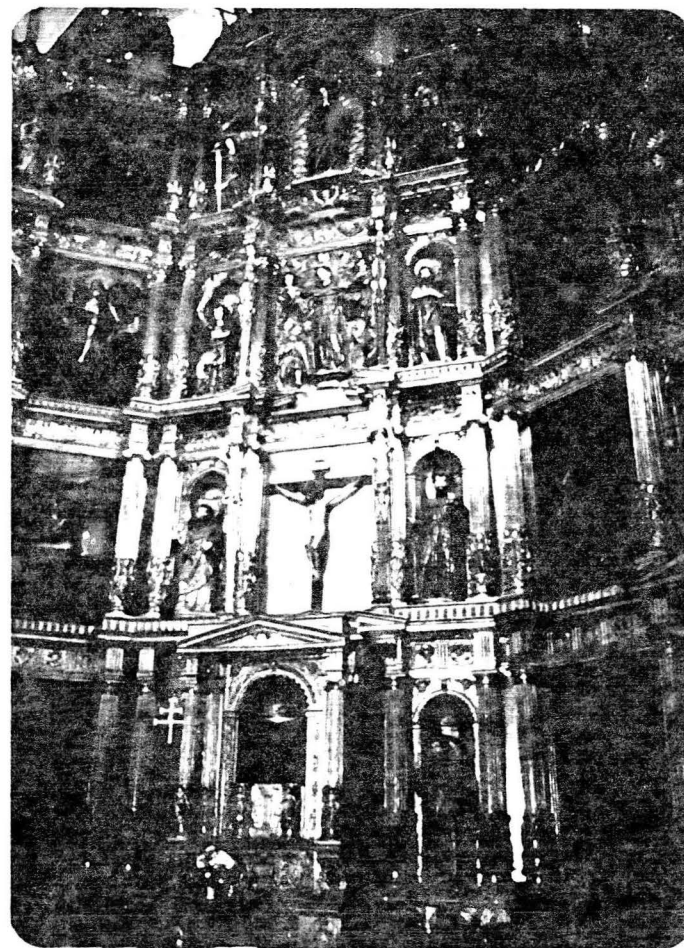


Lámina 47. Detalle de las calles centrales del retablo de la iglesia conventual.

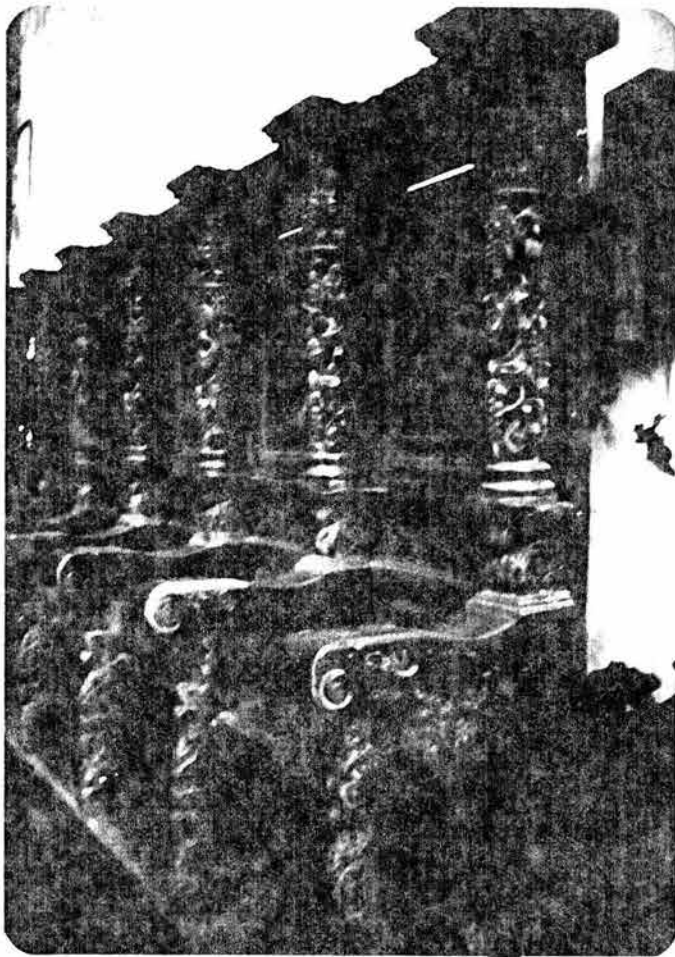


Lámina 48.

La sillería del coro
del siglo XVII.

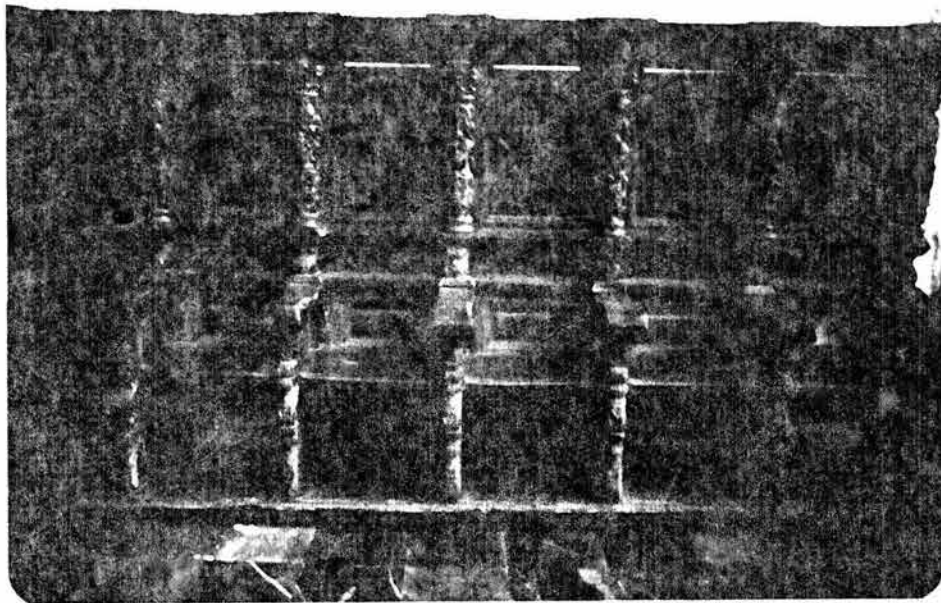
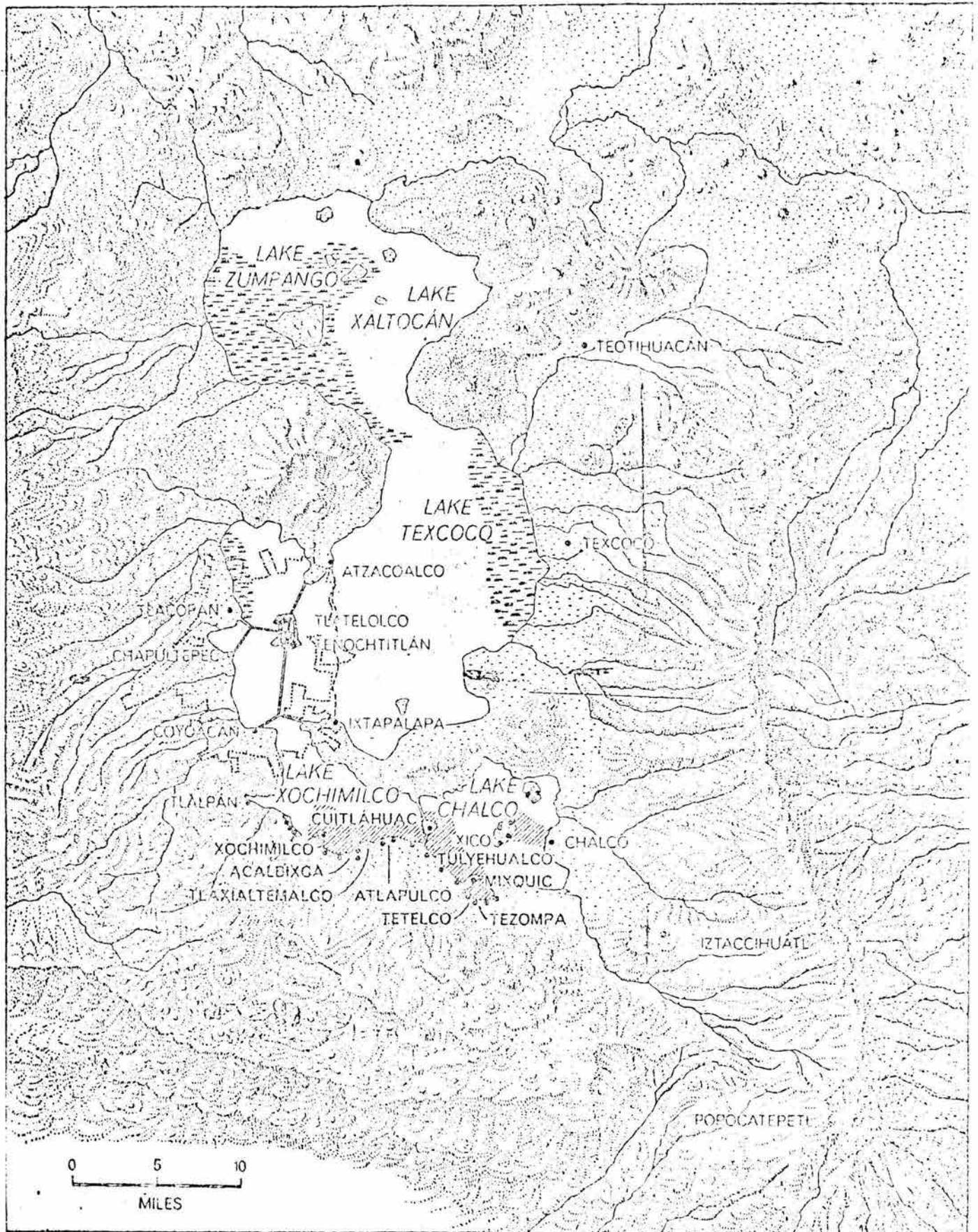


Lámina 49. La sillería del coro.



Lámina 50.

Mural pintado por fray Gerónimo de Mendieta en la portería original del convento. Representa la reunión de los xochimilcas en el atrio durante las primeras décadas de la evangelización: "En esto se conocerá cuán fáciles y dóciles son los indios para ponerlos en cualquiera cosa de orden y concierto, aunque a la verdad estaban bien industriados y apercebidos para lo que habían de hacer; mas juntamente con esto, el modo de ordenarse, y ponerse en hilera para cosas semejantes, ellos lo usaban y guardaban mucho en su antigüedad, y aun el día de hoy, cuando vienen los domingos a la iglesia, se ponen el patio, cada barrio por sí, por sus hileras, para que se cuentan. Este acto está pintado en un gran portal que está junto a la portería del convento de la misma ciudad de Xuchimilco, y lo pintó el padre fray Gerónimo de Mendieta; el cual dice en su libro escrito de mano habérselo así certificado uno de los religiosos que se hallaron presentes a él. Y cierto es muy de ver aun en la pintura, de donde se podrá pasar con la consideración a lo que sería lo vivo desto pintado." (Torquemada, Monarquía indiana, V:244-45.) La fotografía es del año 1953. Desafortunadamente, poco después se tapó el mural con cal y ahora se exige un proyecto de restauración. Foto de José Farías Galindo.



Mapa 1. El sistema lacustre del valle de Anáhuac durante tiempos prehispánicos, de Michael D. Coe, "The Chinampas of Mexico", en Scientific American, vol. 211, no. 1, Jul 64, p. 91.

DATE _____



302

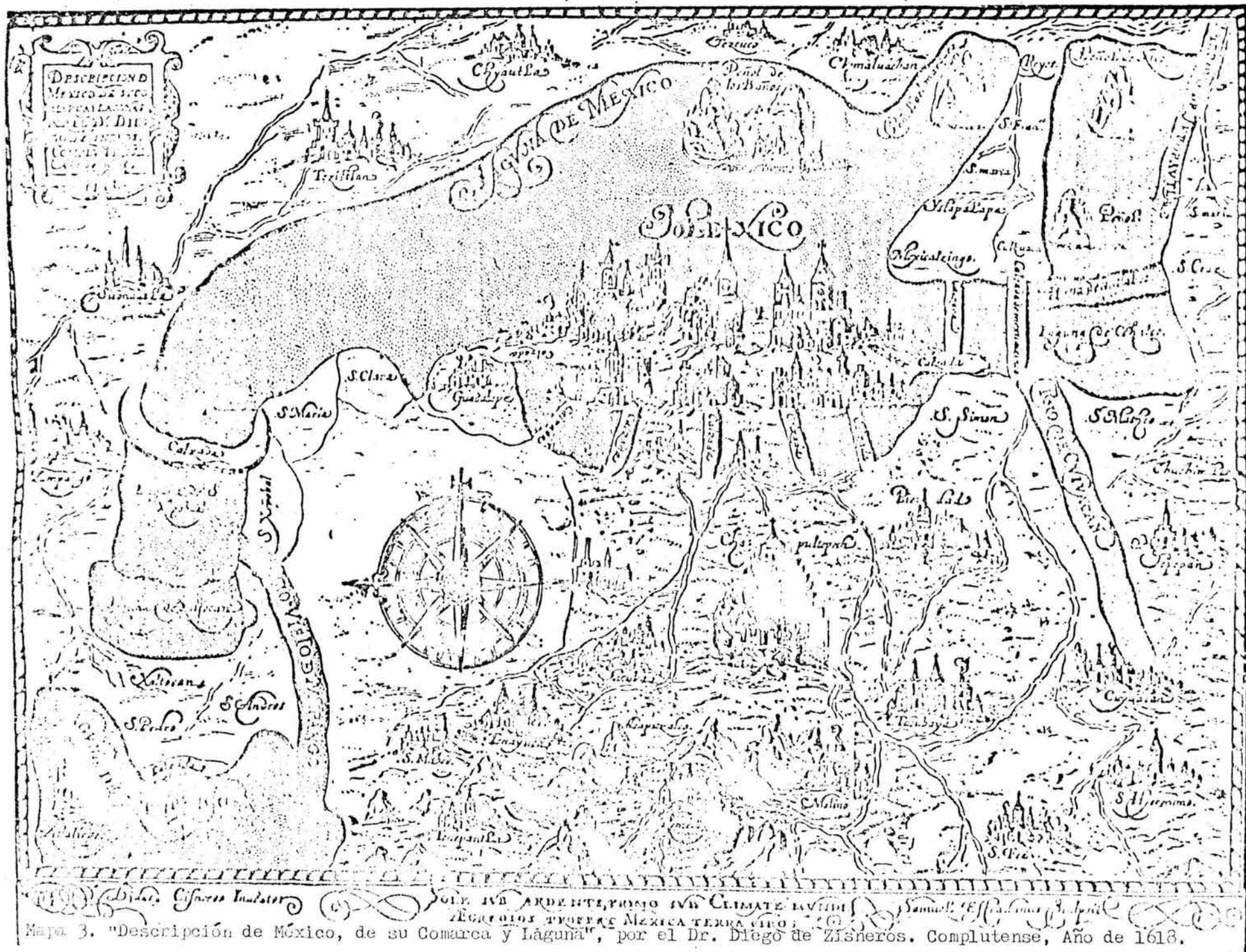
Completed at
me from 200
grad in me
language class
and from 1990

OBRA DEL DESAGVE

- [illegible]

OFSTE

Mapa 2. "Descripción de la Comarca de México y Obras del Desagüe de la Laguna", preparada hacia 1607.



MAPA DE LAS AGUAS QUE POR EL CÍRCULO DE 90 LEGUAS VIENEN A LA LAGUNA DE TESCUCO Y DE LA EXTENSION QUE ESTA Y LA DE CHALCO TENIAN.
Sacado del que en el siglo antecedente delineó D. Carlos de Sigüenza.



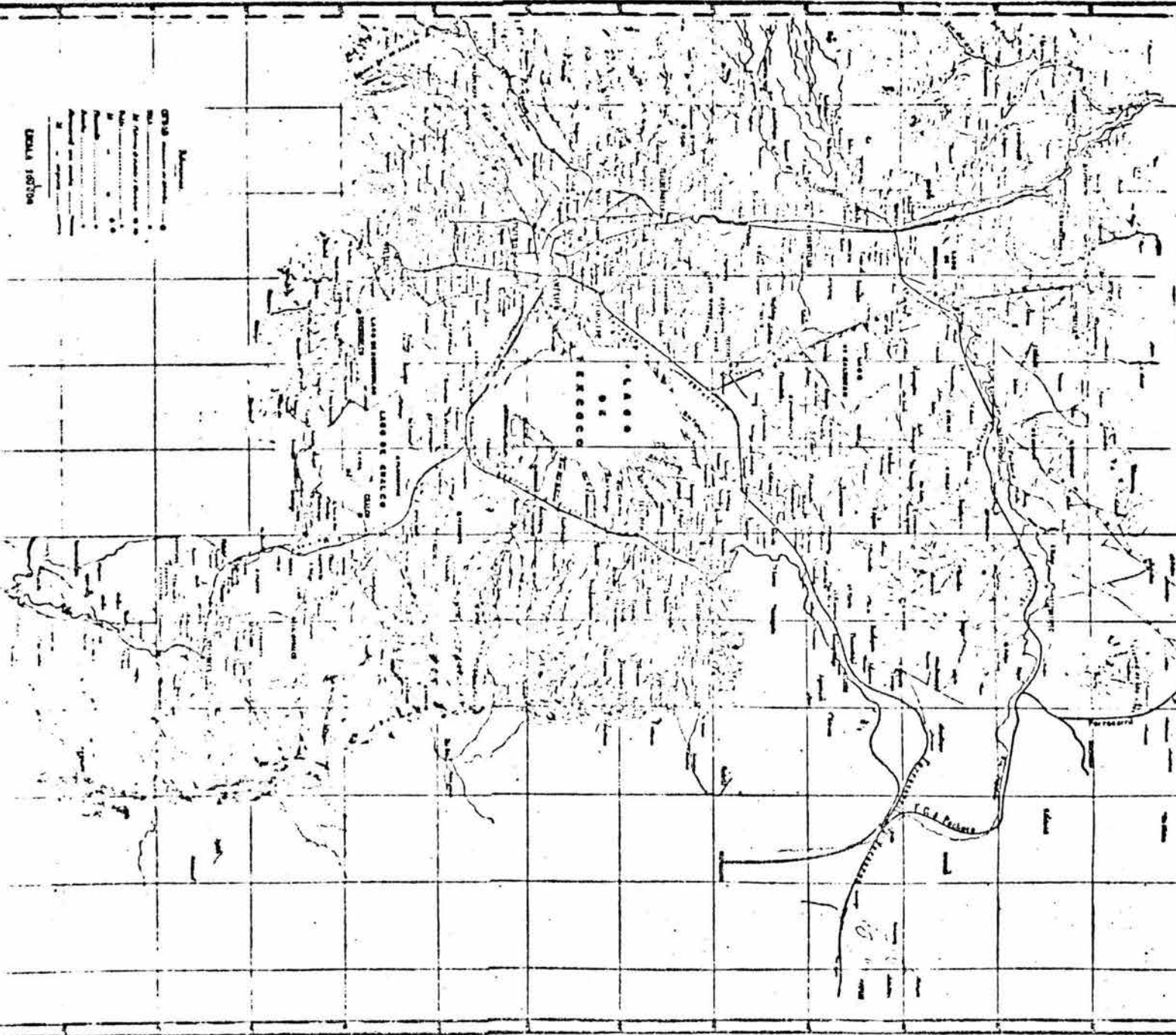
Mapa 4. "Mapa de las Aguas que por el Círculo de 90 Leguas Vienen a la Laguna de Tescuco y de la Extensión que esta y la de Chalco Tenian", fecha anterior a 1732.

VALLE DE MÉXICO

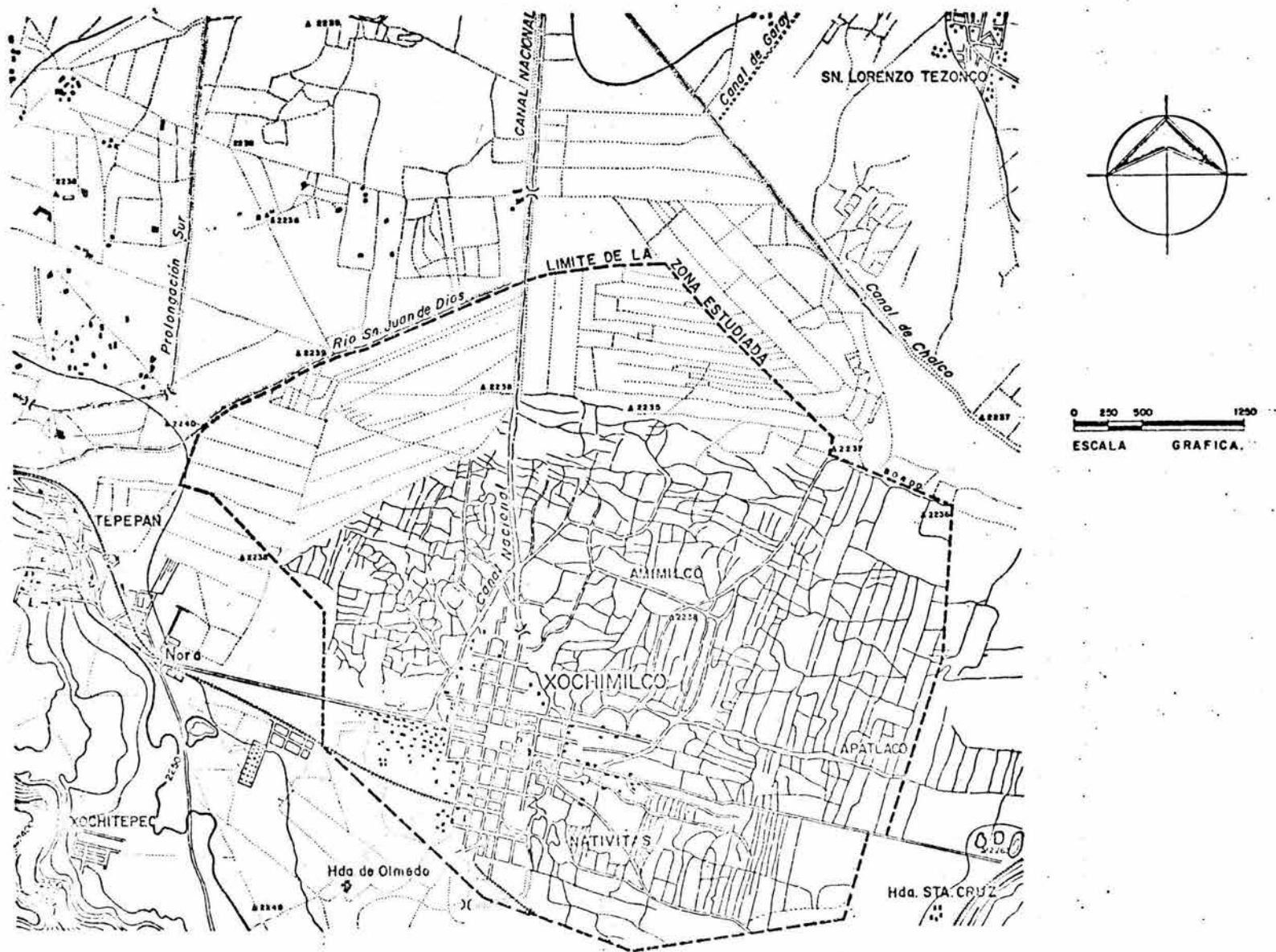
CONTENIENDO

el trazo del gran canal y túnel para el desagüe del mismo Valle
y de la ciudad de México, conforme al proyecto en ejecución.

1888.



Mapa 5. Carta Hidrográfica del Valle de México, preparada en 1888. Todavía existe el lago de Xochimilco.



Mapa 6. Plano del lago de Xochimilco en donde se indican los canales que circundan las chinampas, los terrenos de cultivos y el área urbana del propio lago. Véase también lám. 5, p. 275.

Figura 1. Comparación de las medidas de algunas iglesias conventuales de una sola nave del siglo XVI; de George Kubler, Mexican Architecture of the Sixteenth Century, 2 vols., Yale University Press, New Haven, 1948, II:242.

<u>Convento</u>	<u>Largo</u>	<u>Ancho</u>	<u>Relación</u>
Xochimilco	c. 63 m	c. 21 m.	3.0
Huejotzingo	57.3	13.02	4.4
Tula	48.8	11.90	4.2
Actopan	65.4	14.57	4.5
Ixmiquilpan	66.9	14.40	4.65
Acolman	57.0	12.5	4.55
Calpan	42.3	11.0	3.89
Cholula	53.5	12.0	4.45
Cuitzeo	c. 70	c. 15	4.67

Figura 2. Comparación del tamaño de los atrios de algunos conventos del siglo XVI, de Mexican Architecture of the Sixteenth Century, pp. 316-17. Nota: el tamaño de la población y la naturaleza del terreno en general determinaron las dimensiones del atrio.

<u>Convento</u>	<u>Atrio</u>
Xochimilco	14,850 metros cuadrados
Huejotzingo	14,400
Acolman	11,500
Metztitlan	11,400
Epazoyucan	8,835
Tepeyango	3,600
Atlixo	1,500

Figura 3. Plano de los edificios conventuales y el atrio de Xochimilco tomado de The Open-Air Churches of Sixteenth-Century Mexico, de John McAndrew, Harvard University Press, Cambridge, 1965, p. 221. Nota: el plano no incluye la iglesia de la Tercera Orden en frente del convento al sur de la iglesia (véase la lámina 32, p. 290) ni tampoco un segundo claustro mencionado por Ciudad Real en Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España, 2 tomos, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1976, II:108. Tampoco indica como se encuentra la ubicación actual de los muros del atrio ni las ruinas de las dos capillas posas (estaciones procesionales) en los rincones noroeste y suroeste. Sin embargo, el plano nos ayuda a comprender la grandeza y amplitud del esquema conventual de Xochimilco.

